



**MAGDALENA ALBINI CROSTA**

---



# El Ángel en la Familia

Obra premiada con un Breve de León XIII á la autora

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

Erminia Maresca Castañedo

Hija de María en el S. Corazón de Jesús.

---

**TOMO SEGUNDO**

---

ALMERÍA

TIP. CAT. «LA INDEPENDENCIA», BELOY, 2 Y 4

1912



MAGDALENA ALBINI CROSTA



# El Angel en la Familia

Obra premiada con un Breve de Leon XIII á la autora

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

Erminia Maresca Castañedo

TOMO SEGUNDO

R 20  
HEMEROTECA PROVINCIAL  
SOFIA MORENO GARRIDO  
ALMERIA

ALMERÍA

TIP. CAT. «LA INDEPENDENCIA», BELOY, 2 Y 4

1912





# INDICE

## PARTE TERCERA

### VIDA SOCIAL

	Páginas.
Cap, 1.º—Un perfume agradable. . . . .	5
» 2.º Con Dios. . . . .	12
» 3.º—Los Sacramentos. . . . .	16
» 4.º—Cultura del espíritu. . . . .	20
« 5.º—Entre paréntesis. . . . .	28
» 6.º—La cáscara. . . . .	35
» 7.º—Sinceridad interior que se revela al exterior. . . . .	41
» 8.º—La rueda gira. . . . .	47
» 9.º—Desde la teoría á la práctica. . . . .	53
» 10.—La economía. . . . .	59
» 11.—Una flor que pasa. . . . .	65
« 12.—Espina cruel. . . . .	69
» 13.—Después del medio día. . . . .	75
» 14.—Desde el abstracto al concreto. . . . .	78
» 15.—Pobrecita y señora. . . . .	82
» 16.—Relámpagos y truenos. . . . .	86
» 17.—No lluvia, sino granizo. . . . .	92
» 18.—El arco iris, después la bonanza. . . . .	96
» 19.—Fuerza motriz. . . . .	101

	<u>Páginas.</u>
» 20.—En práctica. . . . .	105
» 21.—No soñar. . . . .	111
» 22.—El incienso es para Dios. . . . .	117
» 23.—¿Esto ó aquello?. . . . .	122
» 24.—La ofuscación. . . . .	129
» 25.—¿Agape ú orgía?. . . . .	135
» 26.—Orgía. . . . .	140
» 27.—Confirmación de una regla. . . . .	145
» 28.—Una sutil tentación. . . . .	151
» 29.—Un poquito de aire. . . . .	156
» 30.—Una diversión útil. . . . .	160
» 31.—Las paredes domésticas. . . . .	165
» 32.—La salud es un hermoso don. . . . .	169

## **PARTE CUARTA**

### **UN POQUITO DE TODO**

Cap. 1.º Confianzas íntimas. . . . .	175
» 2.º—Una flor contrahecha. . . . .	180
» 3.º—Necesidad de expansión. . . . .	186
» 4.º—¿Quién es el último para hablar?. . . . .	191
» 5.º—Los últimos serán los primeros. . . . .	196
» 6.º—Una palabra difícil. . . . .	200
» 7.º—Virtudes pequeñas. . . . .	244
» 8.º—Lágrimas consoladoras. . . . .	208
» 9.º—Una rápida reseña. . . . .	214
» 10.—La novia. . . . .	223
» 11.—Hija, he aquí tu Madre. . . . .	231



## PARTE TERCERA

### VIDA SOCIAL

#### CAPÍTULO I

##### Un perfume agradable

He leído con mucha admiración, que Cristóbal Colón era muy amante de los perfumes, en particular de los que nos da espontáneos la naturaleza. Él, nacido y criado en el trabajo, era muy limitado en sus necesidades y en sus deseos para el cuerpo; pero le gustaba esparcir en sus pobres ropas simientes, hojas y yerbas olorosas. Sin duda era éste el menor y último indicio de la delicadeza de su alma. Pero había otro perfume que no iba á él, sino que él exhalaba y se extendía á cuantos tenían la dicha de tratarlo; ¿cuál era este aroma? La plegaria fervorosa que salía de su corazón y se elevaba al Cielo para mover á Dios á que le ayudara.

También de tu corazón, amada joven, debe emanar este perfume agradable para ir á los pies del Altísimo y alcanzar todas las gracias que necesitas para ser verdadero Angel de tu familia; y así aquel aroma levantándose á Dios embalsamará el aire que te rodea y ahuyentará los malos pensamientos, que como im-

portunos mosquitos se posan donde la atmósfera está corrompida, para hacer aún más penosa la vida á los que la respiran.

En una hermosa mañana de primavera encontrándome en las costas de Génova, estaba contemplando extática el grandioso espectáculo que ofrece la vista del mar.

Mi pensamiento quería ir más allá y leer la historia de cada una de aquellas naves que ligeras surcaban las tranquilas aguas, mientras que mi corazón se estremecía por el temor de que aquellas olas las tragasen un día, tal vez un día no lejano... Un suave céfiro me besaba el rostro, como si hubiera querido mitigar la lucha interior que me atormentaba, y aquel céfiro que antes había besado los naranjos y limoneros que costean aquellas playas, llegaba á mí impregnado de gratos aromas. No acostumbrada á estos privilegios de la naturaleza, quedé entusiasmada y se alejaron de mi corazón y de mi mente todo temor para dejar paso á risueños pensamientos, que solo me hablaban de la bondad de Dios y me excitaban al bien. La oración es precisamente en el mar de la vida aquel grato perfume que sobre las alas del céfiro primaveral trae consuelo á nuestro corazón, porque alcanza de Dios todas las gracias, al mismo tiempo que estimula al bien y á la virtud.

Tú, joven querida, eres, si quieres, un hermoso jardín que el benéfico rayo del sol fecundiza. Abre pues, tu corazón y deja que espontánea salga de él la plegaria, aquella plegaria que establecerá entre ti y el Omnipotente un dulce comercio de amor, que se propagará entre las personas para ti queridas y quitará el germen malo que hace á los hombres defectuosos y culpables.

La plegaria á que me refiero, no es esa rutinaria y

distraída, que podrá ser un homenaje de nuestra fé, pero nunca un perfume. Esta plegaria metódica es la raíz de una planta que á su tiempo dará flores y frutos aromáticos; pero que quedará estéril, ó cuando más, producirá una planta endeble y de poca vida, si no procuras cultivarla con esmero y regarla con el rocío que llueve del cielo.

No digo ni creo, que las oraciones para ser buenas y agradables á Dios deban ir unidas á un fervor sensible ó sea acompañadas de lágrimas y suspiros; no, me guardaré muy bien de decir, ni pensar esto. Las lágrimas y los suspiros son muchas veces fenómenos nerviosos y lo son siempre, cuando después de haber llorado en la oración, volvemos á nuestra pasada vida, para otra vez suspirar y rezar sin sentir verdadero dolor de haber ofendido á Dios, ni hacer propósito firme de enmendarnos.

A veces hay quien en sus oraciones llora y suspira como algunos Santos que recibieron de Dios este don: en este caso hay que dar gracias á Dios por un favor tan grande; pero jamás hemos de pensar que el fervor que poseemos sea nuestro por merecimientos propios.

Respecto á todas esas exterioridades con las que algunos acostumbran entretenerse delante de Dios, no quisiera encontráran en tí una imitadora, porque en vez de servir esto para bien de las almas, es más bien motivo de escándalo, y dan pretexto á que hablen los que rechazan el culto externo.

El Señor quiere que nuestra compostura sea digna, por lo tanto sería, recogida; pero no exagerada, más, libre de toda ficción, porque siendo nuestro cuerpo el velo que envuelve el alma, por él debe deducirse la seriedad de nuestros actos. Hemos pues de abstenernos no sólo de las demostraciones excesivas é inoportunas,



sino también de mirar alrededor y ocuparnos en lo que hacen los demás: cosas que denotarían la ligereza de nuestros sentimientos.

Y á este propósito tengo que imponerte una condición muy esencial y es que te abstengas de juzgar mal á los demás y condenarlos porque los veas rezar con el cuello torcido, los ojos cerrados, ó porque se vuelven de un lado para otro, como si no pensarán en lo que están haciendo. Nunca tenemos que juzgar á los demás; pues mientras á veces entre los primeros hay muchas almas sencillas que ni se aperciben de su poca compostura y por esto precisamente son agradables á Dios; entre los segundos están personas que, bajo aparente distracción tienen un espíritu recogidísimo, y el moverse y el volver de ojos es únicamente efecto de un organismo nervioso, es sencillamente defecto del velo que cubre y envuelve el alma.

Sé de una señora muy censurada porque en tiempo de ejercicios espirituales miraba alrededor y parecía no hacer caso para nada de la palabra de Dios que estaba predicándose. Reprendida por su comportamiento, presentó uno por uno todos los sermones predicados, y que al salir de la Iglesia iba escribiendo para poderlos dar á quien quisiera leerlos. Esto extrañó sobremanera á todos los que lo supieron, teniendo que vencerse que aquella señora no podía estar distraída, cuando no dejaba perder palabra del sermón sin recogerla en su memoria para después pasarla al papel.

Tú eres hoy, amiga mía, una planta tierna y puedes crecer derecha y lozana; haz, pues, por no caer en ninguno de los excesos que te he indicado, para que el perfume que exhala tu corazón suba más suave al trono de Dios y tu conducta sirva siempre de buen ejemplo á los demás. No exijo, ni aun te permito, que estés largas horas de rodillas para rezar, no; esto es contra-

rio á tu contextura y á tu edad, y en vez de ser un bien, podría ser un mal grave.

Difícilmente nuestro entendimiento, y más el de los jóvenes, puede pararse por mucho tiempo en un pensamiento formal y serio sin cansarse, así pues me contentaría que tú hicieras poco, con tal que ese poquito estuviera bien hecho.

Por la mañana sean breves tus oraciones, pero fervorosas; cortas pero salgan de lo más íntimo de tu corazón y acompañadas de un propósito firme de no querer jamás cometer el pecado y sí obrar rectamente para consolar á nuestro amoroso Padre. Tu meditación, aunque corta, nunca debe ser mal hecha; y si ínterin la haces ó mientras oyes el Santo Sacrificio te sientes atormentada por inoportunas distracciones, esfuéstrate en desecharlas y en recoger en Dios tu espíritu. Excita en tu corazón sentimientos de amor y de confianza hacia Él, y después sal de tu oratorio ó de la Iglesia y con paz y alegría acude á tus ocupaciones, que todas ofrecerás á Dios, y así serán buenas y santas. ¿Te atreverías á ofrecer á tu madre una fruta corrompida? ¿Y á Dios?..

Todos los días, además del ejercicio de la mañana, asiste siempre que te sea posible á la Santa Misa y haz un poquito de oración mental y también una poca lectura espiritual, aunque no sea más que unos renglones. Decía un santo que los buenos libros son cartas de Dios. ¿Y no querrás tú las cartas que Dios te envía? Por la noche antes de acostarte eleva al Señor tu fervorosa plegaria, pidiendo en ella sus divinas bendiciones.

Un sabio sacerdote decía explicando la Doctrina Cristiana: *Por la mañana y por la noche recitad un Padre nuestro, un Ave María, un Credo, un Padre nuestro al Angel de la Guarda, un responso por las*

*almas benditas*, todo con mucho recogimiento y en gracia de Dios; lo demás dejadlo á cargo de mi conciencia. A primera vista me pareció esta una doctrina muy cómoda; pero reflexionando un poco descubrí su sublime significación, ó sea la de rezar y meditar á un mismo tiempo todo lo que se pronuncia.

Aquel virtuoso ministro añadía para la noche este precepto. Apenas acostados cruzad las manos sobre vuestro pecho y examinad vuestra conciencia para ver si está manchada por alguna culpa grave y decid y repetid á vosotros mismos: *Puedo morir esta noche, esta colcha, esta sábana pueden servir para cubrir mi cadáver, ¿estoy dispuesta esta noche, ahora, para comparecer ante el tribunal de Dios?* Y de estas reflexiones brota espontánea de nuestro corazón la promesa de confesarnos pronto, si desgraciadamente encontráramos alguna culpa grave, y con esta promesa nace, como es natural, un verdadero dolor de haber ofendido á Dios, y entonces aumentándose nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor, será más tranquilo y seguro nuestro sueño, nuestra vida, nuestra muerte.

Hoy empecé, hija mía, hablándote de flores y termino repitiéndote una palabra que se refiere á nuestra última hora. ¿Pero que quieres? Muchísimo me duele afligirte, más no quiero tratarte, como se trata á los niños á los que hay que prepararles las medicinas con jarabes para que no se nieguen á tomarlas, y esto con perjuicio de que sean del todo eficaces.

No, yo te hablo con lenguaje sencillo, tal vez demasiado rudo; pero es un lenguaje de amor y no tiene otro objeto, ni otro deseo que conseguir tu perfeccionamiento y tu felicidad.

Yo quisiera que fueras en el jardín del Señor planta fructífera, lozana, que extiende á su alrededor aroma delicado que á todos embriaga y atrae á Dios.

¡Oh! sí tu cultivarás la oración! y si aunque bajo la humilde forma de **breves aspiraciones**, saldrá con frecuencia de tu pecho un suspiro para tu Dios, ¿quién podrá contar las gracias con las que Él recompensará tu amor y el mérito que con esto ganará tu alma?

Ruega sí hija mía, ruega con frecuencia por tí, por los tuyos y por todos los que han sido señalados con la sangre del Cordero Divino: {ruega por esos pobrecitos que duermen en la ignorancia, en la heregía: ruega por los judíos, por los ateos, por los buenos y por los malos. Pero no te olvides en tus oraciones de mí, para que mientras me consumo en mejorar tu alma y derramar en ella una gota del amor de Dios, no abandone la mía y sea ingrata á tantos beneficios y favores como Nuestro Señor me ha dispensado.... Acuérdate de mí que desde que empecé á escribir para las jovencitas, no he dejado de pedir por ellas y por consiguiente por tí, por tu presente y por tu porvenir.

Ruega por mí y por las personas que amo.





## CAPÍTULO II

### Con Dios

Quería pasar adelante y hablarte hoy de tus estudios y de tus labores; más no, una voz me dice que aún queda algo que decirte de los deberes que tienes con Dios; y tanto más, cuanto que en la primera parte te prometí hablar extensamente de la misa, de los días festivos y de los Sacramentos.

Dios nos ordena en sus mandamientos santificar las fiestas y la Iglesia nuestra tierna y amorosa madre, nos enseña la manera de obedecer á este mandato, y al exigir nuestra obediencia, concede mérito al pequeño esfuerzo que hacemos para escuchar devotamente y toda entera la Santa Misa en la que se renueva, aunque sin derramamiento de sangre, el mismo sacrificio de la Cruz. Es por consiguiente nuestro deber, no solo asistir con recogimiento, sino también hacer asistir las personas que dependan de nosotros, no exigiendo de ellas servicios que puedan impedir el cumplimiento de este precepto.

Sabes muy bien, sin necesidad de que te lo repita, que en los días de fiesta nos está prohibido ocuparnos en trabajos serviles, á no ser que haya una gran necesidad.

Si este descanso no existiera sería una necesidad de nuestra naturaleza el crearlo, como lo prueba el descanso del lunes para los que no guardan el domingo, y

también el descanso que guardan en determinadas épocas del año todos los pueblos y todas las religiones del mundo. ¿Sabes quién no necesita descansar? El que no trabaja nunca. Hasta los animales después de trabajar necesitan descansar. ¿Será, pues, el hombre menos que un bruto? ¿No tiene un alma que desea ser alimentada y recreada?

He aquí que nuestra Santa Religión, como buena y cariñosa Madre, convida á sus hijos para recogerlos á su lado y que asistan al Santo Sacrificio, escuchen la divina palabra y se alimenten del pan de la vida. Ella á todos llama, á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres: á todos estrecha en su regazo amoroso, prometiéndoles un gozo eterno y á todos ofreciendo medios para conseguirlo. ¡Oh santa y verdadera igualdad! ¿Quién podrá idearla y cumplirla sino Dios? ¿Y quién podrá ser mejor depositaria de ella, sino la Esposa de Dios, ó sea la Iglesia Católica?

Por consiguiente, hija mía, corre al templo, corramos todos, la campana nos llama con una sola voz, con una voz de amor: Vamos, nuestro Jesús nos espera y está ansioso de venir á nuestros corazones y derramar en ellos sus mayores gracias... Vamos, el perfume de nuestras oraciones se confundirá con el incienso y se elevará hasta Dios para llamar su amor á nuestros corazones.

Escucha, el ministro del Señor nos explica el Santo Evangelio: nos dice que el tiempo de padecer es corto y eterno el premio que nos espera: dice que todos somos hermanos, que Dios nos tiene presentes y que ni uno de nuestros cabellos caerá sin que Él lo permita... Corramos, amiga mía, á escuchar la Santa palabra sin fijarnos en quien nos la comunica; sea quien sea, no es obra suya, sino de Dios; aprovechémonos de ella.

Después de haber asistido á los divinos oficios, nos

es lícito y conveniente recrearnos con algún honesto pasatiempo; pero cuando la campana se hace oír otra vez llamando los fieles á la oración y á la explicación de la Doctrina Cristiana, hagamos ánimo de asistir, renunciemos á los paseos y á las diversiones y volvamos á la Iglesia. Allí la palabra de Dios se nos manifestará con más sutileza y arreglado á las necesidades particulares de cada uno, porque hay quien habla á hombres, quién á mujeres, quién á jóvenes, quién á viejos, quién á señoras, quién á criados, y podremos nutrir nuestra alma con aquel alimento que más necesita y así reforzarla para que venza las batallas de la vida.

Tú que eres planta joven y delicada, no te dispenses de asistir, á no ser que te lo impida grave circunstancia: porque no sólo cometerías una transgresión, sino que también te privarías de un inmenso bien.

Te ofrecí ser hoy muy breve y quiero serlo; pero he de decirte aún una palabra antes de concluir. Algunas tienen escrúpulo de dar un punto en día festivo, pero después no tienen ninguno de hacer trabajar á las modistas, á las sombrereras, ni tampoco de ir á los almacenes á comprar ó vender.

No es pecado, cuando para reparar un daño imprevisto se encargue un sombrero, un traje ó un abrigo, siempre que el tiempo que en esto se emplee no sea mucho y la cosa presente una necesidad, sino absoluta, por lo menos relativa; porque cuando la necesidad es absoluta, la Iglesia dispensa del precepto que ella impone; pero es pecado y pecado grave, pretender un traje para el domingo á la noche para ir al baile ó al teatro, si este trabajo obliga al obrero á emplear en él buena parte del día consagrado al culto de Dios.

Falta también al tercer mandamiento el que compra ó vende en los días de fiesta, porque si nadie fuera á comprar, nadie tendría abierta la tienda: y viceversa,

si nadie vendiera nadie compraría en esos días consagrados al Señor.

Hago punto por hoy, no quiero cansarte; pero te suplico no olvides nunca la grande obligación que tenemos de observar escrupulosamente los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Que si el abstenerte de los trabajos acostumbrados te causa aburrimiento y fastidio, acuérdate de los pobres y ocúpate en ellos; hazles bien en el cuerpo y en el alma y aquel Dios que ofreció no dejar sin recompensa ni un vaso de agua dado por su amor, premiará tu obra, tal vez muy pronto, tal vez en seguida y quizás para siempre.







### CAPÍTULO III

#### Los Sacramentos

¿Todavía con Dios? Sí, con Él es con quien tenemos las primeras y más importantes obligaciones, antes que con los hombres y hasta con nosotros mismos. Como ayer procuraré hoy también no entretenerme mucho, porque cuando discurrimos del Ser Supremo, nuestra mente se eleva y recoge de tal manera, que sería muy difícil permanecer largo tiempo en aquella meditación sin peligro de distraerse y faltar así al respeto debido al Santo de los Santos. ¿Pero podría pasar adelante sin siquiera tocar de vuelo los Santos Sacramentos por donde se nos comunican las gracias? ¿Esos Sacramentos que instituyó Jesucristo para robustecer nuestro espíritu, dar energía al corazón para vencer la grande lucha que las pasiones, el mundo, el demonio y la carne nos mueven constantemente?

Desearía ver en tí así como siempre el mismo carácter, un humor siempre igual, también igualdad en tus prácticas religiosas; porque nunca he aprobado los fervores de ciertas personas, que á veces se confiesan con mucha frecuencia por espacio de algún tiempo; y otras se abstienen por no menos días de acercarse al tribunal de la Penitencia. Estos no siguen un sentimiento íntimo sino su capricho, aquel mismo que los hace variar de traje, de peinado y de casa.

Yo desearía que respetando la conducta de los de-

más; escogieras, como dice San Francisco de Sales, tu confesor, no entre mil; sino entre diez mil; pero después de haber encontrado uno piadoso, instruido y prudente, no lo mudases sin una verdadera necesidad; pues te sucedería lo mismo que al enfermo que á cada instante varía su plan de curación, que jamás consigue restablecerse.

Yo no sé ni conozco tu corazón, ni tu carácter, tu condición, ni tu familia y no puedo, ni quiero imponerte una regla fija respecto al tiempo que debe transcurrir de una confesión tuya á otra; pero sí desearía que, al no poder ser con más frecuencia, no dejarás nunca pasar el mes sin limpiar tu conciencia y sin alimentarte con el pan de vida. ¿Y crees tú que si te habituaras á recibir los Santos Sacramentos en todas las festividades de la Virgen, aquella madre amorósísima no pagaría con usura tu obsequio, dispensándote una protección constante, eficaz y poderósísima? Y si te es permitido, acercarte con más frecuencia á esos ríos caudalosos de las gracias, á los Santos Sacramentos.

¡Oh! entonces responde con gratitud á la grande merced que te hace Díos, porque Él ama extraordinariamente las almas, que sedientas de mayor pureza beben en la fuente saludable que brota de su amoroso Corazón!...

La muerte lo mismo visita á los jóvenes, que á los viejos; y hoy mismo podríamos morir yo, ó tú. Pues bien, si tu alma está ligada con lazos de paz y de amor con Jesús, la muerte no te ofende, aunque venga de improviso; y solo será para tí un paso de esta vida de sufrimientos, á otra de dicha y gozo eterno.

Pero yo deseo que sea muy larga tu vida también sobre la tierra, porque quiero tengas muchas ocasiones de mérito y pueda ser más hermosa la corona y premio que recibas en la vida sin fin. La frecuencia

pues en recibir los Santos Sacramentos te preparará para el día en el cual este cuerpo de pecado se desatará y dejará libre el vuelo á nuestra alma, que salida del seno de Dios, vuelve á Él para jamás separarse. ¡Oh! cuantas almas por este pensamiento han reformado su vida inútil, ligera y tal vez muy mala, en vida piadosa y santa!...

Ya sabrás por tus maestros y por los libros piadosos, con que disposiciones hemos de acercarnos á recibir los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía ó Comunción; así pues, no toca á mí entretenerme ahora, discurrendo sobre estas disposiciones; pero si quieres escucharme te repetiré cosas que habrás oido muchas veces; más que nunca están suficientemente arraigadas en el alma.

El Señor, es verdad, no exige el frío cumplimiento de ciertas fórmulas, de ciertas plegarias. Él exige y agradece que nuestra voluntad sea recta, y quiere que nos acusemos á su ministro con sinceridad y confianza, sin callar ni uno solo de los pecados mortales bajo ningún pretexto, quiere que nos arrepintamos de verdad, de todo corazón y hagamos propósito firme de cumplir las buenas promesas.

Lo mismo hemos de hacer respecto de la Sagrada Comunción, á la cual debemos prepararnos lo mismo que á la Confesión, la noche antes, aunque no sea más que con un suspiro, con un pensamiento, con un afecto. A la Sagrada Comunción debemos ir con un corazón inflamado por el deseo de recibir á Jesús Sacramentado, de acercarnos á su Santísimo Corazón, de adorarlo y honrarlo, y al mismo tiempo sintiendo nuestra indignidad, roguémosle humildemente quiera entrar en nuestra alma para purificarnos, salvarnos y santificarnos.

Un buen libro nos ayudará mucho mejor á dispo-

neros para los Santos Sacramentos, como para hacer la meditación y oír bien la misa; pero cuando el libro haya movido los afectos de nuestro corazón, cerrémoslo, pues ya ha hecho su oficio; el Señor hará lo demás.

Cuando la inteligencia se distrae y los sentimientos se apagan, el libro piadoso y santo está destinado para recoger la una é inflamar los otros; pero jamás el libro debe sujetar nuestros afectos que quieren y deben presentar á Dios nuestras necesidades y las del prójimo, nuestra acción de gracia y nuestras santas aspiraciones.

Y si alguien por verte frecuentar la Iglesia y los Sacramentos se burla y te critica, respóndele con la poderosa arma de la oración, porque esta es la única venganza que Dios permite. Sí, roguemos todos unidos por esos pobres que jamás han disfrutado de las alegrías santas que parten del Tabernáculo y supliquémos al amoroso Corazón de Jesús para que les haga sentir sus inefables dulzuras. ¡Oh! ¡Jesús Sacramentado, inflama en tu amor á todas las almas tibias é indiferentes!...





## CAPITULO IV

### Cultura del espíritu.

Concluído el curso de instrucción del colegio ó escuela, muchas jovencitas echan en un rincón no sólo sus libros y cuadernos, sino también toda su voluntad de estudiar y acaban de este modo por perder todo el fruto de los estudios anteriores. Otras yerran también con aficionarse tan extremadamente á la música, al dibujo ó á los idiomas, que olvidan que ante todo son mujeres, y por consiguiente deben ser capaces de dirigir una casa y desempeñar las ocupaciones domésticas y las labores propias de la mujer.

Yo quisiera que tú evitases estos dos extremos, y supuesto que lees este libro para ser el Angel de tu familia, estoy convencida que no perderás medio ni sacrificio para conseguirlo. Amada mía, procura siempre que tu conducta en esto siga un término medio, que es siempre el más derecho, el más seguro y el que con más prontitud nos lleva al fin, aunque muchas veces no lo reconozcamos claramente para preferirlo á los otros sin vacilar.

Mas bien que heroica, considero temeraria, la conducta de aquel que, teniendo delante de sí un camino seguro, se atreve á tomar otro lleno de precipicios: si en absoluto no pudiera andar por el primero, el amoroso Jesús no dejaría de ayudarle para seguir el segundo; mas si no fuese así, muy pronto se arrepentirá de

su imprudente propósito. Tú, hija mía, procura guardar un término medio, no olvides la cultura del espíritu, porque es un grave inconveniente, y hoy más que nunca, que una señorita católica no posea las útiles nociones que deben ser su mayor adorno.

Así, pues, debes tener nociones de historia, geografía, literatura y cuanto requiere tu edad y condición. Tu ignorancia perjudicaría á tus mismas convicciones religiosas, porque fácilmente podrías ser vencida por ideas contrarias que oigas repetir de persona engañada ó engañadora, y también porque el mundo diría que crees en las verdades y en las prácticas católicas por ser alma pequeña y espíritu débil é inculto.

No, ha llegado el momento de mostrarse con valor, creyente y hacer ver que la fe tiene su trono más firme allá donde está la ciencia, porque la fe en vez de ser contraria al progreso, es precisamente la llama que lo produce ó fomenta. Pero también si tú entregada únicamente en serios estudios, estuvieras ignorante en los cuidados domésticos, faltarías á tu principal deber, á tu sublime ministerio. Serías una sombra de mujer.

Ahora, si me es posible, probaré á indicarte este término medio, ese término en el que está la virtud.

En la vida material todo ó casi todo se reduce á la unidad de medida, á una medida que nunca se equivoca, mas distingue con seguridad el peso, el volumen, la extensión y la capacidad de los objetos. Tal vez llegará un día en el cual todas las naciones usarán el mismo metro, que tomando su medida sobre la superficie del globo, es invariable para todos. Mas aun no se ha encontrado el metro que mida con seguridad el valor y el deber de las acciones humanas grandes ó pequeñas, porque los deberes y las necesidades entre persona y persona varían casi hasta el infinito y todo ó casi todo en este mundo no es absoluto, sino relativo.

Es cierto que el robar y el matar indican acciones absolutamente culpables; pero aun aquí no existe el absoluto, porque es lícito á uno que se está muriendo de hambre apropiarse de un pan para sostener la vida; lo mismo que es lícito que el juez condene á muerte al reo y que el verdugo ejecute la sentencia. No entro aquí en cuestiones jurídicas, ¡Dios me libre!, se necesitaría otra persona y no una mujer para defender ó impugnar la pena de muerte. He dicho esto por casualidad para demostrar, que si nosotros hemos de guardarnos escrupulosamente de cometer una acción que no sea buena, no debemos livianamente condenar á los demás, porque ni estamos en el corazón de ellos, ni conocemos sus intenciones, ni Dios nos ha dado derecho de juzgar á nadie.

Mas volvamos á nuestro argumento. Un metro para medir con precisión lo que estamos obligados á hacer con nosotros, con los demás y con Dios, no lo encontramos, porque no existe; pues Dios no nos lo ha dado, queriendo Él, Sumo Bien, dejar en completa libertad á sus hijos, para acercarse lo más posible á Él, que supera toda medida y no puede ser valorado. Mas dichosos nosotros que tenemos á Él mismo por modelo y en su imitación la regla, la guía, el consuelo, todo en una palabra.

Pidamos, pues, á Él las luces que necesitamos; no miremos los hombres ni las cosas sino con la luz que emana de Él, y así veremos con claridad el camino que hemos de recorrer y nos indicará los medios para llegar á puerto de salvación.

Absteniéndome de contrariar las miras especiales que Nuestro Señor pueda tener sobre algunas almas, yo aquí hablo á la generalidad de las jóvenes católicas que viven en la sociedad, y á ellas indico las reglas que deben observar para mantenerse en el término

medio donde está la virtud, aquella virtud que tanto han de querer [y debe ser su compañera inseparable y guía fiel.

Ordena todas las cosas y especialmente fórmate un plan de vida y de este modo aunque tengas muchísimas ocupaciones te sobrarán tiempo todos los días para dedicarte á la cultura de tu espíritu. Recuerda que esta te es muy necesaria y muchas veces te sentirías avergonzada al encontrarte más abajo que tus compañeras y tal vez hasta de las personas inferiores á tí por tu posición y capacidad.

Esta cultura tan necesaria á toda señorita, lo es mucho para una de más alta esfera, y lo que es suficiente para una joven de familia modesta, no lo es para otra de clase elevada y obligada á vivir y encontrarse con personas de letras y de ciencias.

Confío y me abandono en la buena opinión que tengo de los padres á los que toca guiar á sus hijos é hijas. en los diferentes ramos de instrucción escogiendo siempre los más útiles y en cierto modo más necesarios. Pero digo y afirmo que sobre este punto hay que tener á la mira siempre el conservar una cierta relación y analogía entre la cultura, el nacimiento, la condición social y financiera de las familias; y desapruebo mucho, que la hija de la criada vista y estudie como hija de la señora. Este método, según mi opinión, hace á muchas desgraciadas.

Pongamos un ejemplo. Una joven hija de un comerciante que vive del fruto de su trabajo y sudores, pasa mucho tiempo sentada á la mesa, meditando los clásicos ó las ciencias más abstractas, haciéndose la ilusión de familiarizarse con unos y otras; ó sentada al piano por largas horas, no para recrearse y recrear á los demás con suaves melodías; sino ejercitándose



para dominar el piano y luego hacer brillante figura en las reuniones.

El pobre padre vuelve del trabajo cansado y lleno de polvo, y como ya desgraciadamente no tiene á su fiel compañera, desearía contar á su hija la historia del día, hablarle de sus negocios, de sus ganancias, de sus pérdidas porque necesita también que alguien se ocupe en él, y dar expansión á su pobre corazón.

La hija tiene buen fondo y buenos sentimientos; pero como está vestida con esmerada elegancia no se acerca á su padre para quitarle el polvo y limpiarle por temor de descomponer su tocado. El pobre hombre quisiera hablar, pero la joven encuentra muy ordinario y grosero el argumento y la manera de tratarlo; no lo confiesa claramente, pero bien lo da á manifestar con su aspecto de cansancio y aburrimiento. Para insinuar-se de algún modo en el ánimo de su hija le pregunta de sus estudios y sus aspiraciones, pero ella mirándolo con lástima le hace comprender que él poco entiende de aquello y calla. Entonces el desgraciado se entrega á una profunda tristeza y desesperado... se va de la casa y apenas pone en ella el pie cuando tiene absoluta necesidad, y acaba por buscar fuera de casa las satisfacciones que en ella no encuentra.

¡Oh! si tú intentaras acusarme de exagerada, poniendo una mano sobre mi corazón te aseguraría que he copiado de la realidad. Desgraciadamente este caso que te he expuesto no es único ni raro, sino frecuente, muy frecuente, donde no se guarda relación entre la cultura y las costumbres y condición de algunos ó de todos los individuos que componen la familia.

Si tú pertenecés á la clase que Silvio Pellico llama la más afortunada, porque está tan lejos de la opulencia como de la pobreza, da gracias al Señor con to-

das las veras de tu alma y destruye en ti esas indiscretas aspiraciones que quisieran levantarte más del puesto en el cual te ha colocado la Divina Providencia.

En este caso tu instrucción será reglamentada por la comodidad y la conveniencia; pero no puede ser en absoluto tu principal ocupación del día, porque también tendrás que desempeñar las ocupaciones de tu casa, las más humildes, pero más necesarias y meritorias. Si perteneces á clase más distinguida, tampoco te es lícito dispensarte del todo de los quehaceres domésticos; pero si tendrás más tiempo libre para dedicarte á cultivar tu espíritu en las ciencias, en las letras y artes.

Amo mucho la música, la pintura y tengo predilección por la armonía, que es el espejo y expresión muchas veces de la interior armonía que estrechando en un solo abrazo la fe, la inteligencia y el corazón, deseo y espero se levante en tu alma y repitiendo un concierto de amor, llegue hasta el seno de Dios.

Sí, amiga mía, estudia la música que dulcemente recrea el corazón y no encierra ninguno de los engaños que muchas veces nos suministra la ciencia: cultiva el dibujo, la pintura, porque el Señor no condena este sublime arte; pero te suplico no permitas que estos estudios agoten tus facultades de pensar y sentir y gasten tus fuerzas. Tu debes conservarte no sólo para ser un día reina en tu hermoso reinado de la familia, sino también para ofrecer á Dios el homenaje de tu inteligencia y de tu corazón.

Me parece que en los estudios de las señoritas existe generalmente poca proporción; y digo me parece, porque no tengo el mérito ni la honra de ser profesora y sólo por obediencia he impreso esta obra, no del todo extraña á la educación.

Pues bien, según mi opinión, esta desigualdad consiste en que se cuida demasiado lo accesorio, olvidan-

do lo principal. El que cultiva la música abandona lo demás; el que se ocupa en la pintura ó en los idiomas hace lo mismo; de modo que en la vida social, lo que debiera ser el principal y primer estudio es el último; y se ven señoritas que poseen á la perfección varios idiomas y sin embargo desconocen ó saben muy poco el suyo; de aquí nace la manía de leer continuamente libros extranjeros, y de aquí también el poco caso que se hace de los estudios profundos y de los libros serios, y por último de aquí el mal empleo de muchos años con muy poco ó ningún provecho y si, una serie de desórdenes.

En los capítulos precedentes he recomendado á todos, y por consiguiente también á las señoritas, estudiar la religión en la palabra de sus ministros y en los libros que nos la enseñan. Ahora bien, aquí lo repito otra vez, que una señorita debe equilibrar sus conocimientos religiosos con sus nociones científicas ó literarias, para evitar la enorme fealdad que desgraciadamente se nota en algunas personas de mérito. Mas para hablar sólo de la cultura del espíritu que se relaciona con las obligaciones sociales de una señorita, no dudo en afirmar que creo muy abandonado en la mayoría el estudio del propio idioma y el de la historia, que es la maestra de la vida, mientras que creo que se le da demasiado importancia á los estudios menos necesarios.

Debe pues una joven buscar primero adquirir nociones serias y profundas de religión, de historia, de geografía, de literatura; y esto puede fácilmente conseguirlo con el estudio de los mejores clásicos, que, salvo algunas excepciones, todos pueden sembrar en tu corazón el germen fecundo de la verdadera y sana cultura intelectual y moral.

Hay un medio para facilitar los estudios más arduos y difíciles y hacer que nos proporcionen una santa ex-

periciencia para ganar la vida eterna, y este medio consiste en referirlo todo al Señor; en estudiar lo que nos lleva á Él; en huir de las enseñanzas que de Él nos alejan; en buscar siempre su agrado, su gloria, nuestra perfección.

Obrando así hemos encontrado el metro que mide con exactitud nuestras acciones y nuestros estudios, que en vez de perjudicar ni alterar en nada nuestros deberes, nos ayudarán á cumplirlos porque nos los indicarán, ó levantando nuestro espíritu nos harán más activos en el bien y en la virtud.

Hija, porque te quiero, desearía dijeran de tí: «Aquella señorita es piadosa, sencilla, trabajadora, ilustrada». Pues con todas las veras de mi corazón levanto á Dios ferviente súplica para que todas mis lectoras sean verdaderos ángeles en sus familias y en la sociedad.





## CAPITULO V

### Entre paréntesis

Te he hablado de tus estudios y te he recomendado te apliques con empeño y al mismo tiempo con moderación, porque la ignorancia, y particularmente en una señorita de alguna posición, es imperdonable; pero también es digna de reprobación la ciencia aprendida á costa de los deberes que nos obligan con Dios y con la familia.

Tengo confianza, que me has comprendido y trabajarás de aquí en adelante en enriquecer tu espíritu con útiles ideas sin perjuicio alguno de tus obligaciones y sin contrariar los justos deseos de tus padres.

Más no puedo concluir este importante tema sin hacerte antes algunas recomendaciones; y si las guardas en tu corazón, como afectuosos recuerdos, y de vez en cuando las llamas á tu memoria, te servirán para mantenerte en el camino seguro que lleva á Dios y por consiguiente será constante la paz en tu corazón.

Más bien que estar ociosa en casa, expuesta en un balcón ó leyendo un libro, que si no es claramente malo, es muy ligero ó poco bueno, aplícate mejor á un estudio supérfluo y de poca importancia; siempre será para tí una ganancia ocuparte en esto, que no perder el tiempo en malas lecturas.

Más entre los estudios prefiere siempre los más

útiles y más provechosos y como ya te indiqué ayer aplícate con preferencia á tu idioma, porque la razón enseña que debe tenerse en más estima un traje, que sus adornos.

Las nociones que más estrictamente se relacionan con tus necesidades y costumbres, son el traje con que cubres tu alma, las otras no son más que el adorno. Nadie te prohíbe adornarte y ser elegante, por el contrario es muy agradable á todos ver una señorita vestida sin exageración, pero con sencillez y buen gusto.

Tampoco pues, es opuesto al ideal que yo me he formado y sí lo verifica, una señorita dotada de buena cultura, buenas ideas y al mismo tiempo rica de otras nociones, que si no son del todo necesarias, sirven para dar más realce á la dulzura de su carácter, á la agudeza de su ingenio y á la delicadeza de sus sentimientos.

Cada una según su propia condición cultive más ó menos su espíritu y si aprovecha en el estudio y se encuentra capaz de algo, dé sentidas gracias al Señor, al que hay que referir toda alabanza; pero absténgase muy mucho de vanagloriarse porque perdería todo su mérito.

El paréntesis está abierto hace un rato, y aún no he empezado á decirte lo que más interesa. Empezaré á seguida para no molestarte; pero tú, hija mía, procura no echar en olvido mis palabras y sí, medítalas con atención, y sigue mi consejo.

Muchas señoritas toman lecciones de profesores y maestras: dichosas ellas si tienen la suerte de que unos y otras sean buenos, ó sea que penetrados de su alta misión, aprovechen todas las ocasiones para insinuar en la inteligencia y en el corazón de las jóvenes una buena máxima, un buen pensamiento, y se esfuercen en predicarles, si no de palabra, con el ejemplo.

Pero ¡ay! desgraciadamente hay muchos que enseñan lo malo y estos no serán los tuyos, porque su incredulidad y libertinaje no habrá permitido á tus padres llamarlos para enseñarte.

Hay algunos que bajo las apariencias de cordero encierran un corazón de lobo, y estos son peores que los anteriores, porque se acercan á ti con más facilidad para después administrarte gota á gota el veneno de la irreligión, del orgullo y de todas las pasiones, sin dejarte tiempo para que te apercibas y mucho menos para que salgas ilesa.

Para defenderte de estos peligros, el primer remedio es el de pedir á Dios te envíe maestros buenos y cristianos; el segundo ser sincera con tu confesor y con tu madre, contándoles todo lo que te dicen en el tiempo de las lecciones sea claramente ó sea bajo algun velo.

¿Es una alabanza un poco exagerada y repetida? Teme y confíate á tu madre y á tu director espiritual. Se te enseña historia y hablándote de ciertos personajes, que como representantes de Dios tienen derecho á nuestro respeto, y te cuentan sus vicios y enormidades en tono satisfactorio y con risa burlona?... Teme y da cuenta á tus mayores. Desgraciadamente entre los Apóstoles hubo un Judas y después de aquel hay entre los representantes del Altísimo otros indignos y sacrílegos; pero si esto da derecho á ti y á tu profesor á condenar al hombre pecador, no te da nunca el de burlarte del encargado de Dios.

En las escuelas y en las universidades se enseña el error, y desgraciadamente no se sabe cómo poner remedio á esto; mas si hasta en el santuario de tu casa ó de tu corazón se quisiera introducir este error, ¿lo acogerías ó serías pronta á rechazarlo? Si cae en tu vestido una chispa de fuego ¿te estarás quieta y dejarás se

queme? No, sino que pedirías á voces y con insistencia agua y socorro. Pues bien, el agua y el socorro contra el error que se te quiere enseñar sólo te lo darán el Ministro de Dios y tu madre si con sinceridad abres á ellos tu corazón.

El demonio es feo, horriblemente feo; pero nunca se presenta en su natural deformidad, porque entonces adiós, todos se asustarían, nadie se dejaría seducir y venir á tratos con él. El demonio, feo como es, siempre se nos presenta hermoso como el Adonis de la Mitología y enriquecido más que él de todas las gracias del espíritu y del cuerpo; así pues no te extrañe que el encargado de enseñarte letras ó ciencias, música ó pintura busque insinuarse en tu corazón con ilusoria apariencia y seducirte.

Ten confianza con tus padres, con tu confesor, y si no encuentras en tus maestros seriedad de principios y de costumbres, dignidad en su trato y delicadeza en sus modales, no descendas ni te entregues á pactos, no razones con ellos, quítate del todo á sus seducciones y á sus engaños... porque *el diablo no es tan feo como lo pintan...* pero si llega á penetrar en nosotros ¿quién puede contar, ni quién reparar los daños que nos ocasiona?

Por las laderas de un monte cae un riachuelo; se deshacen las nieves y aumenta sus aguas; entonces se desprende de él otro riachuelo que, no siguiendo el camino trazado por el primero, inunda la campiña; se aumenta el agua y crecen los daños en sus márgenes y en los campos. Se retira al fin el agua, pero el pobre colono, que con tanta ansiedad esperó el verano para recoger el grano con el que había de alimentar á su familia, va á sus tierras é inútilmente busca una espiga, un fruto, y con su frente baja lanza un triste suspiro y exclama: ¿Quién dará pan á mis hijos?



¡Oh, tu Dios que está en el cielo dará pan á tus hijos, afligido padre! Dios que está en el cielo concederá su perdón á aquella alma que, extraviada en el error, sinceramente se arrepiente y á Él vuelve para que la socorra; pero ¡ay! hija mía, mientras estás á tiempo piensa cuanto menos difícil será conservarte en el camino de la fe y de la virtud, que no volver después de haberlo dejado.

Nada es imposible para el que confía en Dios, ¿pero quién podrá decir cuántas luchas y trabajos tendrás que vencer? Una vez perdido el camino, ¿quién querrá decírtelo, quién podrá indicártelo?

En una hermosa mañana de Septiembre me encontraba en la cima de un monte donde había ido á respirar aquel aire embalsamado por los perfumes de los pinos y plantas aromáticas, y á contemplar la majestad y hermosura de aquella naturaleza.

Con mi esposo que participaba de mi entusiasmo, me senté sobre las florecillas olorosas, visitamos después los declives y nos internamos en la selva; él me exhortaba á volver atrás por el camino andado; pero el encanto de aquel lugar y la belleza de aquellos paisajes me atraían dulcemente hasta el punto, que él tuvo que ceder á mis instancias y seguir mi camino.

¡Pero hay! al poco tiempo perdimos la senda y ya no nos era posible encontrarla por que nos lo impedían los árboles y las zarzas.

Entonces el temor se apoderó de mi alma y con él un fuerte remordimiento, por haber desobedecido á mi compañero, tanto más que el sol estaba para esconderse y las tinieblas de la noche nos iban á cubrir. ¡Qué espanto!

Conmovido por este pensamiento mi pobre corazón dirige una ardiente súplica á María y aún repetían mis lábios la plegaria cuando oímos una voz fuer-

te que gritaba ¿Quién vive? No veíamos á nadie, porque el espeso bosque nos lo impedía; más habiéndole contestado, y figúrate con cuanta prisa, á los pocos minutos y como si fuera una aparición, se nos presentó un guarda robusto, que al sentir ruido entre los árboles creía que era gente que iba á robar la leña de los montes que estaban bajo su custodia.

Alguno hubiera aplaudido tan dichosa casualidad; pero nosotros pensamos en dar gracias á la Providencia que tan amorosamente nos había vigilado. Aquel joven nos dijo, que estábamos sobre un precipicio; no nos faltaban más que unos pasos, para no haber podido evitar el peligro; y siendo imprudencia volver por el camino de antes, nos invitó á seguirle y nos guió al punto de partida ó sea á la cumbre de la montaña.

Él nos abría el paso cortando con su hachilla las ramas que nos estorbaban é impedían andar; y con mucho trabajo, pero sin peligro ninguno, ayudado por aquel buen hombre pudimos tomar el camino áspero y difícil, pero seguro que nos llevó á casa, donde todos nos esperaban con mucha intranquilidad por nuestra prolongada ausencia.

No te apartes jamás, hija mía, del camino del bien y de la virtud: no te dejes seducir de imaginaciones, ni de promesas lisonjeras: tal vez aquel camino te parecerá monótono y fatigoso; pero ¡ay! si lo dejas cuanto mal te vendrá!

Como yo me interné incautamente en la peligrosa selva de la montaña, así tú penetrarás cada vez más en la oscura selva de la vida, y si Dios no te envía un alma buena, franca y enérgica que te separe de la senda poética y lisonjera que conduce al precipicio.... ay de tí! ¿quién podrá asegurarte, que podrás volver al buen camino que nos lleva á Dios?

Mi digresión ha sido demasiado larga, pero permí-

teme, que antes de terminarla, te repita otra vez que cuides muchísimo, de que con la verdad no se te enseñe, por ignorancia ó malicia, también el error. Dios te libre siempre de este grande infortunio!

Escucha Señor el voto constante de mi corazón, y aleja de la juventud toda sombra de mal.





## CAPITULO VI

### La cáscara

La virtud de la planta y del fruto no está por lo ordinario en la corteza ó cáscara, y sí en el interior; pero nosotros juzgamos primeramente la calidad de la planta y del fruto por la cáscara y no pasamos al examen interior de lo que encierra, si esta no corresponde á nuestra apreciación.

Ahora bien, hija mía, tus buenas cualidades tienen su morada en tu corazón; pero el hombre que todo aprecia, desprecia y pretende juzgar solo por lo que ven sus ojos; y sea ó no amante de la delicadeza y elegancia, recibe una impresión grandísima que á veces jamás se borra de su corazón, por la manera que te ve vestida y adornada.

Parece que no debiera haber ninguna relación entre los adornos exteriores y el alma; pero no es así, porque esos son como cáscaras que la cubren y la esconden á toda mirada profana y no nos dan á conocer el interior.

Si te ofrecen un hermoso pero ó una perfumada naranja, tú examinarás antes toda la cubierta y por ella formarás idea de la bondad del fruto y muy rara vez te engañas. Lo mismo pretende otro por la apariencia juzgar de tí, y como no eres naranja que te dividas en gajos y por su sabor pueda apreciar la dulzura y calidad, así rarísimas veces se rectifica y se te hace

justicia, después de que hayan formado de tí un juicio inferior á tu mérito.

De aquí deducirás cuan importante es, que vistas, no digo con exagerada elegancia, porque esto denotaría ligereza y variedad; pero sí con cierto esmero, que manifieste tu seriedad y la rectitud de tu criterio.

No apruebo en absoluto el método adoptado en nuestros días de vestir con el mismo lujo la dama distinguida, que la costurera ó la doncella; esto lo encuentro feo y malo, porque denotan, las que lo hacen, un imperdonable deseo de parecer lo que no son, de querer engañar, cosa que detesto de todo corazón.

Como primera é indeclinable condición quisiera que tubieras la de vestir, según exige tu estado social y financiero, siempre más bien menos que más; porque los árboles más útiles y la fruta más exquisita, los ha cubierto el Señor con una cáscara bien gruesa y aspera, pero no fea ni desagradable.

Si siguiéras este consejo, no te expondrías al peligro de tener después, que reformar tu método de vida.

Recuerda siempre hija mía, que la que emplea todo su cuidado y tiempo en hermostrar su exterior, dá señal de que olvida su interior, y por lo tanto se perjudica mucho manifestándose ligera y coqueta. No digo que tengas que ir con tus trajes á la antigua y fuera ya de moda, esto está bien para quien quiere quitarse de la sociedad; pero no para ti que estás llamada á formar parte y brillar en ella, como Ángel benéfico y flor gentil, con la luz fulgidísima del bien y de la virtud.

No quiero que seas esclava de la moda; pero sí que te sirvas de ella conformándote á la modestia, al buen gusto, y alguna cierta elegancia, que aumente la gracia de tu jóven persona, que no debe tener ni movimiento, ni palabra que no sea amable y graciosa.

Algunas jóvenes tienen la dicha de que su madre

les escoja y prescriba todo el arreglo de su persona y así las libra de la responsabilidad en la elección; más tarde ó más temprano llega también para estas, momento en que gozan de cierta libertad, sino absoluta por lo menos relativa, para elegir ellás los colores y hechuras de los trajes, su peinado etc.

Te repito que no te aconsejo ni apruebo que lleves el traje ancho, cuando se estile estrecho; ni estrecho cuando lo usan ancho; esto denotaría extravagancia y desprecio á las comunes costumbres, que siempre tenemos que respetar, aunque no podamos imitarlas.

Causan verdadera compasión esas señoras y señoritas esclavas humildísimas de la moda que la siguen en todas sus interminables variaciones, arruinándose por gastos exagerados y al mismo tiempo manifestando su inconstancia y ligereza con el poco aprecio que hacen á su persona y carácter.

Tu, hija modelo, señorita piadosa y gentil, estoy segura que también tendrás moderación y talento para tu manera de vestir; sin embargo, conociendo que aunque eres buena, inmejorable, puedes tener alguna rareza que, á pesar de no ser fruto de espíritu ligero, tiene apariencia de ello, quiero quitar de ti esta engañosa apariencia y hacerte ver cual eres.

Entre las diferentes modas que están en uso, elige siempre la más sencilla, que es la más simpática y elegante; corrige cuanto sea necesario las que ponen en demasiada evidencia las formas: estas son más incómodas y poco decentes.

Y sobre esté punto voy á referirte un episodio de la vida de María Cristina, reina de Nápoles. Estando un día en una fiesta de corte vió una dama suya exageradamente escotada; á ella se dirigió la reina y con la mayor amabilidad le dijo: ¡Qué hermosa eres! Y en seguida, sacando un pañuelo del bolsillo se lo puso á

cuello y añadió: ¡así eres muchísimo más hermosa!

Las modistas y los elegantes de profesión gritan que á ciertas fiestas y á ciertas reuniones no puede irse sino con el cuello y los brazos desnudos; sin embargo, yo conozco á muchas damas y señoritas que no siguen este precepto, y en vez de hacer el ridículo figuran y brillan hermosísimas entre las hermosas y las superan por su modestia.

Entre los colores escoge siempre los menos charros y no recargues tus vestidos con demasiados adornos. Ciertas mujeres parecen por el color y los arreos que llevan en sus trajes á los caballos que tiran de las carrozas en los torneos.

Muchas jóvenes martirizan su cuerpo y perjudican su contextura, apretándose con exageración el corsé: enfermedades del pecho, digestiones difíciles y hasta la tisis son muchas veces el resultado de este reprobado sistema.

La verdadera elegancia no consiste por cierto ni en llevar riquísimas telas, ni en ir al último figurín, ni en andar de púntillas, ni en llevar el corsé exageradamente apretado, ni en dejarse caer con languideces estudiadas. Esto no es elegancia, sino hipocresía ó afectación que revela, que es persona orgullosa, coqueta ó algo peor.

La verdadera elegancia consiste sobre todo en cierta natural desenvoltura en el andar derecha y digna, sin presentar ni la dureza del tronco de la encina ni la flexibilidad de un tubo de goma.

El vestido elegante es el más sencillo, limpio, bien hecho y más en relación á la persona que lo lleva. Y verdaderamente ¿no son muy ridículas ciertas niñas gruesas con exageración que nunca acaban de aumentarse vuelo con faldas y adornos, y otras en cambio

que son delgadas y sin embargo estudian la manera de comprimirse?

Lo que está bien á una joven esbelta, no lo está á una bajita, como lo que agracia á una rubia, afea á una morena.

La elegancia, pues, es sencillà, seria y sobre todo es la limpieza y la compostura personificada. ¡Oh! la limpieza es indispensable y si hubiera otra palabra más expresiva la usaría, para demostrarte la absoluta necesidad de que se encuentre siempre en ti, en tu persona y en tus vestidos y alrededor tuyo.

Una joven decente y de buena familia puede ir alguna vez vestida, y mucho más en la casa, con un trajecito descolorido, pero arreglado; esto será indicio de que no es vanidosa y sí seria y económica; mas nunca merecerá el calificativo de señorita ó niña distinguida, si no domina en toda su persona una completa limpieza, como para representar la pureza interior.

La cáscara denota la sustancia que encierra, hagamos pues por recordar esto con frecuencia.

Si te cae una mancha ó se rompe el vestido, repara en seguida el daño y repáralo tú misma, porque en esto no hay nada de bochornoso, y pertenezcas á la clase que sea, estás obligada á saberlo hacer, sopena de faltar á tu deber.

San Francisco de Sales, hijo de noble y rica familia, no llevaba consigo más que un viejo criado; sorprendido un día por este remendándose él mismo sus ropas, á la pregunta que le hizo, de que si el noble sacerdote no se avergonzaba en ocuparse en tan humilde trabajo, contestó sonriendo: *¿Y por qué me tengo que avergonzar de reparar un daño que no me avergoncé hacer?*

Esto ya ves, hija mía, cuanto más se adapta á ti y á mi, que somos mujeres, y á esas que todo lo dejan para que lo haga la doncella ó la costurera.



Es muy buena regla acostumbrarse á mudar de traje cuando se vuelve á casa ya sea rica, ya pobre, la señorita, porque de esta manera se acostumbran al orden y á la economía.

¿Es rica, inmensamente rica? Mucho mejor, mayores serán sus ahorros y más abundantes serán sus limosnas á los pobres, que hay tantos que no es menester ir muy lejos para encontrarlos. Y si sus intereses son limitados, entonces la economía le será más necesaria, y faltando á ella, faltará á un riguroso y preciso deber.

Es muy conveniente en algunas circunstancias vestir con cierto lujo para no faltar al respeto de la reunión y no aparecer excéntricas ni extravagantes; pero que siempre hay que tener cuidado no salirse de su clase y sí mantenerse un poquito más bajo, prefiriendo siempre la sencillez á todas las ventajas que se pueden obtener de un lujo excesivo.

También forma parte del arreglo de tu persona el peinado, que procurarás sea conforme á la moda, pero evitando toda exageración, ridiculez y variación con demasiada frecuencia, cosas que denotarían ligereza y presunción.

En fin, hija mía, la sencillez sea siempre la regla de todos tus actos; sea tu exterior espejo fiel de tu alma ordenada, pura y sincera.

Antes de terminar este capítulo debiera hablarte de la sinceridad, cualidad indispensable para tu modo de vestir y arreglarte; pero no quiero entretenerme más y mañana te hablaré sobre este punto, que por ser muy importante deseo me escuches con atención después de haber descansado.



## CAPITULO VII

Sinceridad interior que se revela al exterior.

Si pudiera alejaría del alma de todos la mentira; porque nunca la creo útil, ni jamás tiene excusa bajo ningún pretexto que se considere.

Ella es un engaño que, dirigido á otro, siempre perjudica al que la dice; y por añadidura da idea de un alma baja, de grosera ignorancia ó de malicia imperdonable.

Mas sin embargo si tenemos alguna relación con persona que acostumbra faltar á la verdad con sus palabras, condenemos el pecado, compadezcamos al pecador y con Jesús repitamos: *¡Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!*

En cuanto á nosotros hagamos propósito firme de no mentir jamás aun cuando por ello nos viniera algún daño. ¿Y qué mayor daño que el de decir cosa que ofenda ó haga traición á la verdad? ¿Qué mayor vergüenza que la de recurrir á un medio tan vil por sostener nuestro amor propio ó el de los demás?

Hemos, pues, de tener valor, y en vez de mentir declarararnos culpables, pedir perdón y si no podemos decir la verdad sin faltar á la caridad cubrámosla con el velo de un prudente silencio; pero jamás le hagamos traición mintiendo.

El que es capaz de hacer traición á la verdad, es

capaz de traicionar á su mejor amigo, es capaz de toda mala acción.

Era yo niña de cinco años cuando un día, para disculparme con mi hermano de no sé qué cosa, mentí. Él no contestó palabra, y dirigiéndose á los que estaban presentes les dijo: *Guardaos muy bien de esta niña, porque quien es embustero nada bueno puede esperarse de él.*

¡Oh! mi hermano nunca pudo imaginarse el efecto que aquellas palabras me produjeron, y aunque pequeña conservé en mi memoria aquella tan profunda observación, que siempre me estimuló á no faltar á la verdad.

Perdería el tiempo si te entretuviera con razonamientos para demostrarte la fealdad monstruosa de la mentira, porque sé que tú al par mío la detestas y aborreces; pero como desgraciadamente el mundo se sostiene con la falsedad, empezando por los que prometen la felicidad por medio de la culpa, hasta los que con un libro en apariencias moral, intentan corromper tu inteligencia y tu corazón; así, pues, siento la necesidad, ó mejor dicho el deber de prevenirte, porque no te suceda que atraída por el mal ejemplo sigas un día la misma escuela.

¡Oh, cuán hermosa es la verdad! Aunque esté desprovista de todas las ventajas materiales, la prefiero á todas ellas reunidas al lado de la mentira...

Tú un día sales al campo. A un lado ves un soberbio palacio y á otro una pobre choza; en aquél mucha gente atareadísima hace los preparativos de un banquete suntuoso, en el que, al servirse los más exquisitos manjares, se pronunciarán elocuentes discursos, que dejarán, como han encontrado, totalmente vacío el corazón.

En la choza la mujer del humilde colono prepara

sobre una modesta, pero muy curiosa mesa, un frugal alimento. Luego que está todo listo, corre á la puerta, en voz alta te llama, y no diciendo ni una de esas palabras que expresan la alegría de recibirte, te la demuestra con su sonrisa, con su mirada y hasta con su cortedad.

¿Y por qué prefieres la choza al palacio, la mesa humilde al soberbio banquete, los pobres colonos á los ricos señores? ¡Oh! porque en aquéllos hay un cariño sincero, en éstos sólo la apariencia, y la apariencia cuando es falsa te es antipática, odiosa...

Por Dios, no acabo de recomendártelo, ten tolerancia con los demás, pero no tengas contigo ni un átomo, porque no tardarías en arrepentirte; y al hacer traición á la verdad en cosas de poca importancia, pasarías luego á violarla en cosas de mayor trascendencia.

Hoy deseaba terminar mi conversación de ayer sobre tu exterior compostura, y hablarte de la sinceridad que debe siempre presidir en ellas, y en cambio el deseo de tu bien me ha arrancado del corazón las palabras y te he dicho más de cuanto tenía pensado decirte.

La sinceridad, hermana gemela de la sencillez, es su inseparable compañera y á veces la una tan compenetrada en la otra, que se hace muy difícil el distinguirlas é imposible separarlas.

El Señor nos ha puesto en el mundo hermosas ó feas, altas ó pequeñas, como ha sido de su agrado y demás conveniencia para nosotros; pues es gran necesidad pretender variar su obra ó de algún modo alterarla. Por consiguiente es absurdo valerse de pinturas y otros medios que las más de las veces no sirven á nuestro cuerpo y sí perjudican á nuestra alma; y

destinados á engañar á los demás, nos engañan á nosotras las primeras.

Y á este propósito recuerdo el estupendo apóstrofe que pronunciaba en sus tiempos San Jerónimo á las damas que se pintaban la cara. *¿Y como, decía él, reconocerá Dios aquella cara, que se le presenta diferente á como Él la crió, y sobre la cual no podría rodar una lágrima de arrepentimiento sin señalar un surco en el barníz que la cubre?*

Amiga querida: sea siempre el arreglo de tu persona sencillo; prefiere á todo, el agua fresca y pura: en ella hay poderosa virtud para conservar el cutis, y siempre tendrás mayores ventajas. Algunos matrimonios se combinan y fundan en cierto fanatismo, en ventajas exteriores y en la hermosura aparente.

Cuantas esposas vistas desde cerca, resultan muy diferentes á lo que eran desde lejos, y cuantas desgracias nacen de esto. Desaparecida la causa del fanatismo, desaparecen también los afectos que en ella tenían sus raíces y sucede á la paz y tranquilidad, la discordia!

Hija mía, procura que la sinceridad de tu alma, se revele siempre en tu persona, en tus actos, en todo tu exterior; para que examinada la cubierta que envuelve á tu gentil figura, deduzcan por ella tu interior virtud, que precisamente para no mentir, te esforzarás con frecuencia en perfeccionar y hacerla cada vez mayor y más robusta.

Adórnate sí, cuando el caso lo requiera; pero elige siempre entre los adornos los más sencillos y por tanto más delicados. Mejor estará entre tus cabellos y sobre tu pecho una flor natural, que una alhaja valiosa; lo mismo que pondrá en más realce tu juventud una vaporosa batista ó gasa, que no una rica y costosa seda.

Si te empolvas la cara, no se verá cuando te ruborizas, y una jovencita pierde todo su prestigio cuando no tiene rubor;... y si te pintas las mejillas, tu natural color, será siempre creído postizo. Mira los mismos mundanos no aprueban los medios que ellos sugieren y usan: ya más de una vez ha habido, guasones que al ver una mujer muy empolvada le han preguntado: señora ¿os van á freir? Y además dime ¿que precio tiene la hermosura del cuerpo, si una enfermedad ó los años bastan para destruirla ó por lo menos destruirla?

Oigamos lo que dice, no un sacerdote ni un moralista si no el mismo Rousseau. Fué á participarle un día un amigo suyo su próximo enlace con una jóven hermosísima y el filósofo con la pluma que tenía en las manos, como jugando, escribió un cero: después preguntó si la jóven tenía talento, y al oír la contestación afirmativa añadió otro cero, y así siguió preguntando de todos los demás dotes exteriores y haciendo lo mismo. Por último, preguntó si la jóven era buena y virtuosa, y el novio habiendo contestado, que sí, vió que Rousseau antepuso á todos aquellos ceros una unidad, para darle á comprender que todas aquellas estupendas cualidades eran reunión de ceros, y que solo tomaban valor por la virtud interior y por la bondad del corazón.

Créelo pues, hija del alma, por más que los libertinos y los incrédulos se burlen de la virtud y de los que la practican, sin embargo en su interior la aprecian y la alaban; es más, ellos mismos condenan aquellos privilegios que no tienen sus raíces en el alma, en aquel alma que se esfuerzan en negar, rebajar y manchar.

Cuida pues de toda tu persona; pero no con excesos y subordinando siempre el cuidado de la persona, al

que debes á tu alma inteligente é inmortal, capaz de buenas acciones y nacida para el bien y la virtud.

No ofendas jamás tu pudor, esa delicada flor que se marchita al más ligero soplo impuro; la hermosa modestia, es el traje más esplendido, es el adorno más brillante con que puedes y debes ataviarte. No exijas nunca de tus padres lo que es perjudicial al orden y á la economía; y si te cuesta trabajo conformarte con sus pareceres y renunciar á tus caprichos, piensa en los pobrecitos que no tienen ni con qué cubrirse, y entonces encontrarás mucho de superfluo aun en lo poco que posees.





## CAPÍTULO VIII

### La rueda gira

Los poetas y novelistas han imaginado, y los pintores han representado en sus lienzos la fortuna en figura de una mujer con los ojos vendados y teniendo en las manos una preciosa ánfora con la que derrama caprichosa y copiosamente flores y perfumes y con ellos toda clase de bienes para unos, mientras permanece avara é indiferente con otros, que las más de las veces merecen ser favorecidos, mejor que los primeros. Más la fortuna es ciega no mira la necesidad, ni la virtud, y mientras que es excesivamente pródiga con los unos, es eternamente miserable con los otros.

La idea cristiana se sirve de la fábula mitológica para convencernos de la falacia y caducidad de los bienes terrenos, de aquellos bienes que dados ó negados sin culpa y mérito, pueden desaparecer mañana de nuestras manos si hoy los poseemos, ó pueden sernos prodigados en gran abundancia, si al presente carecemos de ellos.

Pero el discernimiento y criterio de los pueblos ha preferido al símbolo ideado de la ciega Fortuna el otro de una rueda que gira: ésta mientras nos muestra la poca fijeza de los placeres, honores, riquezas y demás bienes que busca la humanidad con sed insaciable, nos hace ver también que como están pega-



dos á los dientes de la rueda, volverán con ella arriba cuando girando los traiga á nuestro nivel.

Con este símbolo se quita de nuestro corazón aquella especie de desesperación que le ocasiona la caprichosa diosa, porque con él nadie sabe cuándo pueda ó quiera devolver lo que ha quitado, ó dar lo que ha negado siempre.

Mas la idea cristiana ha corregido la idea mitológica y la idea popular, presentando así á nuestros ojos la imagen de los bienes pasajeros, confiados á los dientes de una rueda; pero poniendo á su lado un Dios proveedor, sabio y misericordioso; un Dios, que regula su movimiento, acelerando ó retardando su giro según la necesidad, el mérito y la utilidad nuestra.

Pero siempre está en pie el símbolo de la rueda que gira llevándose consigo los bienes terrenos, y á pesar de que la religión, la razón y la cotidiana experiencia nos aseguran de su falacia é inestabilidad, nosotros insistimos en tapegar á ellos de tal manera nuestro corazón, que se destroza y aflige cuando nos vemos privados de ellos...

No, no creas, hija mía, que sólo dirijo á ti estas consideraciones; no, no, las dirijo á mí también, á mí que el solo pensamiento de perder estos bienes me llena de espanto. Pero ahora tengo que pensar en ti, en ti que tienes delante una larga existencia; una existencia brillante ú obscura, nadando en la opulencia ó luchando con la pobreza; una existencia muy diferente tal vez á la que hoy se te promete, á la que deseas ó temes.

En este mundo todo es relativo, como ya te dije en otro lugar, y esta es una verdad indiscutible, siendo por lo tanto muy difícil establecer cuáles son los bienes y hasta qué punto lo son, y cuándo verdaderamente empiezan á volverse en males.

¿Quién puede decirte si las riquezas y la opulencia

serán para ti un bien, cuando la experiencia ha demostrado millares de veces, que la pérdida de aquéllos, ha servido para hacer brotar la magnanimidad del alma y atraer la admiración y hasta el entusiasmo de los pueblos?

Pío VII vivía en Roma, Pontífice y Rey, de todos querido y estimado; pero cuando se levantó Napoleón con su audaz pretensión de que ratificara el repudio que deseaba hacer de su legítima esposa para tomar otra, aquel Papa compareció ante el mundo aun más grande, porque contestó aquella estupenda palabra que los siglos nos han transmitido: *No puedo*. Entonces fué echado de su trono, privado del solio pontificio y desprovisto aun de las cosas más necesarias para la vida, fué enviado á Francia en la más cruda estación, mas no desistió por esto de su magnánima resolución.

¡Pobre anciano! Nacido de ilustre familia, no se acobarda ante la miseria: el corazón que late en su pecho es aun más noble que su nacimiento y atraviesa los Alpes sin más riqueza que la que lleva en su seno, que es el Santo Sacramento. ¡Pobrecillo! Los soldados que lo acompañan se compadecen de él; pero tienen órdenes muy severas y no pueden faltar á ellas. ¡Pobre viejo! ya no le rodean las pompas regias, ni sobre su venerable cabeza está la tiara; se puede decir con razón *Ecce homo*, esto es: mirad al hombre que hace poco era Rey y Señor...

Mas la privación de los bienes temporales, la terrible persecución ganada por cumplir fielmente su deber de Vicario y seguidor de un Dios misericordioso al mismo tiempo que justo, así con los Emperadores lo mismo que con los vasallos, ha puesto más en relieve su sublime heroísmo y en vez de rebajar aquel hombre lo ha levantado más.

Sí, aquella mano sacrílega que destronaba á Pío

VII era, sin saberlo, instrumento del Altísimo, que quería que su Vicario fuese admirado y venerado de todos los pueblos.

Otras veces Dios, haciendo girar la rueda, nos hace perder los intereses, los honores y los bienes todos; pero sólo para que volvamos á Él. Y puesto que ya te he hablado de una enormidad cometida por el gran Napoleón, te convido á considerar también conmigo sobre el término de su vida, y esto por dos razones; la una por amor de la justicia y la otra porque no me agrada hablar mal de nadie y mucho menos de los muertos, de aquellos que pueden hoy encontrarse muy cerca del trono de Dios.

Aquel gran capitán movía su brazo y en tropel le seguían los pueblos; levantando su voz fijaba su mirada y con valor sus tropas desafiaban al hambre, al frío, al fuego y exponían la vida por él: ideaba una conquista y los tronos caían desmoronados ante él.

Un día creyó Napoleón vivir sin Dios y tocó al Sumo Pontífice; pero en día no muy lejano Dios manifestó al mundo lo que Napoleón era sin Él.

Desde aquel momento Napoleón no es ya el genio de la conquista, el dueño del mundo: él es el pobre prisionero de la isla de Santa Elena. ¡Ay! el conquistador del mundo, que recorría la tierra á su antojo, ya no puede salir de su destierro: el que hacía temblar la gente con su voz de mando, acaba los días de su vida obedeciendo á modestos soldados...

Pero aquí lo esperaba la divina gracia. En el corazón de Napoleón, prisionero, pobre, olvidado, tenía que renacer la fe, aquella fe antes olvidada y despreciada; sobre el escollo de Santa Elena él debía reconciliarse con Dios, y cuando la fortuna lo privaba del cetro de la tierra, Dios le devolvía los derechos á un reino ce-

lestial, reino reservado para nosotros también y al que hemos de aspirar.

Como ves, no te he citado ejemplos nuevos y peregrinos, porque hubieras podido dudar de ellos. Muy fácil te será con estos dos ejemplos deducir la verdad de mis reflexiones y afirmar, que así como la privación de los bienes terrenos hizo brillar la majestad y grandeza de aquel venerable Pontífice, que todo lo sufrió menos el ofender á Dios; así la misma privación trocó el curso de las crueldades del gran Napoleón y le recordó que el hombre no es dueño del mundo, ni de las personas, sino que lo es sólo Dios, que todo lo creó, y por este medio pudo volver á los brazos de aquel bondadoso Padre.

Sólo te he hablado hasta aquí de los honores y bienes de fortuna, y sería interminable si me pusiera á demostrarte que así como estos, también los demás bienes y especialmente la salud corporal, nos son quitados muchas veces por fines no tanto de justicia cuanto de misericordia.

Un refinado amor propio nos hace creer muchas veces que seríamos capaces de sufrir con heroísmo las grandes desgracias de los soberanos y de los héroes, mientras que nos hace insoportables aquellas pequeñas desgracias á las que no va unida la gloria ni el honor, y nos dejan olvidadas y solas en un rincón de la tierra, para que además de la pérdida material de los bienes y de la salud, experimentemos también la privación de verdaderas amigas que nos compadezcan y tomen parte en nuestro dolor.

También es verdad que nosotros mismos á veces aumentamos nuestras desgracias exagerando con nuestra imaginación la gravedad y figurándonos de una planta que vemos sacudida por el viento una par-

tida de ladrones que atenta contra nuestra vida y cosas semejantes.

Animo pues, estemos dispuestos para todo, acordándonos siempre, que Él que nos manda bienes ó nos los quita, es nuestro amoroso Padre, que incesantemente vela sobre nosotros y todo lo dispone para nuestro mayor bien.

Recibamos, de sus Manos Divinas con tierno corazón de hijo lo que Él con corazón de amoroso Padre nos envía.





## CAPÍTULO IX

### Desde la teoría á la práctica

Ayer te entretuve en contra de mi costumbre en el campo de las consideraciones teóricas, pero como las encuentro tan necesarias y de tanta importancia asegurarlas muy bien en la mente de las jóvenes, ó sea de esa generación presente que está destinada á mejorar la sociedad, no temo haber perdido el tiempo, ni haber abusado de tu benévola atención. Si me engaño, mi engaño es de buena fe, y esto te lo demuestra que hoy vuelvo sobre el mismo tema.

Antes de entrar en detalles creo útil establecer una máxima que algunos creen superficial y de escasa importancia, mientras que es todo lo contrario. Uno cambia de condición cuando de la abundancia pasa á la miseria; pero este cambio de condición es nada más que hasta cierto punto.

Muchos confunden el sentido entre las palabras *rico* y *señor* usándolas indistintamente, sin tener en cuenta, que se puede ser *rico* sin ser *señor*, y viceversa, porque la palabra *rico* se refiere á las riquezas, y *señor* hace referencia á su alto origen y buena educación. Persuadiéndonos bien de esta verdad sufriremos con más paciencia la pérdida de los bienes materiales, porque ésta no nos quita, ni la dignidad ni la condición en que hemos nacido.

La rueda gira y gira para bien nuestro, porque

nos tiene despegados de todo lo terreno que siempre es falaz, y nos hace recordar á Dios, nos purifica de nuestras manchas, pone en evidencia nuestras buenas cualidades y en fin, nos dice que nuestra patria no es esta, y tenemos por lo tanto, que aspirar á ella.

Pero es necesario confesarlo; debe ser una pena muy dolorosa la de aquellos que perteneciendo á familia acomodada hasta de abolengo, se vean de la noche á la mañana sin tener ni aún lo más preciso para la vida y puestos en la necesidad de desempeñar los más humildes trabajos para sustentarse. ¡Ay! esto debe ser una prueba muy dura, y desde lo más íntimo de mi corazón ruego á Dios para que te libre de ella, y contigo, libre también á todas las personas que tú quieras mucho.

Más si el Señor quisiera en sus impenetrables designios visitarnos con semejante desgracia, tendríamos que doblar nuestra frente y con cristiana resignación tomarla como venida de sus santísimas manos. Él todo lo ordena para el mayor bien de sus hijos; y para poder en la lucha salir victoriosos, es preciso nos preparemos á ella para que no nos coja desprovistos; que si Dios en su infinita misericordia quiere tenérsela lejos Él aceptará nuestra sumisión á su Divina Voluntad.

Tú estás hoy en la primavera de la vida, tu risueña imaginación te lleva á un campo inexplorado; te muestra y te promete una existencia de goces, de satisfacciones, de placeres, porque al presente todo te sonrío; pero ¡ay! no te hagas ilusiones, amada hija, cualquier contratiempo puede cambiar tu posición y la señorita que hoy se ve rodeada de un sin número de criados, mañana los verá frsele uno á uno y hasta tendrá que trabajar para poder vivir.

Sé de muchísimas señoritas nacidas y criadas en

la mayor opulencia. que variada su posición financiera han sacado abundante provecho de su propio ingenio, de la cultura del espíritu, de los adornos aprendidos por pura recreación y se han dedicado á la educación é instrucción de las jóvenes.

Con este medio han logrado ganar un pan suficiente para el cuerpo, y para el corazón la indecible satisfacción de dirigir la familia humana en su edad mejor y más delicada, la juventud. Otras aprovechando sus habilidades en las bellas artes, se han dedicado á enseñarlas; otras en fin se han puesto en el comercio, y las que no han tenido estos méritos sirven de institutriz y hasta de camareras ó doncellas....

¿Y quién es capaz de imaginar la amargura de aquellas pobres almas que nacidas de ilustre familia, se han visto obligadas á servir y á veces hasta á señoras sin educación y sin corazón? Ahora bien querida joven, si desde hoy te encuentras en condición de tener que pensar en procurar tu subsistencia, da gracias al Señor que ha querido ahorrar á tu vejez esta pena, que hubiera sido entonces muchísimo mayor: haz por educar cristianamente tu corazón en la virtud, en el sacrificio y después procúrate un dote precioso ó una habilidad cualquiera con la que puedas ganar y satisfacer las necesidades de la vida.

Esto no debe avergonzarte porque también nuestro amoroso Jesús, trabajaba para ayudar á sus padres. Muchas jovencitas de buenas y acomodadas familias estudian y se someten á su debido tiempo á los exámenes para alcanzar el título de maestras y poder ejercer este delicado ministerio cuando lo desean ó necesiten.

Desgraciadamente á la maestra y á la institutriz no se les estima como merecen, y esto por dos razones contrarias entre sí, pero que las dos sirven para man-



tener en el público una cierta antipatía á esta clase de personas. La primera razón es que muchas ejercen esta sublime misión como si fuera un oficio y tratan la educación como el herrero al hierro y aun peor. La segunda razón es esta: muchas maestras están penetradas de la nobleza de su alta misión, pero son muy mal retribuidas, y mientras que se paga largamente á una modista, se regatea un miserable pan á quien educa el corazón y la inteligencia de nuestra juventud.

Y sin embargo no faltan almas generosas que, no cuidándose de su propio sacrificio, nos dedican su talento, sus mejores años, su presente, su porvenir y hasta su misma salud, y las más de las veces sin recibir más premio que una sonrisa ó palabras estudiadas de elogio. Es verdad que estas almas generosas algunas veces infunden en sus discípulas un afecto vivo, intenso y una sincera gratitud; pero esto es raras veces, y siempre no falta quien procure sofocarlo y destruirlo.

La que se siente con heroísmo bastante para vencer todas las duras pruebas que ofrece esta sublime misión, cumple una obra buena y apostólica, dedicándose á cultivar la juventud, así sea ella de noble origen, el Señor coronará sus esfuerzos y le dará abundante recompensa. Quien no se encuentra capaz de tanto heroísmo, tenga siempre presente que un día ú otro puede encontrarse con necesidad, así que se prepare con tiempo, otra manera honrosa que le sirva para ganarse el sustento y ser también ayuda á su pobre familia.

Pero el Señor no exige de todos semejante sacrificio, ni á todos impone tan dura prueba; pero es menester estar preparados y tú en particular, joven querida, para que no te coja desprevenida y se aumente así la miseria de tu infeliz decadencia. Que si el Señor como te deseo y le ruego, encuentra para tu mayor bien con-

servarte en la posición en que has nacido y te has criado y aun mejorarla, le doy sentidas gracias por tí; pero conserva siempre en tu corazón noble un sentimiento de caridad por los que han sufrido esta desgracia, y si te sucede encontrarte con alguna de estas criaturas, procura acercarte á ella, hazle sentir que la estimas, que la aprecias, que conoces su historia, que te interesas por ella, y tus palabras, en vez de hacerle llorar el bien que ha perdido, se dirijan á consolar su ánimo y hacerle ver que su obra es útil para la sociedad y le da derecho á pública gratitud. Jamás seas tú de aquellas que se manifiestan amigas cuando sonrío la fortuna y después á la primera desgracia cuando pueden ser útiles con su apoyo se retiran y no sólo le niegan socorro, sino hasta la misma amistad.

Como considero de suma importancia este argumento, permíteme te haga como un resumen de cuanto te he dicho ayer y hoy para dejarte con Dios.

Los bienes de la tierra no son absolutos sino relativos, y no siempre se dirigen á nuestro verdadero bien; cuando Dios nos los quita es señal que así nos conviene. Procuremos no apegar nuestro corazón á bienes que de un día á otro pueden sernos quitados, y sirva la consideración de la caducidad de ellos, para que con tiempo hagamos tesoro de valor suficiente para combatir y vencer la desgracia y enriquecernos de nociones y habilidades que puedan, cuando lo requiera el caso, procurarnos la subsistencia.

No seamos jamás orgullosos si nos sonrío la fortuna, ni tengamos duros modales con el que es inferior y mucho menos si en otro tiempo nos aventajó.

Tengo que recomendarte otra cosa de la que aun no te he hablado; esta servirá muy mucho á conjurar el peligro de que la rueda gire de manera que se lleve tus bienes de fortuna; ella te sostendrá y hará te sea me-

nos gravoso el cambio de posición si no te es posible evitarlo.

Mas será mejor no aglomerar una cosa con la otra y por lo tanto la dejaré para que sea el argumento de otra conferencia, y termino para no cansarte demasiado.

Perdona si mi conversación ha sido hoy excesivamente severa; yo ni te pronostico ni te deseo un quebranto de fortuna; Dios que lee en mi corazón sabe los ardientes votos que hago por tu constante felicidad; pero precisamente porque quiero que tú seas feliz te pongo sobre aviso para que con tiempo te prepares á vencer toda lucha.

Consérvate, pues, buena, obediente, piadosa; ten compasión del que sufre y entonces el Señor no te enviará esa prueba ó por lo menos será para ti más llevadera, menos dura.





## CAPÍTULO X

### La economía

Es verdad que muchas veces familias riquísimas se han visto en la mayor miseria por desgracias imprevisibles é inevitables; pero las más de las veces el empobrecimiento és ocasionado por un necio despilfarro, por no querer sujetar los gastos á las entradas. Por lo tanto el primer remedio contra los reveses de fortuna es una prudente *economía*, una economía reguladora que todo lo ordeña y provee con discreción y talento.

Esto precisamente ha sido lo que ha impedido la quiebra de muchas casas y las ha sostenido siempre en su esfera; pero como se abusa con mucha frecuencia de la economía y de lá palabra que la expresa, creo necesario conozcas la que es verdaderamente y cómo deba usarse.

Muchos confunden *economía* y *avaricia* y por consiguiente se creen obligados para ser económicos á ser avaros; ó al mismo tiempo bajo pretexto de no querer ser avaros, se permiten ser pródigos. Parece esto un absurdo ó un juego de palabras; pero desgraciadamente es la realidad de cuanto sucede en la mayor parte de las casas en las que se cree de este modo contentar las propias tendencias y deseos y tranquilizar la conciencia.

Algunos, por ejemplo, se creen discretos y económicos midiendo y escatimando á los criados lo necesari-

rio, y si éstos se quejan les contestan que no piensan arruinarse por ellos ó cosas semejantes, y después no son avaros ni escatiman nada cuando quieren procurarse para ellos un rico manjar ó un lujoso mueble.

Por razón de economía no pueden dar una pequeña propina á quien los ha servido con empeño y sí pueden, privándose de lo más necesario, reunir una suma considerable para gastarla en baños ó viajes de recreo, en el teatro ó en cualquier otro ramo de lujo.

Hay además otros sabios económicos aun más raros, aun cuando no sean tan culpables. Estos se privan ellos mismos de las cosas más necesarias para la vida y se condenan á un continuo y casi absoluto ayuno, que muy meritorio sería si lo hicieran por Dios, pero no lo hacen sino para poder figurar en la sociedad vestidos á la última moda, ó poner su nombre en la lista de los filantrópicos aumentando una brillante suma que llegará, sabe Dios cuándo, á consolar á un desgraciado ó á saciar á un hambriento.

No, esta no es economía, es injusticia. La economía es una virtud, por consiguiente es útil á los hombres al mismo tiempo que es agradable á Dios; y la virtud sólo puede ser sugerida é inspirada por la justicia y la caridad. Verdaderamente por tu dicha hoy no pesa sobre ti la dirección de una familia y por el momento no te es necesaria esta instrucción, pero como deseo tu bien, me interesa que desde ahora conozcas su importancia, para que así puedas un día, si eres llamada á dirigir una familia, cumplir fielmente con tus deberes.

La economía es tan enemiga de la prodigalidad como de la avaricia, y sólo se engaña quien á sabiendas quiera engañarse confundiendo la una con la otra.

La prodigalidad, aunque diametralmente opuesta á la avaricia, se encuentra muchas veces á su lado y prueba la verdad de aquel dicho *«los extremos se to-*

can» y parece imposible; pero la una lleva á la otra. La prodigalidad hace que el hombre gaste cuanto está en sus manos y muchas veces sin discernimiento ni medida. Bajo pretexto de no hacer faltar lo necesario á su familia, la acostumbra á lo superfluo, ni sabe negarle diversión ni comodidad por costosa que sea; claro está que si él tiene uno y gasta dos, no puede pagar y hace trampas, que más tarde lo obligan á estrecharse y disminuir hasta los gastos necesarios y entonces se hace avaro con su familia.

Aquellos desgraciados hijos criados en el esplendor y comodidad, no saben acostumbrarse á una vida de trabajos y por consiguiente se rebelan y esa rebelión llama sobre ellos los castigos del Señor. ¡Pobrecillos!...

La avaricia propiamente dicha es un vicio tan feo, que se encuentra entre los siete pecados capitales: ella atrae la justicia de Dios y á pesar de acumular bienes materiales arruina hasta en su germen las familias herederas. ¡Oh! evitemos pues con todos nuestros esfuerzos este horrible pecado y para mejor evitarlo procuraremos ante todo conocerlo bien, porque vista su fealdad monstruosa tendremos más empeño en odiarlo.

El avaro es cruel, ama sobre todo su dinero y dejaría morir á uno de hambre antes que privarse de una sola moneda. El avaro pesa el pan á sus criados, á sus hijos, á él mismo, y siempre teme le haya de faltar aquel dinero que él adora y emplea en préstamos exagerados, escusándose con las leyes de hoy que no condenan ya la usura. ¡Miserable! no piensa el infeliz que si la ley humana tolera la usura, no la tolera la ley divina, esa ley que defiende los derechos de todos y en especial los del necesitado, del huérfano, de la viuda...

El avaro encuentra inútil y superfluo todo gasto aunque sea estrictamente necesario; pero como él sien-

te también la necesidad de justificarse consigo mismo y persuadirse que no es avaro, sino prudentemente económico, por una de esas rarezas que muestran la coincidencia de la avaricia con la prodigalidad, pero que no la explican, gasta con abundancia su dinero en una obra muchas veces inútil ó necia. Así los ahorros que ha reunido con muchos trabajos y muchas lágrimas de pobres viudas y huérfanos desamparados, sirven para sus caprichos, y esto prueba una vez más que el pecado es horrible y el fruto de ese pecado lo es también.

El que es económico es prudente y previsor; mide con justicia las necesidades de la familia y provee á ellas; procura emplear su capital en negocios seguros y calculando las propias entradas, gasta y reserva siempre un poquito para enfermedad ú otra necesidad imprevista.

La mujer económica se acostumbra y también á los de su casa, á comer con frugalidad, á vestir con modestia de tal manera, que sin variar de fortuna no le sería tan gravoso como á otros acomodarse á una vida más humilde y escasa.

Hasta aquí te he hablado de las obligaciones que se refieren á tu porvenir y que debes ponderar seriamente para después cumplir con fidelidad. Mas tengo que hablarte aun más directamente de la economía, porque desde ahora debes hacerla familiar para predisponerte á un cambio de posición y hacértelo evitar con todo empeño.

Muchas veces los padres por un amor excesivo rodean los hijos de más comodidades que corresponden á su clase y esto tú debes procurar evitarlo y acostumbrarte á vivir sin ciertas delicadezas y lujos que no tienes seguridad de poder conservar y sostener. Hoy estás muy bien y tal vez eres hasta muy rica. ¿Y si un día

caes en la pobreza? Teniendo siempre presente este temor te acostumbras á una vida trabajadora y modesta sin buscar y mucho menos exigir aquellas comodidades que, aumentando los gastos, aumentan también tus necesidades y por consiguiente tu infelicidad.

Deseo, pues, que aunque pertenezcas á la más encumbrada sociedad siempre, sin caer tampoco en ningún ridículo, te quedes más baja de cuanto te permite tu posición social y financiera, y esto, al mismo tiempo que evitaría desorden y quiebras en tus intereses, denotaría un alma humilde y gentil que en vez de manifestar su soberanía le es más agradable presentarse inferior á otros.

Deja que otra vez te recomiende la economía doméstica, una economía que más que á nada debe referirse á tu persona; una economía que en vez de cerrar-te las manos al socorro, te procuren ellas mismas los medios para ayudar al menesteroso: semejante economía te hará cada vez más agradable al Omnipotente Bienhechor, que tomando humana carne quiso alimentarse y vestir con pobreza.

Se me inunda el corazón de ternura cuando medito el paso del Evangelio de la multiplicación de los panes y de los peces y se me ocurre una reflexión que no puedo dejar de comunicarte.

¿No podía el Salvador al obrar el milagro de la multiplicación ofrecer á las turbas manjares exquisitos y no pan y pescados? ¿No hubiera podido dar por lo menos á aquel pan y á aquellos pececillos un sabor superior á todo sabor? El Evangelio no dice en absoluto palabra de esto; queda, pues, probado que el Señor aumentó la cantidad, pero no la calidad.

Este hecho es fecundo en sabias enseñanzas, como lo son todas las cosas hechas por Dios; esto nos enseña que siempre que nos concretemos á desear y pedir



lo necesario, el Señor está dispuesto hasta á hacer milagros por satisfacernos.

Amiga querida, no busques más que lo necesario, conténtate con poco y desprende tu corazón de las comodidades é intereses materiales y el Señor, viendo que no te son obstáculos para desear el cielo, no te privará de ellos, y por el contrario ayudará tu obra de sabia y prudente economía, guiada por la justicia y la caridad, bendiciéndote en el alma, en el cuerpo y en los intereses. Sí, hija mía, Dios te bendecirá abundantemente.





## CAPITULO XI

### Una flor que pasa

Recibí en el día de mi Santo un hermoso ramo de flores y como no quería se secaran, puse todo mi cuidado para conservarlas; las puse al fresco, las humedecí con un paño mojado; pero ¡ay! que no sirvió para nada: al día siguiente aquellas flores habían perdido su primitiva lozanía y arómas, sin embargo, no tuve valor de privarme de ellas. Las conservé otro par de días, hasta que me ví precisada á tirarlas por el mal olor que despedían...

Recogida en mi interior, pensé que mi juventud, no podía tener tampoco más que la vida de una flor; pero que como esta, también ella pasaría; y entonces oí en mi corazón una voz que me consoló repitiéndome: «La juventud no es una flor que pasa como las otras; esta flor puede conservarse si no en su exterior hermosura, sí en su esencia; Dios permite y hasta quiere que cuides tú y guardes celosamente esta flor.

Que si la vida pasando sobre ella, la pisotea y esconde, el día de la justicia y de la misericordia, resucitará gloriosa, y las perfumadas rosas de la juventud resplandecerán aún más hermosas, y juventud y vejez entrelazadas formarán sobre tu cabeza, majestuosa corona».

Al oír esto me consolé y fervorosa hice una súplica.

al Altísimo para que conservára siempre la juventud, no sobre mi rostro sino en mi corazón.

Pero hay otra flor aun más pasajera y más caprichosa que la juventud. Esta flor, tú lo sabes se llama *hermosura*. Es innegable que la hermosura es un magnífico don de Dios, por lo tanto es bueno y apreciable. Pero el hombre y en particular la jovencita da á la hermosura un valor exagerado y apega su corazón tanto á ella que lo que debfa ser para ella origen de bien, es en cambio fuente de mucho mal.

De ordinario son siempre desgraciadas las jóvenes extraordinariamente hermosas, porque se forman un concepto tan exagerado de la perfección de su persona, que se creen merecerlo todo y no procuran ni ser amables ni agradar.

Otras en cambio extreman tanto sus pretensiones que no encuentran á nadie digno de acercarse á ellas y si tienen alguna deferencia con alguien, éste teme sufrir más tarde la suerte de los demás, sólo se contenta con alabar su hermosura, con suspirar por ella y hasta llega á privarse él mismo de la compañía de una sabia y virtuosa esposa, que podría hacerlo feliz y pasa los años obsequiando con flores, poesías y regalos á la encantadora niña.

¿Y qué sucede entonces? El tiempo pasa y se lleva consigo los encantos de la juventud y ella, ó se aprovecha de los últimos pálidos rayos de su hermosura, para unirse con uno que lejos de ser su ideal, no la hace ni puede hacerla feliz; ó se consume en tardíos arrepentimientos, que hasta le hacen maldecir la funesta hermosura de su persona.

¡Pobre desdichada!; no creas que es de nadie la culpa más que tuya. Si tú hubieras considerado la hermosura como un don de Dios; pero un don subordinado á los otros y como delicada flor hubieras procurado

custodiarla, enriqueciéndote de fortaleza, pureza y generosidad de alma, pensando siempre en su caducidad, entonces tu hermosura te hubiera traído muchos bienes y no castigos.

¿Y qué decir de aquellas otras desgraciadas que se sirven de la hermosura para perversos fines y hasta para horrendos crímenes?

Cubramos con piadoso velo esas desdichadas y recordando las caritativas palabras del Salvador á la mujer adúltera, *¿Quién te ha condenado?—Nadie.—Tampoco yo te condeno; ve y no peques más*, compadecámoslas y nos sirva su ejemplo para alejarnos del peligro. Que si desgraciadamente las hemos imitado en la culpa, arrepintámonos sinceramente y mudemos de vida.

Pero gracias á Dios hay muchas, pero muchísimas excepciones, y espero que tú seas una de estas; *hermosa*, pero *no coqueta*; hermosa, pero al mismo tiempo amable y modesta; hermosa, mas sin vanidad.

La Virgen Santísima era la más hermosa de las mujeres y al mismo tiempo la más santa y más amable; su ejemplo debe servirnos á todos de estímulo para que la imitemos. ¡Oh! hija mía, si posees la hermosura no te perjudiques creyéndola ó estimándola más de lo que vale: si unes á ella la virtud, tu flor resplandecerá y en el día último volverá á su perfume y lozanía; pero si la virtud y la modestia no la acompañan, seguirá la suerte de las flores del campo, que por la mañana frescas y lozanas, por la tarde mustias y agostadas serán tiradas.

Además la hermosura pasa aun antes que la juventud: una enfermedad, un incidente cualquiera basta para destruirla.

No te apegues, pues, á bien tan pasajero; liga tu corazón á esos otros bienes que el hombre no puede ro-

barte y que, fecundando tu vida de obras buenas, te preparan una hermosa aureola de gloria, y aun cuando no sirven siempre para que sea feliz y dichosa tu mortal existencia, sí la harán más tranquila y resignada. ¡Oh!, las desgracias son inevitables en la vida; pero tú las sufrirás con paciencia ó sea con fruto, si el testigo de la conciencia te asegura que has cumplido fielmente con tu deber.

La hermosura es un don de Dios y como tal debes reconocerlo; pero no olvides nunca que es una flor que pasa; sin embargo, cuando es símbolo y expresión de la hermosura del alma, deja en pos de sí una faja luminosa y un suavísimo perfume.





## CAPITULO XII

### Espina cruel.

Aun cuando todos sabemos que la hermosura es una flor que pasa, muy pocas son las almas generosas que no se apegan á ella si la poseen, que no la lloren si la han perdido, ó la envidien si la ven sobresalir en otras. Ahora bien, es indispensable y necesario un poquito de este valor para quien quiere servir á Dios y no ser mal mirada en la sociedad; pero á ti más que á nadie es preciso, á tí que desees ser el Angel de tu familia y por consiguiente quieres y debes ser una niña amable, generosa y modesta.

Muchas jóvenes se consumen de pena porque sus formas son irregulares ó su cutis ordinario y feo: harían todos los sacrificios imaginables para remediar sus defectos.

Hasta cierto punto la cosa puede marchar; porque si por ejemplo tuvieran los dientes negros y procuraran ponérselos blancos, ó si teniendo una pierna más larga que otra, buscasen medio para levantar la más corta; en esto no hay mal alguno. Pero en caso de matrimonio deben decir la verdad, y si escondieran con arte sus defectos serían culpables de un verdadero engaño.

Algunas otras niñas, por defectos mucho más inferiores á los indicados, son envidiosas y hasta ridículas. Hay, por ejemplo, quien quiere hacer dulce su voz.

que es por naturaleza baja y bronca, y lo hace con tanta exageración é irregularidad, que da verdadera lástima al que no tiene gana de reirse. Por lo regular todos los que quieren á fuerza de arte adquirir lo que les niega la naturaleza, resultan ridículos y antipáticos.

Yo, por mi parte, lo confieso, tengo tal vez gustos raros, pero prefiero mucho más una figura, si quieres irregular, una nariz desproporcionada, un color que no se sepa qué color sea, pero que en el conjunto brille la sinceridad del corazón y la bondad, á una figura bella, encantadora, pero fría.

Prefiero á una mirada hermosa pero altanera, dos ojos sin expresión, mas que se cubran con lágrimas al oír las desgracias de otros.

Prefiero una mujer ruda, pero de buen corazón, dispuesta á prestar cualquier servicio, á una persona elegante y majestuosa, cuyos perfiles toquen la perfección, mas que, ocupada exclusivamente en sí, sólo se cuida de los demás en lo que exigen las conveniencias: esas conveniencias que ella observa fielmente para no perjudicarse en la reputación que tiene de dama ó señorita de la gran sociedad.

Más de una vez se han dado casos que personas casi deformes han inspirado fuertes pasiones, y esto nos prueba claramente que las cualidades interiores superan y hasta en cierto modo esconden, las exteriores apariencias, y que la hermosura del cuerpo sin la del alma es estiércol y miseria. La belleza sin la bondad, no sirve absolutamente para nada.

Aun hay más. En un jardín crece lozana y perfumada una flor y á su lado el mismo jardinero ha puesto otra simiente que no será fecunda de flores, mas sólo de espinas. ¿Qué significa esta diferencia? ¡Y por qué esta planta sembrada, cultivada, regada como la primera, da sólo espinas y si encierra entre ellas un

capullo no es ni flor, ni fruto, ó por lo menos no es fruto bueno para nada?

Tal vez será porque es conveniente rodear la flor con espinas, tal vez para hacer resaltar más su belleza, ó tal vez será para mostrar que aquella flor sólo tiene la vida de un día, mientras que el arbusto dura toda la estación; tal vez...

Quien indagara en los secretos escondidos en el seno de la naturaleza, llegaría hasta un cierto punto; pero luego se vería obligado á pararse y confesar: *aquí hay un misterio que acepto, mas no sé explicarme.* Ahora bien ¿por qué en la vida moral de las almas, cuando nos encontramos con un misterio, no nos inclinamos á aceptarlo y pretendemos indagarlo y llega nuestra razón orgullosa é ignorante hasta negar lo que no conoce, porque no sabe humillarse y confesar que hay algo que no está á su alcance?

El espíritu de las tinieblas es el primer factor de semejante desorden: él nos sugiere una curiosidad indiscreta, sacrílega, porque quiere indagar los secretos de Dios: él pone en nosotros aquel mal germen que abusa de los dones divinos para estimularnos á ofender á Dios.

¡Oh! todos los que se ven afligidos por una desgracia cualquiera y en particular por algún defecto corporal, doblen su frente y adoren los altos designios de Dios, y piensen que Él nuestro Criador es también nuestro Padre, y si nos ha negado alguna gracia lo ha hecho para reservarnos otras mejores más preciosas y verdaderas.

Si tú que lees este libro no tienes clavada en tu corazón esta espina cruel, compadece á quien la tiene, alivia su dolor, piensa que quien es objeto de tu compasión tal vez te supera en los privilegios del alma ó de la inteligencia, y convéncete que la naturaleza es



proveedora y justa y da por un lado cuanto niega y quita por otro.

De ti verdaderamente no tengo sospecha alguna; pero si te encontraras alguna vez con persona que se burle de los desgraciados, ruega por ella y repréndela haciéndole ver que la bajeza de la que ella se hace culpable, la presenta mucho más despreciable de quien es triste objeto de su rastrera guerra.

Si este libro no lo inspira el espíritu de Dios morirá al nacer y mis palabras no serán escuchadas por nadie; pero si lo anima el soplo del Omnipotente correrá entre muchas manos y conmoverá el corazón de muchas señoritas. Entre estas tal vez se encontrará con alguna desgraciada que la naturaleza ó la enfermedad ha quitado ó alterado una pierna, un brazo, el oído, la palabra y tal vez hasta la vista y no podrá leer por sí cuanto escribo también para ella. ¡Oh, niña desdichada, para ti también pido las bendiciones de Dios!

Es verdad, joven infeliz, que esta es para ti una espina muy cruel que se clava en tu pobre corazón; te parecerá que eres lo peor del mundo; que la vida, los intereses, el talento, son para ti un castigo y tal vez nuevo Leopardi, se apodera de ti un sentimiento de desesperación que pretende arrastrarte al abismo. ¡Pobrecita! si hubieras nacido antes del Redentor ó en países donde aun no ha llevado Él la civilización, tu cuerpo serviría para la burla y tal vez una mano cruel te hubiera quitado la vida al nacer.

¡Mas consuélate y ensancha tu afligido corazón! Un Dios en el cielo ha pronunciado una grande, una sublime palabra; ha dicho que no se tendrá en cuenta la apariencia sino la realidad; que seremos considerados en lo que realmente valemos y no en lo que figuramos valer. ¡Oh! aquel Dios negándote la sonrisa de la tie-

rra, te promete una mucho más hermosa, más verdadera y eterna, en la otra vida.

Ni creas tampoco que por esto será para tí esta vida mortal un continuo llanto y una condena. No, hija mía, Aquel que nos crió ha puesto en el corazón de sus seguidores un sentimiento de ternura, de veneración por los miserables de toda clase; ha enseñado á que curen sus llagas, á que enjuguen sus lágrimas y consuelen sus penas.

En el Santo Evangelio no se habla, que yo sepa más que de tres mujeres, que podemos suponer dotadas de hermosura, la Magdalena, la Samaritana y la Adúltera. Y en cambio en cada página leemos de ciegos, mudos, sordos, paralíticos, leprosos y hasta endemoniados, que se acercaban á Jesús y recibían con la salud corporal aquella mucho más preciosa del alma. ¿Y en la cena de las bodas no entraron los desgraciados, los cojos, los ciegos que estaban tirados en las calles? ¿Y no nos quiso enseñar el Señor con esto que ellos serán preferidos en el Reino de los Cielos?

Las personas que no están animadas por el espíritu del mundo, sino por el de Dios, lejos de burlarse de ti, te querrán, te estimarán, te tendrán grande veneración, si encontraran en ti una virtud firme, una humildad profunda y una piedad seria y constante.

Es verdad que la tuya es una espina muy cruel; pero en tus manos está el poner al lado de ella virtud que no te haga sentir sus punzadas y que debes pedir-la á Dios y fecundar y cultivar con santo valor, con ese valor cristiano que te hace llevar con paciencia la cruz de un día, en cambio de una corona que durará toda una eternidad.

¡Oh! hija mía, dime dónde estás, hazme sentir tu voz y si no puedes mover el paso y llegar hasta mí, iré yo á verte, á estrecharte en mis brazos, iré yo á de-

cirte que la espina que hiere tu corazón traspasa también cruelmente el mío por no podértela quitar. Dime dónde estás é iré á verte, á rogarte y suplicar que perdones á aquellas almas débiles que mirándote se ríen de tu desgracia; iré para repetirte la historia de nuestro Divino Maestro y Salvador, que desfigurado y ensangrentado por sus enemigos, los perdonó á todos, y clavado en la cruz rogó al Eterno Padre por ellos.

No llores, amiga mía, tu desgracia, ni la consideres como espina cruel; consuélate, porque ella te servirá para llevarte un día á los amorosos brazos de Aquel Padre que ha querido privarte de hermosura en la tierra para dártela mucho mayor en el Cielo.





### CAPÍTULO XIII

Después del mediodía.

En los días pasados hemos meditado los deberes que nos unen á Dios, y hemos visto la necesidad de dirigirnos á Él con frecuencia para que nos dé ayuda y nos guíe. Después hemos discurrido sobre los estudios que corresponden á una señorita bien educada, dando la preferencia á los estudios que presentan más inmediata utilidad, advirtiendo la necesidad y deber que tenemos de guardarnos de los malos maestros y de sus perversas doctrinas.

También me he esforzado en convencerme que la elegancia no consiste en el lujo, sino en el buen gusto basado en la modestia y sencillez, y que no es lícito servirnos de ningún arte para parecer diferentes de lo que realmente somos; por último para combatir la vanidad y desprender nuestro corazón de todo lo terreno hemos considerado la inconstancia de los bienes materiales que hoy tal vez poseemos y mañana estaremos sin ellos.

Y de estas consideraciones ha brotado espontánea la necesidad de acostumbrarnos á la economía sabia y prudente; de contentarnos con lo que tenemos y no poner nuestra felicidad ni en los honores, ni en los bienes, ni tampoco en la hermosura, flor que muy pronto se marchita y que no es ni puede ser perfumada, como no sea beneficiada por el sol de las virtudes

cristianas; y como ocupan mi pensamiento y aun más mi corazón, las pobrecitas que no poseen esa flor de la hermosura, les he dicho al oído lo que mi corazón me ha sugerido para consolarlas.

Mas hasta aquí me parece haberme ocupado exclusivamente ó por lo menos con preferencia en las señoritas que se encuentran en la primavera de su vida, mientras que hay otras que han pasado esta edad y estas también tienen derecho á que me ocupe en ellas y las haga partícipes de mi afecto; porque si no por estado por lo menos por edad, estoy más cerca de ellas que de las primeras.

Entre las solteras que han pasado ya la juventud, algunas lo son por elección, otras por culpa propia ó de los demás, ó por circunstancias más ó menos extraordinarias. Creo ponerme de parte de la verdad afirmando que el número de las primeras es muy limitado; pero está muy lejos de que yo niegue que muchas niñas desde su primera edad han resuelto no quererse casar ni hacerse monjas y que así lo han cumplido.

Con mi acostumbrada franqueza manifiesto que me parece, como regla general, mucho mejor consejo para una joven que se consagre á Dios, si no quiere dar su mano á ningún hombre, ó que se case si no tiene suficiente virtud para dedicarse por siempre con su cuerpo y alma á cumplir la voluntad del Celestial Esposo.

Exceptuando algunos casos que parece se han dado para demostrarnos que en todos los estados puede hallarse la perfección, aquella que no tiene en el dedo el anillo ó de esposa de Dios ó del hombre, se encuentra como fuera de su puesto; no es ni señora ni señorita; no disfruta la libertad que se le concede á la primera, ni tampoco las ventajas que tiene la segunda.

Muy raras veces tiene una casa propia y con frecuencia le toca vivir, sea rica ó no, con una hermana ó

con algún pariente, y siempre se creerá serle pesada, sino material, por lo menos moralmente.

El Señor nos hace ver que todos los pájaros fabrican sus nidos, como para enseñarnos que también nosotros hemos de procurarnos un estado independiente.

Pero ¿dónde me llevas, imaginación agitada? A mí no me corresponde aconsejar á las niñas la condición que mejor les conviene; ellas sobre este asunto deben recibir luz de Dios, á quien para eso ruegan también todos los días; deben aconsejarse con el director de su conciencia y con los padres, y yo no tengo ni quiero ser como esos sacamuelas, que pretenden ofrecer un bote donde está el remedio infalible para curar todos los males.

¡Oh! nadie se aflija por mis palabras. En este caso no son más que la expresión de un parecer mío particular y nada más: pida consejo á quien puede y debe dárselo y el médico sabio y experimentado de su alma sabrá ordenarle aquel remedio que le es más conveniente.





## CAPÍTULO XIV

Desde el abstracto al concreto.

¿La de ayer fué una conferencia, un resumen ó un sermón? Tal vez sería una miscelánea, pero no me lo digas en mi cara, porque entonces me desanimarías. ¡Ah, si tú supieras con cuánto miedo escribo! Para no dejar á la mitad este libro, como me tienta el ángel de las tinieblas, necesito de vez en cuando ser animada por el superior que me lo ha mandado. Mas el Señor, infinitamente misericordioso, me regala, por conducto de sus ministros, palabras que consuelan, palabras que haciéndonos dedicar todo cuanto hagamos al Autor de todo bien, infunden en el corazón paz y valor.

¡Oh! Sacramentado amor mío, cuán abundantemente premias mis esfuerzos y mi miserable obra. Si en ella hay algo bueno, sólo viene de Ti, de Ti que Te dignas hacerlo pasar por mis manos á la parte predilecta de tu Corazón, á la amada juventud, á aquellas almas hermosas que han conservado limpio y puro el lirio de las Vírgenes con la santa inocencia, ó le han vuelto su primitivo esplendor con una saludable penitencia. ¡Oh, Divino Maestro, gracias por tu bondad!

Pero ayer temo haberte llevado por el campo de lo abstracto, así es que hoy quiero ir al concreto y hablar con el corazón en la mano á aquellas jóvenes que se ven forzadas á vivir en un estado que por sí mismas jamás hubieran escogido.

Si por culpa tuya estás aun soltera, ó por haberte creído merecedora de una gran suerte; ya no te queda sino aceptar tu estado, como pena merecida á tu orgullo; haz, pues, de la necesidad virtud, y si hasta hoy no has sido el Angel de tu familia, esfuérgate ahora para serlo.!

Si en cambio la culpa no es tuya sino de otras personas, que ó por demasiado celo ó por envidia te han estorbado el camino, confía en Dios, que siempre da muchomás de lo que nos niega. Él pensará en ti y jamás te abandonará.

Si la culpa no es tuya ni de otro, sino de circunstancias extrañas que te han impedido casarte ó privándote de los intereses ó por cualquiera otra de las infinitas combinaciones de la vida, piensa que en todo estado pueden el hombre y la mujer ser útiles á sí y á los demás. Piensa que Dios espera de ti mucho bien, que puedes hacerlo, y que Él te promete premiar tus esfuerzos y llenar el vacío de tu corazón y de tu vida....

Mas si tú te has privado de un esposo, de una familia, de todo á lo que te sentías inclinada y lo has hecho por proveer á las necesidades de una familia, de la que desgraciadamente eras cabeza cuando podías pensar en tu porvenir, si no tuviste la fragilidad de abandonar tu resolución y volverte atrás para pensar en ti, y si con heroísmo pospusiste tus intereses, ó los votos tuyos más justos y sagrados por proveer á los demás...  
*¡levanta en alto tu corazón!*

Has servido á un Señor que es muy buen pagador; Él te dará el ciento por uno de cuanto has hecho por Él y por tu prójimo, y el nombre de solterona sonará para ti como el de amada, de predilecta de Dios, de verdadera heroína de la caridad.

A ti más que á nadie toca ser el Angel de quien te



posee ó te trata; pero ¡ay!, me dirás, cuánto trabajo me cuesta el sostenerme y no caer á cada paso. Lo sé, hija mía, la vida, una semejante vida con frecuencia te pesa; acostumbrada como estabas á dirigir una familia que bajo tus disposiciones caminaba con la mayor regularidad y con la más envidiable armonía, te es forzoso hoy sufrir los caprichos de una cuñada buena ó mala, pero que á veces es muy rara, intolerante, celosa de tu estimación y hasta de tu misma virtud. No llores, hija mía, no juzgues humillante y difícil tu posición, mira al cielo y ten ánimo.

Después deja que te dé un consejo que te servirá mucho. No te encargues del manejo de la casa, déjalo á tu cuñada ó á su madre; la esposa tiene derecho, cuando no está la suegra, de ser la dueña, tú tienes aquel derecho mucho más precioso, el de ser premiada por Dios de todos tus sacrificios.

¿Ves algunas veces que las cosas van al revés? Si te convences de no estar engañada ó ser exagerada, lo que no sucede con frecuencia, haz por enderezarlas si son asuntos de alguna importancia, y deja correr el agua por su cauce si son cosas indiferentes ó que directamente no te pertenecen. Si notas en tu cuñada ó en los demás de casa alguna falta grave, ó defecto, ó pecado, con la penetración y dulzura de un ángel y jamás con dureza, corrige y aconseja; pero nunca hables con el esposo ó la esposa de las culpas del compañero, salvo el caso que te lo mande tu confesor.

Vistos con los ojos materiales tu situación no tiene nada envidiable; pero si tú te rodeas de abnegación, de amor y actividad, no pasará largo tiempo sin que se te haga justicia; si no públicamente por lo menos en el corazón de tus parientes y amigos.

Ánimo pues amiga mía, si por culpa tuya ó de otro, ó por cualquiera circunstancia has pasado la

mitad de tu existencia sin crearte una familia, un porvenir, procura ser el ángel en la familia en que te encuentras, ángel de paz y de consuelo. Si en cambio has renunciado á crearte una familia en tu casa, ó á encontrar una en el cláustro, por solo amor de conservar inmaculada la flor de tu inocencia en medio de las luchas del siglo, y combatir los errores á fuerza de virtud y buen ejemplo, yo me humillo á tí y te señalo el cielo donde te está reservado un premio inefable y eterno, donde las espinas que aquí traspasan tu angélico corazón, se mudarán en rosas hermosas.





## CAPITULO XV

### Pobrecita y Señora

En el capítulo la rueda gira y en el siguiente, creía haber tratado todo cuanto á esto se refería; pero hoy no puedo sofocar el ardiente deseo de ponerme al lado y decirle una palabra á la *pobrecilla Señora* que mucho más desdichada que las pobres ordinarias, me inspira compasión y me interesa, y ocupa mi mente y mi corazón. Será mi palabra una sencilla expresión [de afecto y de lástima sincera; no te prometo un consejo, porque tú no lo necesitas si sufres con paciencia y resignación la pobreza, y solo te diré lo que me inspira mi corazón después de haber implorado los auxilios de la Virgen Inmaculada, nuestra adorada Madre y consejera.

Nadie tanto como María fué Señora pobre, y no solo Señora, sino gran Señora, porque era de sangre régia; y sin embargo, tuvo que ganarse el pan con el trabajo de sus delicadísimas manos, que á todo se prestaban hasta á los más humildes servicios de la casa. ¡Oh! cuantas veces María ha sido tratada como una criada por los que engañados por las apariencias no ven más allá de lo que se presenta á sus ojos!

Tal vez tú, hija querida, que une á tu nombre la memoria de ilustres antepasados, que se han distinguido en las ciencias, ó en los hechos gloriosos de la historia te ves hoy obligada á constante y penoso trabajo, co-

mo una artesana, ó lo que aun peor forzada á vivir de la caridad pública. ¡Pobrecilla! te compadezco, porque tal vez esa caridad la recibes á precio de humillación, ¡oh cuanto me aflige tu posición!...; pero mira, la Virgen que tenía que ser la Madre de Dios, y por consiguiente la mujer más noble que pisó tierra, y que no tendrá compañera, se vió en tu misma situación.

Tan sublime ejemplo te sirva de consuelo, te demuestre que en esto no hay más que una humillación aparente, pero que reside en ella la verdadera grandeza, y que Dios quiere de tí las virtudes y méritos de la dama, unidos y compenetrados con los de la artista, de la operaria ó de la mendiga.

Ánimo, amiga mía, tú vendes tu trabajo para comprar un pan; pero esto no creas te deshonra, al contrario manifiesta al mundo y á tí misma, que si has nacido en la opulencia, no has nacido para el ocio ni para la pereza. Ánimo, amiga mía; no eres sola en sufrir tan dura prueba, mira alrededor tuyo y verás cuantas y cuantos experimentan tu misma aflicción. Piensa, hija mía, que todo lo permite nuestro amoroso Padre siempre para nuestro mayor bien, y que nada sucede sin haber sido antes pesado en la balanza de su justicia y misericordia.

Que si tus trabajos, tus servicios te procuran nada más que un escaso pan, acuérdate de la Madre del Señor que no tuvo ni quien le diese posada y vió nacer en humilde pesebre al suspirado Mesías, al verdadero Dios. Piensa que el Salvador, el Señor del mundo, á pesar de ser dueño de todo lo criado, no tenía donde reclinarse su debil cabeza, y muchas veces no tuvo ni aun lo necesario. Él también quiso la limosna de las piadosas mujeres que le seguían, cuando en los años de su predicación no podía ganarse el pan con el ofi-

cio de carpintero, reservado al heredero de David rey y profeta.

Ánimo ¡pobrecita! tal vez también me tocará á mí algún día la suerte que hoy te apena; y aun quizá será la mía peor que la tuya y encontraré con mayor trabajo quien me socorra en mis últimos días.

¿Pero para qué afligirnos y desanimarnos? Un Dios de amor, Dios siempre misericordioso aun en el ejercicio de la justicia, piensa en todos y proveerá á tí á mí. Sí, Él que da nido, alimento y plumas al pajarito, que no tiene razón, ni conciencia, ni un alma inmortal hecha á su imagen, mucho menos dejará desamparada la mejor obra de la creación.

Este temor sería culpable, hasta sacrílego, porque sería desconfiar de la paternal Providencia de Dios, y nosotros no queremos cometer nunca tan horrenda culpa; nunca mientras el sol resplandeciendo con sus rayos nos recuerde el verdadero sol de la vida; nunca mientras la tierra escondiendo en su seno la siembra produzca sus frutos para manifestarnos que un Dios la fecunda, aun cuando parece haberla echado en olvido.

Trabaja pues, amiga mía, y piensa en el hermoso premio, que te reserva el Señor y entonces tus fuerzas se redoblarán y tu corazón se consolará. Si pocos ó muchos malvados te miran con desprecio y sarcasmo no te aflijas; en cambio los buenos te mirarán con respeto, porque ven en tí una Señora pobre en intereses materiales; pero rica de preciosas cualidades de espíritu, que no solo te hacen sufrir con paciencia las desgracias, sino que llegan á que las venzas adaptándose con gusto á lo que hoy es oportuno y necesario para tí.

Merecerías el desprecio de los demás si te sublevaras y no quisieras hacer cuanto debes en tu nueva si-

tuación; si á pesar de verte sin recursos de fortuna, quisieras sostenerte en la misma clase con la mentira; pero mientras tú procúres luchar y vencer la miseria con tu actividad, esto será motivo para hacerte más agradable á los ojos de Dios y más buena y perfecta.

El mundo te mirará con ojos de compasión, después te olvidará; pero el corazón que está penetrado del amor de Dios verá en tí una obra de sus manos, probada en el crisol de la desgracia y reconocerá en tu corazón la verdadera nobleza, y te amará como Señora digna y virtuosa.

También la violeta es pisada por piés profanos; ¿pero le quita esto algo de su delicado aroma? No, no faltan almas que las busquen y se deleiten con su suave perfume; así pues tú, pobre Señora, consuélate, y como la modesta violeta esparce en tu derredor el perfume y aroma de tus virtudes, que si los mundanos no saben apreciar, no faltarán almas delicadas, que te admiren. ¡Dios te bendiga de un modo especial hija mía, y te dé fuerza, confianza y amor!...





## CAPÍTULO XVI

### Relámpagos y truenos

Es una hermosa mañana de primavera: el sol extiende sus encendidos rayos sobre la naturaleza, que toda se sonríe y engalana para cantar las glorias del Señor.

Todo es alegría y calma; pero de pronto el hermoso horizonte se cubre de algunas nubecillas ligeras que tomando caprichosas formas, se hacen cada vez mayores; únense las unas á las otras y obscurecen el sol que hace poco se presentaba tan espléndido. Al rato brilla un relámpago, horrendo trueno le sigue, y las plantas, casi repentinamente asustadas, son sacudidas por el huracán con violencia; los pájaros huyen y vuelan en bandadas en busca de refugio, y el pobre colono de pie en la puerta de su modesta casita, mira con tristeza los sembrados, las plantas que florecen, las vides que empiezan á brotar; después levanta los ojos al cielo, espera engañarse; pero ¡ay! un relámpago aun más terrible que el primero hiere su vista y el trueno horrísono desgarrá su afligido corazón.

El pobrecito cruza las manos sobre el pecho y con profundo suspiro exclama lleno de amargura: *«Dios misericordioso, aleja el granizo de nuestros pobres campos!»* ... *«Aun no ha descargado la tempestad: tal vez pasará el temporal, contentándose con las amenazas»*, dicen las mujeres mirándose asustadas las unas

á las otras; después corren á la Iglesia, encienden una luz á la Virgen y rezan y hacen rezar á sus hijitos, á los padres, á los maridos, á los hermanos, y todos reunidos, con la voz y el corazón conmovidos, dirigen sus súplicas á la Madre de la Misericordia, y llamándola con los más dulces nombres, repiten: *¡Ruega por nosotros!*

Siguen todavía los truenos, brillan sin cesar los relámpagos, pero aquella luz encendida por la piedad allí está ardiendo á los pies de María, ella representa la plegaria de aquellos pobrecitos, que se sienten más tranquilos y seguros después de haber invocado á la que, Madre amorosa, no sabe negar las gracias que se le piden con confianza...

Salen consolados de la Iglesia, los pobrecitos buscan en el aplomado cielo un signo de serenidad y ¡ay sorpresa!, está cayendo abundante una benéfica lluvia.

Al poco rato se abren las nubes y una lista de cielo muy azul se muestra como sonriente; más tarde van desapareciendo del todo y otra vez el gran planeta manifiesta su esplendor.

El labrador vuelve á la puerta de su morada, siente los benéficos rayos del sol que besan su cabeza; mira los campos, las plantas, las vides con ojos llenos de alegría, llama á su hijo menor, y sacándose del bolsillo una moneda de esas que el rico tira y no aprecia, pero que á él le sería suficiente para alimentar su pobre mesa, le dice á media voz: *Ve, compra un poco de aceite y llévalo al sacristán para que no deje se apague la luz por lo menos otro día.* El niño se va corriendo y las mujeres rodean al cabeza de familia, que sacudiendo la cabeza dice en voz alta: *La Virgen nos ha librado; pues seamos agradecidos y así nos escuchará otra vez.*

Ahora bien, nuestra vida, tu vida, querida joven,



aunque sea más risueña y encantadora que una serena y apacible mañana de primavera, es raro, es imposible que transcurra toda sin ser alterada por el temporal de las desgracias, por lo tanto es para ti muy necesario predisponer tu ánimo con una dosis de méritos y virtudes capaz de conservar la rectitud á tu juicio y la calma á tu corazón en el tiempo de la lucha.

No á todos visitan ciertas desgracias extraordinarias; pero hay otras que tarde ó temprano hieren á todos los hombres, porque todos estamos sujetos á las molestias, enfermedades y á la muerte. No menos que la nuestra, la vida de quien amamos está en continuo peligro, ¿y quién no sabe cuánto esto nos apena y nos martiriza?

Pero hoy sólo quiero hablarte de los relámpagos y truenos que se presentan en nuestra existencia, intentando quitarnos la paz, la tranquilidad, la alegría, y otro día nos ocuparemos en lo demás.

Ni tampoco nuestra infancia pasa feliz sin ser obscurecida por alguna nubecilla; no, también el niño llora y llora amargamente. ¿Y quién podrá negar no sea para él un verdadero temporal, una muy dura prueba, la privación de un dulce, de un juguete, el pequeño castigo y hasta el beso que le niega su madre por haber sido malo?

La adolescencia es el alba, la aurora de la vida, y en su cielo brillan relámpagos y se hacen oír truenos horrísonos. La niña ha empezado su curso de instrucción y de educación: la primera lucha contra su voluntad y su inercia; la segunda sacude todas sus naturales inclinaciones, que quieren seguir el camino más fácil y menos derecho. ¡Oh, qué penosa es esta lucha! ¡Cuánto se sufre ya en esta época de la vida!

La juventud también tiene sus tempestades, ó sea sus luchas terribles que sostener contra las pasiones,

que apenas han nacido, pero ya son muy violentas, contra los defectos que el curso educativo no ha concluído de quitar, y contra la imaginación, esa loca fascinadora siempre cruel y tirana.

Ahora bien ¿qué ha hecho la familia del pobre labrador al ver la tempestad amenazadora? Se ha estrechado en una sola voluntad, en un solo sentimiento: ha ido á la Iglesia, ha encendido la lámpara de su fe ante la Santísima Virgen, ha suplicado y ha vuelto consolada á su casa. Haz pues lo mismo.

Las pasiones se levantan amenazadoras contra tu corazón, porque no quieren tolerar el freno y pretenden convencerte que es imposible las sujetes; el malvado que te rodea se esfuerza para robarte tu pobre y agitado corazón, te lo repite en todos los tonos. ¡Ay, qué apurada te ves pobrecilla! El mundo, riéndose de ti, dice con sarcasmo: *pasará... pasará... son niñerías...* y tú estás para sucumbir de miedo y crees que el rayo no tardará en destruirte

Corre, hija mía, vuela á los pies de María, enciende la mística luz de tu devoción y temblorosa tal vez, pero constante, suplicala te consuele, y esa Madre piadosa te escuchará, te atenderá y aun cuando la tempestad se haga sentir dentro de ti y te parezca no haber conseguido nada, ten fe y no pierdas la esperanza.

Anímate, levanta tus ojos y mira al cielo que antes tan obscuro ya te muestra risueño una faja azul que, creciendo por momentos, hace desaparecer las nubes y que resplandezca como signo de bonanza el hermoso astro del día.

Y he aquí que tu enfermo corazón está ya curado. Dios ha premiado tu paciencia y tu constancia. Él satisface tus deseos y liga con el tuyo otro corazón que sinceramente te ama y con vínculo sagrado te hace suya para siempre, alejando de ti una mala

pasión que en verdad te hubiera arruinado y lanzado en el precipicio.

Volverán otros relámpagos, otros truenos durante tu existencia; pero si tú con abnegación y heroísmo orases, saldrás otra vez vencedora. El Dios de los ejércitos defiende á los que lo invocan. Él los protege en todo asalto: confía en Él y serás consolada.

El pobre colono, en la puerta de su casita, viendo serenarse el cielo, pensaba en mantener encendida la luz como signo de gratitud, de esa gratitud que al mismo tiempo que es la satisfacción de una deuda, sirve para alejar otros relámpagos, otra tempestad. Y tú, ¡Oh, añade aceite á tu lámpara, dirige al Altísimo un himno de gracias, de adoración y de amor! y este será el aceite que mantendrá encendida la lámpara de tu fe que constante, profunda y eficaz debe durar toda la vida.

¿Y crees tú que pasada la juventud ya ha desaparecido el peligro de que las nubes obscurezcan tu horizonte?; no lo esperes, sería una locura, una temeridad: sería una cruel traición, porque entonces la lucha llegaría á ti sin ser esperada y la victoria sería para ti muy incierta.

En todas edades y en todas condiciones estamos amenazados y no pasa un solo día sin tener sus contradicciones.

A veces son vapores que se convierten en benéficas lluvias; á veces son gases que se levantan de la tierra y sacudidos por el viento y extendidos por la atmósfera producen amedrentadoras detonaciones; pero siempre nos los envía Dios para llamarnos y decirnos que la tierra no es nuestra patria, sino un destierro, un lugar de esclavitud y de prueba. Dichoso el que escucha esta voz, la entiende y atesora.

Las pequeñas é inevitables penas de la vida podrán

llamarse infinitas, si la vida misma del hombre no tuviese fin. Tantas y tantas son las angustias reales y las que nos fabricamos nosotros mismos con la imaginación, con la susceptibilidad excesiva, con las extremadas é irrazonables exigencias y con todas las peores artes que pudiera poner en juego el más malo de nuestros enemigos para destrozarnos el corazón.

Recordemos aquellas sublimes palabras del Redentor «*Bástale á cada día su afán*», y quería enseñarnos con esto que no hemos de atormentarnos con la previsión de desgracias venideras ó con el recuerdo de las pasadas, sino reparar y soportar día por día las que encontremos en nuestro camino.

Tal vez, amada joven, hablándote de truenos y relámpagos te he asustado; pero Dios, que lee en los corazones, sabe el grande amor que te profeso y el ardiente deseo que tengo de que jamás se desencadene sobre ti la tempestad, sino que la alejes y disuelvas con tus lágrimas, con tus plegarias y con tus virtudes.

¡Oh, niña del alma, si nuestra vida fuera siempre serena y tranquila nos resultaría muy agradable y nos haría olvidar la otra, que es solo la verdadera vida! Sí, en la vida futura el alma ya no vivirá de fe, ni de esperanza, sino de la seguridad de un bien que se posee, de esa seguridad que nace y á su vez se engendra de un amor sumo, inmenso, eterno. ¡Oh! desafiemos en la tierra la tempestad, si queremos merecer un día alegre, nuestra mirada y nuestro corazón un cielo espléndido y eternamente sereno.



## CAPÍTULO XVII

No lluvia, sino granizo.

Era el día 25 de Junio; el calor era sofocante y todos salían en busca de un poco de fresco para poder respirar; todos deseaban una benéfica lluvia que apagara el ardor que les quitaba la vida. A mediodía el cielo, constantemente sereno, se obscureció y todos lanzaron un suspiro de júbilo pensando que pronto se romperían aquellos nubarrones y que un agua regeneradora caería sobre ellos, pero fué muy breve la esperanza. De pronto se desencadenó un viento furioso y sin dar tiempo á la gente que iba por la calle á recogerse, cayó un diluvio, pero no de agua, sino de granizo, como no se había visto otro igual.

Todos corrían sin saber dónde ampararse para huir de tan terrible castigo: hubo muchos heridos. ¡Oh, cuán caro costó á algunos aquel poquito fresco! ¡Qué tormenta más espantosa! Después llovió, pero ya estaba arruinado todo.

Lo mismo sucede en el campo moral y hasta con más frecuencia; porque rara, muy rara, es la existencia que no sufra una ó más veces, con mayor ó menor destrozo, tempestades y tormentas terribles. ¡Oh! misericordiosísimo Señor, libra á mis amadas jovencitas de ciertas pruebas muy crueles; pero si está decretado por Tu Santa Voluntad que la lluvia benéfica de tus gracias sólo se les conceda á precio de sufrimientos,

haz sean menos dolorosos y más breves... y dales fuerza y valor para soportarlos.

Nuestro pobre corazón es intolerante, no admite confines, quiere siempre extender más su poderío; agitado por las pasiones y oprimido por el desaliento, tiene continua lucha con la voluntad viciada y mala y el sentimiento del deber que es fuerte, obtiene la victoria sólo cuando lo anima la fe.

La tierra de nuestro pobre corazón está muy sedienta de una lluvia regeneradora; muchas veces la lluvia cae sobre quien se la pide á Dios, que es el dueño; pero otras veces esta se nos niega: las pruebas siguen á las pruebas, nos atormentan y llega hasta un punto extremo en que nuestro corazón pierde la fuerza para luchar. El granizo cae entonces terrible, desbastador, y si no estamos bien defendidos, nos hiere, destroza y á veces nos aniquila.

¡Oh! precisamente en estos casos es cuando algunos corazones por naturaleza buenos y generosos, por haber buscado amparo y socorro de quien no tenía poder para dárselo, se han extraviado y ¡ay! no han evitado imaginar y cumplir el más horrendo de los crímenes, el de quitarse para siempre á la posibilidad del bien... ¡Una lágrima y un suspiro sobre la tumba de aquellos infelices desgraciados!

Si en cambio tu corazón al empezar el huracán busca asilo en Dios, sentirás por el aire la terrible tempestad, verás caer á tus pies el pedrisco; pero tu corazón ¡ah! tu corazón quedará ileso á la sombra del Santuario. No temas, aun cuando te sientas destrozada por la desgracia, en seguida te resignarás y aceptarás agradecida y conservarás la vida que Dios te ha dado no para gozar, sino para merecer.

Me falta el valor para atormentar tu corazón, Ángel de la familia, porque me parece una crueldad mar-

tirizarlo predisponiéndote contra las desgracias, que tarde ó temprano te cogerán y tal vez no respetarán tampoco tu juventud. ¿Mas sería mi silencio piadoso ó cruel?

Muchas veces te he aconsejado sigas un término medio, yo también me esforzaré en seguirlo hoy, y no pudiendo ocultarte motivos dolorosos, haré por indicártelos ligeramente y al vuelo.

Nuestros padres nacidos antes que nosotros, tendrán tal vez que morir antes que nosotros, dejando así vacío un lugar en nuestro corazón, que jamás, por muy larga que sea nuestra vida, podrá ser reemplazado. Tal vez tus hermanos ó una amiga cariñosa, ú otra persona á tí muy querida, te dejará y tendrás que sufrir el dolor de una pérdida, que puede decirse de una parte de tu alma.... Tal vez un quebranto de fortuna, un golpe inesperado, una desgracia imprevista, destrozará cruelmente tu corazón...

Corre, corre al santuario; es verdad que tampoco allí podrás sofocar el dolor y la lucha, ni apagar el sentimiento; no, la sensibilidad es un don de Dios, que nos proporciona muchas alegrías, y nos hace sentir el peso del dolor, es un distintivo de la sublimidad de nuestra naturaleza.

El Señor no quiere quitarnos la sensibilidad, tampoco cuando nos sirve de martirio; sin embargo vamos al templo, allí la lucha dolorosa para nuestra naturaleza, se mitiga con un pensamiento de paz, con una dulce esperanza.

¡Oh! aquella paz y aquella esperanza no se nos negarán, ni se nos darán tasadas, porque su origen la tienen en Aquel que ha permitido la tempestad, para purificar el aire, y la tierra; para que despeguemos nuestro corazón de ella y regocijarnos con el recuerdo del cielo: para que no olvidemos que solo Dios es

el dueño absoluto, lo mismo del sol benéfico, que del rayo destructor; que Él podría lanzar á cada momento sobre nosotros sus castigos y solo por efecto de su misericordia infinita no lo hace.

En fin, después del granizo, para un alma piadosa y resignada, sigue la lluvia de las dulzuras celestiales: y te deseo, mi buena amiga, que esta lluvia no se haga nunca esperar por largo tiempo sobre tu alma.

¡Quiera el Señor premiar! abundantemente tu virtud; no solo en la otra vida sino también en esta! Que si el premio aquí en la tierra se te niega ó se retarda... no te abandones, amiga del alma, á una funesta desesperación; esta en vez de disminuir tu dolor, lo haría más agudo é insoportable.

¿No ves sobre aquel altar, la imagen de nuestra tierna Madre traspasada no por una, sino por siete agudísimas espadas? ¿Y por qué quiso el Señor afligir tanto á la más sublime criatura que pisó este miserable mundo? Porque Él quería darle no en la tierra, sino en el cielo un premio y una gloria que superara á todas las demás; porque nos quería enseñar, que este tiempo es de prueba, no de premio ni de alegría.

Levantemos muy altos nuestros corazones, dice el Ministro de Dios en el Santo sacrificio; nos lo repite la fe, y nos lo dice la misma razon, sino está corrompida por el error.

A Dios nuestro corazón y aprenderemos á aceptarlo todo de sus Divinas manos y á decir con toda verdad. *No la mía, Dios mío, sino vuestra Santísima voluntad hágase en todo.*





## CAPITULO XVIII

El arco iris, después la bonanza.

Pasó la tempestad y aparece majestuoso en el horizonte un hermoso arco de brillantes colores, como para enseñarnos las puertas del cielo, ¡oh! es el signo de paz y de bonanza.

En el corazón se reflejan los hermosos colores del iris, la paz vuelve, la paz reina, y aquel corazón antes tan triste, se inunda de un sentimiento dulcísimo de alegría; la serenidad ya se encuentra en aquel cielo, en aquella alma, ya no queda más que un recuerdo penoso y al mismo tiempo suave, del terrible huracán que poco antes se desencadenó.

Triste sí, pero también suave memoria, porque le recuerda una victoria ganada al enemigo horrible que se llama *así mismo*

Más alégrate hoy niña candorosa; el horizonte refleja una luz viva é intensa; ninguna nube lo oscurece, el mar está en calma y sus aguas cristalinas no se mueven ni aun ligeramente.

El marinero ensancha su corazón de alegría pudiendo al fin descansar de la terrible lucha, con la cual el borrascoso mar intentaba tragárselo.

Sí, él descansa, descansa; pero después de algunas horas su frente se arruga y su mirada intranquila se extiende hasta donde puede para buscar en el horizonte y en el mar.... ¿Qué busca? ¡Ay! se asusta de aque-

llacalma; teme como una plaga, que continúe la bonanza. diferente sí; pero también terrible: la pobre embarcación no tiene provisión de víveres, porque ó se han concluido, ó en el momento del peligro hubo necesidad de arrojar al agua, los que quedaban.¶

¡Oh la bonanza es terrible! los navegantes en medio de un tiempo sereno, están condenados á una quietud desoladora, que puede llegar hasta el punto de retardar ó impedir su carrera de tal manera; que tengan miserablemente que morir de hambre.

Ningún vientecillo da movimiento á sus velas y la pobre nave no puede llegar á tierra, ni procurarse las provisiones necesarias....

En el vasto y turbulento mar de nuestra alma se refleja benigno el arco íris, y nos trae la paz, la tranquilidad y la calma; pero si esta calma se hace excesivamente estacionaria, ya no es calma, es bonanza y el íris desaparece.

Las velas se levantan inútilmente, si ningún viento ó sea ninguna tribulación las empuja, y se interrumpe la marcha, la muerte, no está muy lejana. Será esta una muerte casi inadvertida, porque la enfermedad que la ocasiona es la ausencia de todo mal; sin embargo la muerte será cruel é inexorable...

Aquel pobre marinero que desalentado en medio del mar, no puede adelantar un paso é inútilmente hace fatigosas maniobras, vé de pronto un vapor romper con su hélice las tranquilas aguas y seguir su rumbo, como desafiando aquella calma de muerte.

Entonces el pobre navegante lleno de pena se arrepiente; pero muy tarde de no haber provisto su barco de una máquina á vapor: no quiere humillarse á ser llevado á remolque y preso por remordimientos y aun más por el orgullo, se esconde el rostro entre las manos para no verlo, y no caer en la tentación de lla-

marlo, tentación que él califica de debilidad siendo así que sería el valor de la humildad.

Se oye al poco rato un cañonazo: la tripulación se agita entre el temor y la esperanza; una barquilla ligera movida por poderosos remos se acerca; la chusma se presenta al conductor y dice de levantar la bandera de salvamento y el mismo capitán del buque viene en persona á ofrecerle auxilio; por fin vencido por tanta generosidad el pobre desgraciado le alarga la mano y apretándola el otro con entusiasmo le dice: *hago mi deber*.

Y entonces el barquito de vela amarrado del buque de vapor sigue á este hasta llegar al puerto de salvación.

El progreso, la ciencia, han encontrado un poderoso medio de salvación, utilísimo descubrimiento para la marina y es el vapor; pero Nuestro Señor Jesucristo ha traído á la humanidad un fuerza motriz, infinitamente superior á toda fuerza terrena; ¡desdichado de aquel que no se acoja á ella!

¿Y qué es y en donde se encuentra esta fuerza motriz, que nos conduce á la salvación en la bonanza moral, en aquel estado de quietud y satisfacción en el que se cree bastarse así mismo, y es por el contrario el camino de una muerte lenta pero funesta?

Esta fuerza motriz que resucita, que electriza las almas paralizadas por la carencia de todo mal, por la posesión de todo bién, es la virtud hermosísima de la caridad aquella virtud que es el alma del Evangelio, alma de la vida entera de Dios hecho hombre, alma de todos los seguidores del Divino Maestro, que se han consumido y se consumen beneficiando á la humanidad.

Cuando una persona ya no está atormentada por pena alguna y ante sus ojos brilla el frís prometiéndole larga paz, por muy breve tiempo recuerda las affic-

ciones pasadas; pero luego fácilmente se abandona á una tranquilidad ilusoria y engañadora, porque es de masiado prolongada.

En su quietud la pobre es aun más desdichada, que el marinero, el que se apercibe de que aquella bonanza puede ocasionarle la muerte; y ella si no pide ayuda á quien solo puede dársela desfallece y muere miserablemente.

En la vida interior es tan peligrosa la bonanza, que el Señor pródigo y amoroso siempre aun cuando castiga, por lo regular no la prolonga.

Él nos manda las enfermedades, las privaciones y permite aquellas cruces de cada día que ya indicamos, para despertarnos del funesto letargo, y salvarnos de segura muerte.

Otras veces permite el Señor la bonanza para probar nuestra fidelidad, y ver si nos acordamos de Él aun cuando conspira todo á hacernos egoistas y olvidadizos.

Con más frecuencia la bonanza es uno de los más terribles castigos que manda el Señor á quien lo niega y pretende vivir sin Él; prueba antes á sus hijos infieles con las desgracias con los remordimientos; pero viendo que en vez de convertirse se enfurecen, los castiga dejándolos abandonados á ellos mismos.

Sin embargo es su sol que los calienta y alumbra: es el grano que Él cría que les da pan y lo necesario para la vida. Pero ¡ay! ellos no entienden nada, duermen tranquilos sobre las inmóviles aguas, se miran en aquella fatal quietud, viven satisfaciendo sus propias pasiones, y se esfuerzan en creer que Dios es una invención.

¡Cuántos hay desgraciadamente en nuestra corrompida sociedad que niegan á Dios, y creen pueda su-

primirse sin daño alguno, haciendo alarde de querer y poder vivir sin Él!

¿Quién pues sacará á tantos pobres ilusos de tan funesta bonanza, más terribles para ellos que la más horrorosa tempestad?

He aquí se le acerca un vapor; van sus ministros á ofrecerle eficaz ayuda; el capitán del barco no ha sabido resistir á la generosa oferta de salvación; pero el hombre mundano no cree en el peligro: desecha y se burla de quien en fuerza de amor quiere salvarlo y muere sí... degradingamente muere porque persiste en rehusar los auxilios que le dan...

Pero tú, hija del alma, si á bordo de tu navecilla guardas y alimentas el vapor de la caridad cristiana, recibirás fruto de la tranquilidad del mar y la bonanza en vez de ser para ti un peligro, te servirá de ayuda, porque librándote de los impetuosos vientos y de las olas, no te estorbará tu carrera.

Vista, pues, la inmensa importancia de la caridad, probaré á decirte alguna cosa de esa sublime virtud que el Salvador del mundo vino á traer sobre la tierra y te repetiré sus dulces palabras: « *Venid á mí todos, que os consolaré.* »





## CAPITULO XIX

### Fuerza motriz

Ayer dejé á medias mi conversación para no amontonar muchas cosas y producir confusión de ideas; pero hoy vuelvo á ti y con el mismo cariño que siempre haré veas claro cómo la fuerza motriz de todo bien es la virtud de la caridad; otra cualquiera que pretenda reemplazarla no puede ser más que una perversa é inútil hipocresía.

El que goza tranquilamente de un rico patrimonio, de todas las comodidades y satisfacciones que proporciona una honrosa y elevada posición, y á la vez disfruta de envidiable salud... confesémoslo, tiene una tentación constante para el egoísmo; tentación que sería invencible si este sujeto no estuviese animado de una fe firme y deseoso de esperanza, no sintiere la necesidad de ejercer la caridad, *sin la cual no es posible agradar á Dios*. Toda ilusión es vana: fuera de la caridad ó sea fuera de un motivo sobrenatural, hay casi siempre egoísmo...

Ahora bien, este egoísmo se ama á sí mismo, con un amor irrazonable y exclusivo que sólo tiende á su propia ventaja, despreciando ó no cuidando la de los demás.

La mayor parte de los egoístas viven sin hacer ni bien ni mal, si mal no fuera el no interesarse por los demás, el disfrutar ellos solos sus rentas, el cuidar úni-

camente de su propia salud, por la cual estarían prontos á darlo todo, así fuera la sangre ó la vida de otros, y sin embargo ellos ingenuamente creen encontrar después en el cielo un trono de gloria...

¡Oh, cómo ciega el egoísmo! ¡Pobres desgraciados! ¿Y creéis poder sentaros un día en la bienaventurada patria al lado de esos pobrecitos que, aun llevando una vida penosa y llena de privaciones han tenido el heroísmo de partir su escaso pan con otros pobres, que como ellos tenían hambre?...

Perdona, joven querida; estas ideas y estas palabras ásperas salidas de mis labios no son para condenarte; sírvante sí, de saludable aviso, pues no quisiera darte otra enseñanza sino de la caridad, de esa caridad que reprende, corrige, aconseja, compadece al culpable y ruega ardiente y sinceramente por él.

¡Pobres egoístas! ¡Cuánta compasión deben inspirarte! Cuando estos desgraciados se encuentran en algún apuro ó en alguna aflicción (porque ésta llama á las puertas de todos), los amigos y los que sentían como ellos amor á sí mismos y la indiferencia para los demás, pasan por delante de sus casas y viendo que allí ya no reina ni la salud, ni la alegría, ni la riqueza, siguen su camino y encogiéndose de hombros dicen: *yo no quiero saber de miserias, quien tenga pena que la disfrute*; y los pobrecillos aunque se cansen en mandar á llamar, é ir á ver á los amigos de otro tiempo para que los ayuden, todo es inútil; encuentran lo que ellos han hecho con los demás: recogen lo que tienen sembrado.

Pero no, me engaño; Dios misericordioso siempre, aun con los que no le aman, pone á veces sobre el camino de los egoístas menesterosos, una de esas almas santas que no tienen más impulso que el de una heroica caridad; y como á mí me gusta copiar de la verdad

y presentarte ejemplos no imaginarios sino reales, así voy á hacerlo ahora.

Podría contarte hechos maravillosos, pero me agrada tanto la conducta ordinaria y la encuentro tan estúpida, que prefiero atenerme á ella como más conocida y por lo tanto como más difícil de negarla.

Había dos señoras; la más anciana, acostumbrada á la alta sociedad, á las diversiones, á los viajes y á todas las comodidades de la vida, reñía duramente á la otra y se burlaba de ella porque, amante de la vida retirada, no salía más que para ir á la Iglesia ó para las visitas de obligación y de caridad.

Sufría esta pobre mucho con la guerra continua é injusta de la amiga, y aunque á veces se esforzaba á convencerla con discretos razonamientos para que la dejase en paz con sus ideas y sus costumbres, sin embargo nada conseguía.

Un día cae enferma la joven y la amiga va á verla; pero su visita, en lugar de consolarla, la entristece y la acongoja, porque renueva sus durezas y achaca su enfermedad á su método de vida exageradamente religiosa.

La pobrecilla llora y se aflige, pero se consuela con que los suyos la quieran, la compadezcan y sobre todo que jamás intentan robarle su único tesoro, á su Dios.

Pasados algunos años la dama más anciana enferma y de mal contagioso; manda llamar á su buena amiga y la amiga corre, vuela á su cabecera, dejando á su familia para asistir á la enferma, y no por un día, sino para dos meses seguidos, hasta que, vencido el peligro, se restablece completamente.

Entonces otra vez la rodean sus antiguas amistades, que piensan como ella, y la desgraciada olvida á la única que expuso su salud por curarla y llega hasta



negar el hecho y decir con sarcasmo: *Ve y fíate de estas.*

Sin embargo, como la caridad de Cristo anima y vivifica, no dudo en afirmar que aquella joven si volviera la necesidad, ella volvería al trabajo sin cuidarse si aplauden ó desprecian su obra. A nuestra pobre naturaleza cuestan mucho estos esfuerzos, y yo que merezco su confianza, sé cuanto le ha costado á la pobrecilla no el trabajo, sino la ingratitud que ha visto; pero si su intención fué recta, su esfuerzo ha aumentado el mérito y mayor será el premio que recibirá en el Cielo.

Odiemos, pues, el egoísmo, y odiémoslo con toda el alma, procurando no caer en sus redes; y para conseguirlo pongamos en nuestro barquito una máquina de vapor con una fuerza motriz que venza la inercia del mar y nos haga aptos para superar, no sólo las borrascas, sino también la bonanza que intenta hacernos débiles para sumergirnos en la apatía.

¡Oh! ¡cuán cruel es el egoísmo! Roguemos por los pobrecillos que lo poseen para que se libren de sus crueles lazos; mas no dejemos de pedir también por nosotros para que jamás seamos engañados por él.

El egoísta piensa sólo para sí: el que tiene caridad piensa para todos. El primero ama y provee á él solo: el segundo hace que su amor sea extensivo á todos. El egoísmo es ciego, cree bueno el mal y vive del engaño: la caridad es prudente, ve y practica el bien; no se engaña ni nunca engaña á nadie. El egoísmo es obra del ángel de las tinieblas y como él es tenebroso; la caridad es obra de Dios y por consiguiente es hermosa y resplandeciente. ¡Oh! la caridad es nuestra bandera; sea, pues, la fuerza que mueva todas nuestras acciones.



## CAPÍTULO XX

En práctica.

Entre las virtudes de nuestra Santa Religión la que menos niegan y desprecian es sin duda alguna la caridad; y es más que los que no son creyentes, para no admitir la palabra caridad sólo porque pertenece á la fe, retienen de ella alguna cosa, que después han transformado á su manera y la han llamado *filantropía*.

Yo por mí no condeno á ésta tampoco, porque en algo se dirige al bien de los demás; pero de ningún modo la pongo al par y muchísimo menos la antepongo á la caridad. Si hasta los incrédulos doblan su frente ante la tercera virtud teologal, no me es lícito dudar que los creyentes hagan por lo menos otro tanto, pero... muchas cosas se admiten en teoría y después no se saben llevar á la práctica, y con bastante frecuencia el que es apóstol de una virtud, está muy lejos de ponerla en práctica cuando por sí mismo le toca dar ejemplo.

¡Oh! Virgen Santa, ayudadme para que no sea también uno de estos, pues no basta ni sirve alabar y cantar la caridad si después no se practica, como no sirve para nada una máquina de vapor si no se aplica al servicio que está destinada.

Algunas virtudes, aunque muy hermosas y sublimes, no pueden practicarse juntamente, como uno no puede ser á un mismo tiempo grande y pequeño, justo é indulgente; en cambio la caridad debemos ejer-

cerla con la humildad y las dos deben ser el continuo baño en el que se purifique nuestra alma para adquirir fuerza, vigor y vencer nuestro amor propio, nuestras comodidades y gustos para poder hacernos superiores á las naturales antipatías y á todas esas feas cualidades que tanto rebajan al hombre.

La caridad es una virtud engendrada por la fe en el corazón, éste es su origen. Respecto de su morada y vida, ella está siempre donde ha nacido, en el corazón; pero se mueve, se exterioriza en los actos, en las palabras; aprovecha todos los medios honestos para extender su reinado y no ahorra trabajos, ni sacrificios, ni sudores para ser santamente fecunda. En cuanto á morir la caridad no muere jamás, porque pasa de esta vida mortal á la del cielo, donde es más perfecta y activa, porque reflejándose directamente en la visión Beatífica de Dios, se derrama sobre la mísera humanidad y detiene los castigos que bien merece por sus grandes pecados.

El Señor, para convencernos que su ley es posible y hasta fácil para quien le pide humildemente auxilio, nos ha presentado en todas edades y condiciones valientes y heroicos ejemplares. Estos hoy nos tienen que servir de estímulo, pero un día nos servirán de mayor condenación, si no los hemos imitado cada uno según nuestras propias fuerzas y según el estado al que nos llama Dios.

Hablando de caridad no puedo hacer cosa mejor que reproducir el retrato de una señora que conozco, admiro y venero y que también es conocida y venerada por una multitud de pobres que han recibido y reciben de ella todos los días socorros para el cuerpo y para el alma.

Es una señora de una mediana edad, de contextura algo delicada, franca y de simpática fisonomía, ale-

grada siempre por una mirada sonriente, que manifiesta á un buen observador que bajo de aquellas apariencias ordinarias, se esconden virtudes extraordinarias.

Quien la mira superficialmente no encuentra nada de particular y tal vez hasta se reirá, porque su traje no está hecho á la última moda, y sus manos, ni muy blancas, ni perfumadas, llevan continuamente una pequeña bolsa, ó va cogida á su brazo alguna pobre ciega ó enferma que la buena señora se ha tomado el cargo de distraer, ó consolar, ó llevar de paseo.

¡Oh, cuánto la admiro cuando la encuentro por la calle llevando á la escuela un grupo de niñas, ó la veo dirigirse á los hospitales donde la esperan como dulce aparición!...

Esta gran devota de Santa Marcelina y del Cura de Ars, como la cosa más natural, ha dado su nombre en la parroquia para que se ofrezca gratuitamente su servicio á las familias nobles que estén decaídas y necesitan de una enfermera. Ella, como las Hermanas del Buen Socorro, pasa en vela las noches enteras, después descansa muy breve rato y en seguida vuelve á la cabecera del enfermo á prestarle todos aquellos cuidados que la caridad sugiere en semejantes casos.

Socorre con su propio peculio las necesidades de los demás: lleva á tomar aguas medicinales á los infelices que las necesitan, y hasta tiene un sanatorio á donde lleva á los enfermos pobres para que recuperen la salud.

Algunos les parece que esta buena señora debe ser inmensamente rica; pero no es así: ella sólo posee una modesta fortuna, mas como es industrialmente económica para su persona, todo lo demás lo gasta en beneficio de los pobres.

Su casa es la casa de todos, porque una larga experiencia ha demostrado que allí hay un corazón que

responde á las necesidades de todo el que á ella acude; aquel corazón corre solícito á curar las miserias espirituales y corporales; calma las iras; pone paz en las discordias; anima al débil y corrige al soberbio, y cuando alguno le da la enhorabuena, ella sonriéndose señala la imagen del Cura de Ars, ante la cual está siempre encendida una mariposa, modesta como el corazón de quien la mantiene.

Pues todo este prodigio de bondad no lo pone en movimiento más que la verdadera caridad, la caridad del Divino Redentor.

Es verdad que no á todos es fácil, ni tampoco posible, copiar un modelo perfecto de caridad como este, porque se necesitan, además de las disposiciones de ánimo, ciertas condiciones especiales de familia y de salud; pero sí podemos todos copiar alguna cosa.

La caridad, pues, joven querida, anime tus palabras, tus actos y tus miradas: la caridad reine en tu corazón y entonces será fácil y eficaz tu abnegación y tu sacrificio.

La caridad debe extenderse á toda clase de personas sin excluir á nadie, ni tampoco á los malos ni á los que nos inducen á cometer el mal; pero con estos la caridad varía de forma y en vez de ser amiga cariñosa se hace maestra y austera, y si no puede otra cosa se hace víctima con la oración constante.

La caridad quiere el bien de todos, aun de los malos, y amante é industriosa, estudia los medios de convertirlos, de tocarles al corazón, sin disminuir su propia pureza, ni mancharse en lo más mínimo.

Lo repito, si no puedes hacer otra cosa pide por ellos, y si puedes hacer algo tampoco dejes la oración, porque sin los auxilios de Dios tu obra no servirá de nada. El Señor dará eficacia á tus esfuerzos si pones en Él toda tu fe, tu esperanza y tu amor.

Dos clases de personas necesitan de un modo especial de tu caridad: tus amigas y las personas que de una acomodada posición han caído en la miseria.

Entre tus amigas quisiera ver en primera fila á tus hermanas, si tienes, porque éstas son tus amigas naturales; ellas tienen más que nadie derecho á tus caricias, á tus confianzas y á tu amor.

Si no tienes hermanas, ó aun teniéndolas te es preciso fuera de tu casa extender los lazos de una verdadera amistad, con éstas como con aquéllas debes ante todo ejercer el amor al prójimo, no dando el más pequeño escándalo ó mal ejemplo y procurando evitar y reprimir las conversaciones ligeras é impuras en las que no querrías estuviera presente tu madre; infundiendo en ellas con esto buenos principios y ayudándolas material y moralmente siempre que lo necesiten aunque te costara sacrificio.

Con las personas que en otro tiempo gozaron comodidades, con éstas quisiera que tuvieras una caridad especialísima, tratándolas con tanta atención que ellas comprendan, sin que se los digas, que les tienes la misma estimación y que para tí en nada ha disminuido la consideración que les debes y se merecen.

Procuras siempre que tus limosnas sean abundantes y dignas en cuanto puedas; pero dadas de manera que no humilles al que las recibe.

Algunas señoras con la excusa de querer de sus pobres amigas un bordado ó algún otro primor, las obligan después á tomar lo poco ó mucho que pueden ofrecerles: otras sin dar su nombre les pagan la casa ó les proveen de alimento ó de vestido: otras les envían dinero en carta certificada, sin que sepan quien se lo manda: otras en fin estudian mil medios que solo la caridad animada del espíritu del Evangelio puede idear y realizar.

Ni nos impida hacer buenas obras, el que sea indigna la persona que las recibe; sino queremos que el Señor proporcione sus dones á nuestro grado de dignidad. Él será espléndido con nosotras, si nosotras lo somos con los demás: esforcémonos en adquirir una generosidad capaz de vencer toda prueba.

Si tuvieras parientes necesitados tienes obligación de socorrer á ellos antes que á nadie y sería una falta grave el avergonzarte de ellos y no ampararlos en sus necesidades aun cuando por su propia culpa se encontraran en la miseria,

Si el pobre necesita recibir la caridad, el rico necesita hacerla. Mientras que ayudas al desvalido, recibes con su agradecimiento, ó sin él, un gran consuelo, que es la satisfacción de haber hecho una obra buena: esto te levanta ante tus propios ojos, te procura el testimonio de tu conciencia, la paz, la alegría y muchas veces la fortuna. El rico y todo hombre sin la caridad es un egoísta, un miserable; y en cambio con esta hermosa virtud es el bienhechor, el amigo, el hermano cariñoso de la humanidad que sufre.

¿Y aun dudaremos? Y podrás ante esta verdad, no poner en práctica con todas las fuerzas de inteligencia y de tu voluntad, la sublime enseñanza del Evangelio? No olvides tampoco lo que añade la Sagrada Escritura. «*No sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha.*» Tu caridad sea oculta á los hombres en cuanto dependa de tí, para que Dios que lee en lo más íntimo de nuestro corazón te dé con creces el premio. No te contentes, mi buena amiga, en mirar desde lejos y como teóricamente la caridad, practícala, báñate en sus saludables aguas vive su vida, y serás enteramente feliz, porque poseerás la virtud.



## CAPITULO XXI

### No soñar

El que durmiendo sueña, priva su mente de el descanso necesario y fatigado despierta para seguir sus costumbres y entregarse á los trabajos de su vida. Los higienistas prescriben no se cargue demasiado el estómago antes del sueño para evitar la agitación y convulsiones; y tú sobre este particular has de seguir siempre los consejos de los mayores, especialmente los de tu casa y así evitarás todo inconveniente, y no molestarán tu reposo ni miedos, ni visiones.

Más no es de este desorden del que quiero librarte, porque esto se relaciona más bien con la curación física; curación que yo no sabría hacerte, porque no soy ni médica, ni higienista y hablando de cosas que desconozco y para lo cual no tengo competencia alguna, diría un cúmulo de disparates, como los dicen en materia religiosa los que no la han estudiado y no la conocen ni práctica, ni teóricamente.

Hay otro soñar mucho más peligroso, y es precisamente de este de el que quiero librarte. Es como esos fuertes narcóticos, que en dulce embriaguéz hacen pasar de esta á la otra vida las más jóvenes y hermosas existencias, que atraídas por un sentimiento de placer, no saben desechar la mortífera bebida.

No sé si mi manera de hablar agrada ó no; si es nueva ó vieja; ni conozco si á la juventud le gustan ó



no los ejemplos que cito y las comparaciones que hago. No puedo ocultarlo: esta duda me atormenta y desalienta mucho; pero me tranquiliza y anima la buena voluntad que tengo de servir en algo, y la esperanza de conseguir algún bien llevándoos al campo práctico de la vida.... Basta pues... vamos adelante y el Señor bendiga mi intención....

Te decía que hay sueños que embriagan y matan muy lentamente, sí, pero realmente matan; otros exaltan, paralizan é incapacitan para juzgar y obrar bien; otros como gases suben á la cabeza, la llenan de vapores, la transportan á un campo imaginario y cuando el sueño termina, el alma se encuentra en un terreno completamente diferente y le parece estéril y áspero: la vida pierde entonces para ella toda poesía, toda satisfacción, todo bien.

Sí, es muy cierto que si los sueños que vienen durmiendo son engañosos y hasta nocivos, lo son muchísimo más los que se tienen estando despiertos, y de estos quiero prevenirte y salvarte, si tú misma no me lo impides.

La juventud es llevada por naturaleza á vagar en lo incógnito, á escudriñar su porvenir, echar cuentas, acariciar ideas, sistemas é ilusiones, que como no se dirigen á un punto fijo y conocido, y sí á un campo nuevo é inexplorado, tienen menor probabilidad de éxito feliz, que puede tener el que confía, que en la próxima extracción de lotería, sacará un premio. Los números de la lotería son contados y los números infinitos de los que pretendemos acertar nuestro porvenir, no los cuenta más que Dios.

La fantasía es una loca, pero en verdad la culpa no es tanto suya como nuestra, porque si en lugar de re-frenarla con la razón, nos dejamos gobernar por ella, nos apartará de la justicia y de la rectitud y nos des-

esperará y nos hará cometer verdaderas locuras. Lo sé, es tan hermoso y agradable dejar á la fantasía soñar, fabricarse en lo porvenir un edificio caprichoso, ameno, soberbio... Lo sé, es muy hermoso y halagüeño soñar, y precisamente por esto me da miedo y deseo ponerte sobre aviso para que no te dejes seducir de su engañoso resplandor.

Muchas jóvenes de familias buenas, pero de modesta posición, van fantaseando viajes, coches, libreas, y á fuerza de pasear en su mente encuentran una cierta probabilidad de poder ellas también poseer un día todo esto, y como si no bastara llegan hasta imaginarse el cómo, el dónde y el cuándo harán su primera exhibición, y estudian los modales, las palabras y los cumplidos que tendrán que tener con los que traten ó con los que de ellas dependan.

¿Pero qué sucede? El sueño siempre es sueño y por lo tanto mientras que un fantasma corre por el cerebro bajo las más extrañas formas, deja que el cuerpo recorra en toda su realidad el campo de la familia, ya en la vida doméstica, ya en la social. Y piensa tú el choque que debe haber entre la cabeza que se cree reina y el cuerpo que se encuentra súbdito.

La pobrecilla que sueña y fantasea se halla siempre por debajo de todas sus aspiraciones, y por muchas que sean las comodidades que la rodean, los besos y las caricias de los suyos, los esfuerzos de todos para que sea feliz..., ella siempre está triste y pensativa: su sonrisa es apenada, su mirada lánguida y hondos suspiros salen de su pecho.

Para esta clase de jóvenes no conozco más que un remedio, pero es excelente y eficaz. ¿Cuál es? Un buen latiguillo que sonando por el aire las despierte y después les sacuda el polvo.

Tal vez te parecerá muy burdo este remedio y has-

ta extraño á mi método de curar las enfermedades de la juventud; ¿pero qué quieres? En este caso no sé encontrar otro capaz de sustituirlo é insistiré en el mismo á menos que tú no me indiques otro.

Y cuando la madre no quiere decidirse á tomar el látigo, ten presente que el Señor piensa en las almas que quiere salvar de la locura de la imaginación, y les manda castigos y desgracias para que desde el campo de las ilusiones, baje la niña al de la realidad.

Las jovencitas no se contentan sólo con crearse en la inquieta fantasía coches y castillos; ellas se forjan también excelentes caballeros, y estos son caballeros errantes que se pierden en la sombra del porvenir, porque no tienen cuerpo; son una pura ilusión, un engaño, un doloroso engaño porque despojan el corazón de esa pobre desdichada, que se consume en vanos deseos, en necias pretensiones, sí, lo despojan de toda su sublime sencillez.

¡Ay, qué lástima me da de esa desgraciada que se consume fabricándose en su imaginación un esposo de cada hombre que la saluda con delicadeza ó le dirige una palabra chistosa!

Desde este primer castillo en el aire, nacen después muchos y ya se cree la pobre niña que se está poniendo el traje de bodas, que está recibiendo regalos y enhorabuenas, que está reinando sola en su casa, haciendo su voluntad, vistiendo á su capricho, acariciando á sus hijos, y como estas cien otras majaderías, que ni tienen fundamento ni merecen mayor importancia que las pompas de jabón ó las palabras de un sacamuelas.

¡Oh, amiga querida! no te rebajes tanto en creer incapaz tu condición para formarte pensamientos sublimes y cumplidas satisfacciones, sin tener necesidad de buscarlos en los sueños de la imaginación. La ver-

dadera nobleza de ánimo consiste en contentarse con cuanto uno tiene.

¿Es acaso discreto y lógico ver un marido en cada hombre atildado ó rico, ó joven y bien educado? Es demasiado serio el pensamiento de la propia colocación para idearlo y acariciarlo así á la ligera sin tener probabilidad alguna.

Siempre he observado que aquellas que han soñado un matrimonio bajo especiales auspicios han hecho como los que alargan la mano á una fruta lejana ó imaginaria, que cuando han creído cogerla se han encontrado con un puñado de aire. ¡Oh! los soñadores son como los reyes de escena: reyes por un ratillo, pero súbditos para toda su vida. ¡Oh, un buen látigo cuánto bien haría!...

¿Tú deseas encontrar una buena colocación!...Pues no te avergüences á esta pregunta mía: en querer esto no hay sombra de mal, siempre que tu deseo sea regulado de un buen criterio y en especial de la virtud, y que en vez de dirigirse á buscar en el aire lo que se encuentra sobre la tierra, diré mejor en el cielo, en un suave abandono tú lo pides á Quien sólo te lo puede dar y conservar.

La religión y la virtud no te prohíben un justo deseo de formarte una familia, por el contrario te insinúan el medio de conseguirlo, con la oración.

Un día muy satisfecha me contaba una señora que los cincuenta años que pasó unida con su marido habían sido cincuenta años de paz y de afecto cada vez mayor. Me repetía con viva complacencia que su esposo lo había recibido de Dios, el que había escuchado la plegaria que ella le hacía todos los días desde sus catorce años: «*Señor, si queréis darme un marido, dádmelo, pero bueno, verdaderamente bueno*», después tres avemarías á la Virgen.

Las hijas nacidas de tan santo matrimonio prueban una vez más que del árbol sano nacen frutos sanos, y son aun hoy la bendición de las familias en que han entrado y tienen la dicha de poseerlas.

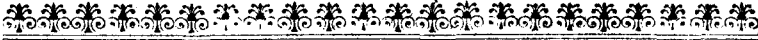
Por Dios no sueñes, si no quieres sufrir tristes desengaños, y además aunque consiguieras lo que has ideado, no serías feliz porque tu imaginación seguiría fantaseando y haciendo castillos en el aire, y serías cada vez más desgraciada.

Amiga mía: si Dios quiere darte un marido y tú lo pides á Él con humilde insistencia y con espíritu recto y piadoso... Él te dará uno hecho según su corazón, que será para ti premio y nunca castigo.

Si enfrenaras tu imaginación que intenta pervertirte, disfrutarás del bien que te da Dios, y tendrás virtud bastante para aumentarlo y comunicarlo á los que te rodean. Entonces sí comenzarás á gozar en la vida presente de aquella alegría y paz que llegarán á su perfección en ese porvenir que sólo es el verdadero y en el que ansiosos tenemos que fijar nuestras miradas seguros de no ser engañados.

No sueñes, pues, hija mía, y si sueñas piénsa en el látigo.





## CAPITULO XXII

### El incienso es para Díos.

Temo haberte disgustado con mi conversación y mi amenaza del látigo, porque sé muy bien que una de las cosas más acariciadas y menos temidas por ti es precisamente tu desenfundada imaginación, poética y caprichosa, que destruye todos los obstáculos, supera todas las barreras y más veloz que la electricidad se transporta de este país á otro; de lo posible y real á lo imposible é imaginario...

Si la fantasía no fuera tan halagüeña y seductora no nos engañaría tanto, es verdad; pero reflexionemos un poco y nos convenceremos de que ella no tiene forma, ni substancia, ni movimiento, sino que es sólo una sombra que vista desde lejos nos halaga y nos proporciona muchos risueños pensamientos; pero si intentamos estrecharla ella huye, nos abandona y nos hace llorar amargamente el desengaño.

Tal vez te haya disgustado mi manera de discurrir, porque en vez de haberte afligido con amenazas de castigos terrenos y divinos, hubiera sido suficiente recomendarte huir del ocio, padre de las más perversas ilusiones; insinuarte el trabajo constante para no dejar vagar tu mente en un campo desconocido y peligroso; aconsejarte confiar á tu madre ó á quien ocupa su lugar, las disposiciones de tu alma, y en fin haber hecho plena confianza en tu virtud, bondad y criterio.

¡Oh! si el peligro sólo estuviera dentro de ti, cierto que no necesitaba insistir tanto; pero desgraciadamente numerosos peligros te rodean por todas partes, y debo en caridad avisártelo, para que jamás por ignorancia caigas miserablemente en ellos.

En la sociedad, aunque corrompida, hay sin embargo muchas cosas buenas, las que nos vienen de la ley escrita por Dios sobre las tablas del monte Sinaí ó sobre las del corazón humano. Esto nos explica cómo algunos, á pesar de no tener la gran dicha de ser cristianos, tienen sin embargo un fondo de rectitud y de bondad que nos los hace amar y estimar grandemente.

Pero en la sociedad hay también muchas cosas absolutamente malas que provienen de la violación de la divina ley revelada, y estoy segura que tú sabrás conservarte ilesa de estas que llevan su condena escrita en la frente.

Ahora hay otras ni buenas ni malas, que una larga costumbre aceptó y ha transmitido de una generación á otra, y por lo tanto no puedes rechazarlas en absoluto; pero sí, tienes obligación de ponerte en guardia; entre estas creo que ocupa la primera fila el *código* de las conveniencias y de las ceremonias.

Este código podría muy bien ser modificado y mejorado por una sociedad sinceramente buena; pero como por desgracia el elemento principal de ella no es siempre el católico, ó sea el mejor, así es que por fuerza hemos de avenirnos á él por lo menos en parte para no promover un verdadero conflicto por nuestra intolerancia. Pero ten presente que nuestra sumisión á este código no debe ser absoluta, sino relativa, y hemos de procurar tener bien abiertos los ojos si no queremos ser arrastrados fuera del camino.

Los más inocentes y más verídicos párrafos de este código se refieren á las palabras de cumplimientos, las

que hacen que uno te repita su profesión de la mayor servidumbre, mientras que en caso necesario rehusaría prestarte hasta el más pequeño servicio. Sin embargo aun en esto hay un gran peligro para tu imaginación, peligro que más tarde podría comunicarse á tu corazón, cuando de un cumplimento general pasaran á una demostración especial.

¡Alerta! ¡Alerta! El que hoy quema ante ti su incienso mañana lo quemará ante otra: y es más, hay ciertos galanes que poseen tanta abundancia de incienso, que lo queman sucesivamente ante todas las diosas de una fiesta, de una reunión, ó ante todas las más hermosas de un pueblo, y esto no por expresar un sentimiento, sino sólo para ostentar delicadeza de modales y un espíritu refinado de galantería y modernismo.

Yo misma he sido testigo de muchas distinciones en una fiesta, pero después al día siguiente, aunque las personas no habían variado más que en los trajes, se acabaron hasta los saludos. ¡Oh! quisiera que no fueras tú nunca una de esas ilusas que creen firmemente en cumplidos y en adoraciones prodigadas sólo á los trajes, á las alhajas, ó á tu cara hermoseedada por algún adorno.

Es necesario, hija mía, empezar con tiempo á razonar con seriedad lo que ofrece este mundo: no hay que tomar ni recibir como oro macizo lo que sólo tiene las apariencias y tal vez no sea más que un cartón dorado; así pues no tomes como actos de adoración verdadera ciertas frases estudiadas exageradas y entusiasmadas.

De labios de un caballero he oído que los jóvenes elegantes rebuscan entre ellos las palabras, inventan la mejor manera para seducir á las niñas inocentes y aun á las mujeres prácticas, para después alabarse entre ellos mismos de los triunfos conseguidos y burlar-



se de los que nada alcanzaron. Este incienso que se quema á las divinidades de la tierra, es un juego, mejor dicho, una ironía, una burla.

Cuando arde en el fondo del corazón una pasión noble, un amor verdadero, un sentimiento puro, el hombre huye de las adulaciones, de las miradas lánguidas, y de todos esos odiosísimos guiños que comprometen á la persona amada. Por el contrario conserva y alimenta dentro de sí con el amor, una estimación profunda á la persona que ama, y no se atreve á mirar su cara, ni á dirigirle una palabra que no sea la más respetuosa, y lejos de comprometerla estudia todos sus actos para convencerse y asegurarse que en ella no hay nada de falsedad ni de coquetería.

Cuando aquel joven está seguro que el corazón de aquella niña es puro como su mirada y resiste y se esconde á todo afecto romántico é indigno, se presenta á los padres ó parientes y pide como una grande y especial gracia poder poner en el dedo de la virtuosa joven el anillo de esposa.

Alerta, pues, amiga mía, contra los que abusando de la ingenuidad de tu carácter, de tu excesiva credulidad fomentada por el amor propio, y á veces hasta por la misma ternura de tu corazón, estudian el camino para llegar á él y te alaban y te inciensan. No tomes, por caridad, en serio estas demostraciones, como no tomas tampoco las que otro te hace, cuando te escribe una carta y se firma, *Servidor de V.*

Si todas las señoritas tuvieran el valor suficiente para tratar como se merecen á esos cumplimenteros, aduladores, verías qué pronto se acababan las reverencias, los apasionados suspiros y toda esa serie de pedantescos cumplidos, porque se tendrían como los actos más humillantes y ridículos de una sociedad que puede preciarse de civilizada.

Mas tú no debes ser tampoco excéntrica ni intolerante, y mientras no ofendan, aunque sea sólo ligeramente, tu virtud, tu pudor y falten á la caridad, debes sufrir las alabanzas; pero sintiendo siempre y manifestando que las estimas en su justo valor. Tu comportamiento serio y discreto, podrá cambiar en sinceras aquellas hipócritas alabanzas, ganándote una profunda estimación de la que puede nacer un pensamiento puro y eficaz.

Nunca adules á nadie, pero donde veas un verdadero mérito, tu elogio sea el primero y salga sinceramente de tu corazón; entonces servirá, no para ensoberbecer, sino para alentar y estimular á quien se dirige.

Mas el incienso, ¡oh!... ese es para Dios; porque Él sólo merece nuestras adoraciones, y comete una verdadera usurpación el que lo quema ante un hombre ó una mujer, ó lo deja que arda ante sí mismo, como si fuera un ídolo.

El incienso, repito, es para Dios y si tus buenas acciones te proporcionan un elogio merecido, sea para Dios únicamente el honor y la gloria.





## CAPITULO XXIII

### ¿Esto ó aquello?

Un profundo y delicado sentimiento embarga mi corazón y me repite con dulzura que tú estás convencida de la verdad y conveniencia de mis consejos y que haces propósitos firmes de seguirlos en todo. Reprime tu imaginación sí, y no te dejes seducir de los aduladores, que para procurarse ú procurarte el placer de un momento, no tienen escrúpulo de comprometer tu vida, tu tranquilidad y tu porvenir. Esta esperanza mitiga la pena que tengo al molestarte con mi lenguaje cariñoso, sí; pero también severo... y tal vez excesivamente severo.

Hoy tú sin experiencia alguna, tendrás dudas; pero mañana mis consejos volverán á tu mente y te demostrarán con los hechos, que no son nada exagerados. Entonces darás completo crédito á mis palabras, te pondrás en guardia de los peligros que te rodean é intentan invadirte.

No me sorprendería si en las actuales disposiciones de tu alma, en uno de esos arranques propios de la juventud sensible, tú hicieras firme propósito de no frecuentar jamás esas reuniones donde puedes encontrar una piedra que te haga tropezar; y más aun estoy convencida, que por poco que acariciaras estas ideas no pasaría mucho tiempo sin que te creyeras llamada á dejar tu preciosa y alegre habitacioncita por

una humilde celda; tu elegante traje, por un tosco sayal; el mundo bullicioso por el claustro solitario.

Yo alabo y envidio esas almas dichosas que llamadas por Dios para amarlo y servirlo, reciben de Él la fuerza para abandonar casa, parientes, intereses, comodidades, voluntad propia, todo en una palabra, para abrazar la santa pobreza y guardar su alma pura imitando á Nuestra Madre Santísima. Pero quiero serte franca, creo muy poco en esas improvisadas resoluciones que nacen de una lectura, de un sermón y mucho menos de un desengaño ó de un capricho.

Esas resoluciones las quisiera puestas en cuarentena y examinadas por un sabio y prudente confesor, que habiendo recibido el cargo de lo alto, ha recibido con él las luces necesarias para juzgar, si lo que se le presenta es oro ú otro metal dorado; ó si el resplandor que repentinamente llega á sus ojos lo produce un brillante pulimentado ó un simple pedazo de cristal.

No entro aquí en consejos particulares, porque mi actual objeto es acompañar en la familia y en la sociedad á la señorita católica, que deseosa de seguir el bien siente la necesidad de una amiga, de una hermana mayor que le comunique el fruto de la propia experiencia y las luces que ha recibido del Señor.

Ahora yo supongo en mi lectora el caso más frecuente, que el confesor le diga no ser su vocación verdadera, y élla conoce y se apercibe que ha sido un juego de su imaginación. Si tú vivieras de modo que no te hicieras indigna de los dones sobrenaturales y realmente tu vocación fuera verdadera, lejos de ser sofocada, se manifestará con toda claridad y podrás dar cuerpo á su debido tiempo á lo que hoy se te presenta como una nebulosa lejana é incierta.

Pero hasta que no te sientas llamada decisivamente á hacerte religiosa, tienes el deber y el derecho de vi-

vir en familia, en sociedad, cumpliendo fielmente tus obligaciones, no tanto por parecer cuanto por ser en realidad el Angel del buen ejemplo y del consuelo.

Aquí encontramos un punto muy difícil de definir, porque varía casi al infinito y sufre modificación según las condiciones especiales de los individuos y de las familias.

Si tú deseas sinceramente el bien y sólo á él buscas, no te faltará un director sabio y prudente que representando en la tierra á la Providencia Divina, serenará tu mente, te quitará toda duda y te indicará el camino seguro.

Aun admitiendo el caso imposible que el director se equivocara en su juicio, nunca se equivocó el que obedece, porque el Señor sabe sacar bien del mismo mal y premiar contra esperanza á quien obedece y escucha fielmente la palabra de sus ministros.

Pero tú quieres un juicio mío más detallado: tú pretendes que puesta yo al principio de dos caminos opuestos, á tu pregunta ¿cuál sigo?... ¿este ó aquel?... conteste sin ambigüedad. Es pues muy difícil lo que exiges; pero con el socorro de María, madre del buen consejo, probaré á decirte una palabra de amiga cristiana capaz de guiarte y de consolarte.

No creo muy frecuente el caso de que se te conceda completa libertad para que tú elijas entre los dos caminos, el del retiro en el seno de la familia ó el de una vida agitada en medio de la sociedad. Si por caso rarísimo tú fueras completamente dueña de escoger, no tardaría en aconsejarte la vida retirada, y te pondría delante tantos cuadros de felicidad y de santidad escondidos en el secreto de las paredes domésticas, y estoy cierta que adquirirías valor para renunciar á todas las seducciones que una sociedad ligera é impostora te presenta.

Mas mientras eres hija de familia estás sujeta á una vida pasiva, y esto es para tu bien, pues el Señor te quita la responsabilidad de la elección hasta el tiempo que tú, dotada de mayor seriedad y experiencia, puedas á tu vez escoger la parte mejor, ó sea una vida íntima, retirada y tranquila, cuyos goces tienen menor apariencia, pero mayor fruto, y en la que la lucha entre el deber y el querer es menos vehemente y poderosa.

Vive entre tanto sujeta á tus mayores y haz de portarte de manera que en los años venideros la memoria de tu juventud no te recuerde penas y remordimientos, ni te quite la dicha de presentar un día á tus hijas una vida inocente.

Si fueres miembro de una familia acostumbrada á visitas, á reuniones ó á fiestas, me aflige esto mucho, por ti, amiga mía, porque preveo que tu virtud será muy combatida, y si no tiene profundas raíces en una piedad formal, será lo mismo que el grano de la parábola evangélica sembrado en las piedras, se secará y no dará fruto.

Una palabra puedo decirte con seguridad de no equivocarme, mi corazón tiene que hacerte una súplica, y es que huyas siempre de esas reuniones y de esas distracciones á las que no estás obligada, porque en ellas podría faltarte esa ayuda, que en cambio no dejará nunca el Señor de concederte en las otras, en las que por fuerza tengas que tomar parte.

Convenido ya que debes obedecer á tus padres ó á quien haga sus veces, yendo en medio de la sociedad cuando ellos te lleven, queda ver la manera como debes estar.

Es necesario notar ante todo que jamás te es lícito ir, y especialmente á una fiesta, sin tu madre ó una hermana mayor casada ó alguna señora de cierta edad,

porque el padre y los hermanos no bastan para defender la virtud de una joven.

Según tu estado y posición financiera debes vestir un traje no sólo decente, sino elegante sin exageración y relacionado con el de las de tu clase y edad, pero procurando siempre sostenerte algo más humilde para no resultar coqueta ni orgullosa. Bajo ningún pretexto te es lícito faltar á la ley de la modestia y del pudor, si no quieres exponerte á la crítica burlona de los mismos jóvenes á los que tú pensabas agradar, y ser objeto de escándalo y cargarte de remordimientos.

La modestia no debe figurar sólo en tu traje: ella debe reinar también en toda tu conducta, en tu trato, en tus palabras, y si algún imprudente, sea hombre ó mujer, se atreve á iniciar alguna conversación ó hace acto que ofenda aunque ligeramente tus delicados y cristianos sentimientos, varías la conversación, hablas de otra cosa ó con otros. Si el imprudente insiste sobre su mal proceder y tú no tienes valor suficiente para imponerle silencio por miedo de que nazca un escándalo ó una publicidad, levántate y corre en busca de tus padres ó véte á otro lado. ¡Oh! créeme, no te faltarán pretextos para ponerte en salvo, si sabes con piadosa industria buscarlos.

Lo mismo debes portarte con los que faltan á la caridad, murmurando, calumniando ó juzgando temerariamente del prójimo. Tú, como verdadero ángel de la familia y de la sociedad, debes ser la defensa del débil y del ausente, como ya te dije en la primera parte de este libro; pero si las circunstancias del sitio, del tiempo ó de la edad no te dan derecho para hacerlo, retírate, y demuestra claramente con tu comportamiento que te conservas inocente de toda bajeza.

Con los que te adulan é inciensan ya sabes cómo has de hacer: nos queda que reflexionar sobre las con-

versaciones inútiles y sin provecho alguno que con frecuencia se hacen y en las que no debes hacerte cómplice para no ser calificada de habladora.

Sobre esto voy á darte un consejo de oro. Varias los discursos ligeros, vanidosos ó aun peores... Contesta pronto y con monosílabos á esas cansadas é interminables declaraciones que acostumbran algunas niñas hacer sobre la galantería, la moda, la inconstancia del tiempo, la aridez de la estación ó sobre los defectos de los demás.

Si te aprovecharas del talento que Dios te ha concedido, sabrás con facilidad variar la conversación de las tonterías de las modas á las costumbres de los diferentes pueblos; de los defectos de otros, á los méritos que están obscurecidos é ignorados; de los rigores de la estación á la pena que dan tantos pobrecitos desprovistos de todo, y á la necesidad de ayudarlos y socorrerlos con la mano y con el corazón.

Si la discrección y la caridad son tu regla, aunque te presentes menos compuesta que las demás y aparezcas de menos espíritu y cultura que tus compañeras, serás no el ídolo (porque esto es ilusorio), pero sí el modelo y el alma: sobre ti redundará gran parte del bien que se hará por tu buen ejemplo y recibirás abundante premio de Dios. En las reuniones están comprendidos los bailes, los teatros, los convites, etc., y si el Señor se digna inspirarme te hablaré separadamente de ellos.

Te repito y jamás me cansaré de repetirte: si puedes vivir modestamente, lejos del bullicio de las diversiones, ¡oh! huye de él sin tardanza y sin dolor alguno, ni te dejes jamás alucinar de un deseo ó de un temor poco sano. La quietud de la vida íntima, no molestada por ruidos profanos, ten seguridad, procura y proporciona alegrías incomparablemente mayores que aquellos pla-



ceres convulsivos que podrían darte las reuniones mundanas donde el pudor, la caridad y sobre todo la humildad están expuestos á los mayores peligros.

Si se te deja la libertad de escoger entre los dos caminos, el de la casa ó el de la sociedad, nunca sigas éste, sino aquél; y esto no te lo digo para que sea monótona tu existencia, sino por el contrario para que sea su transcurso tranquilo, claro y alegre como las ondas de un riachuelo.

El riachuelo baja de la cúspide de la montaña y besa las flores en las verdes praderas por donde pasa, y siguiendo su curso entre riscos y peñascos, va sembrando y recogiendo perlas, hasta unirse al caudaloso río y con él echarse en el mar. ¿Hubiera podido aquel riachuelo conservar sus aguas puras y cristalinas en medio del bullicio de una ciudad?

Ama, pues, hija del alma, la tranquilidad de tu casa; procura como el riachuelo no mezclar tus puras aguas con las de los inmundos pantanos, y como él, después de un viaje que te deseo larguísimo, te echarás en el mar infinito de la eternidad.

Entonces la muerte, cual dichosa corriente, te unirá á Dios para que te dé el premio merecido por haber conservado pura tu alma de todo vicio y llena de amor santo para con Dios y con tu prójimo.

Ama el retiro, la casa, la oración y te será fácil la virtud aun á precio de los más largos y penosos sacrificios.



## CAPÍTULO XXIV

### La ofuscación.

La juventud y en particular la juventud femenina, á mi parecer va sujeta á una especie de fiebre moral, á una enfermedad que mientras en apariencia da una fuerza extraordinaria, un color más subido, una voz fuerte, quita en realidad las fuerzas á quien está atacado de ella.

Esta enfermedad de la que quiero hoy hablarte, ocasiona al alma precisamente lo que la fiebre al cuerpo: excita sin comparación, pero para debilitar nuestras potencias, y su energía es como el último resplandor de una luz á la que falta alimento.

Tal vez tú preferirías que yo pasara en seguida á la enseñanza práctica, y hasta me parece ver á alguna de mis lectoras saltar la primera página de mis capítulos... Dime, ¿y no sería tratarte de autómeta si de buenas á primeras me pusiera á hacerte las prescripciones positivas ó negativas, sin antes haberte demostrado las razones que tengo para ello?

Cuando la imaginación no es debidamente refrenada, ella saca de todas las cosas fomento para la *ofuscación*, la que siendo una excitación extraordinaria de nuestras facultades morales, con frecuencia y prontitud se comunica también á nuestro físico, altera sus funciones, nos hace entrever las cosas y da cuerpo al viento.

Permíteme que te lo repita: la *ofuscación* es enfermedad, es fiebre del alma que nos rodea de extraños fantasmas, nos atormenta con visiones que sólo tienen su morada en la imaginación.

Ahora bien, para producir esta fiebre en una cabeza joven ó para despertarla si está aletargada, no son necesarias un cúmulo de circunstancias; basta la cosa más pequeña, la más indiferente é inadvertida para suscitar, no una simple llama, sino un gran incendio. Pero más directamente desarrollan este mal la *adulación* ó *adoración*, y más ó menos todas esas reuniones y esas recreaciones que tienen por objeto la diversión y el lujo, pues allí nunca faltan las exageradas galanterías, y por esto no me canso de decirte que si te es posible escusarte de tomar parte en ellas sin faltar á la obediencia que debes á tus padres, renuncia con gusto á los pasatiempos, donde pones en peligro tu virtud y tu tranquilidad, ó se hará más difícil por el esfuerzo que tendrás que hacer para custodiarlas.

Hay fiestas á las que puedes ir sin escrúpulo ni pena alguna, ó sea á las que dan personas de experimentada piedad, porque sabrán dirigir y distribuir las cosas de manera que todos estén contentos y que la virtud resplandezca.

Estoy en afirmar contigo, que el baile en sí mismo, no encierra culpabilidad; pero no puedo negar que en las fiestas de báiles es muy difícil no contagiarse de la terrible enfermedad que hablamos y quisiera que nunca pisaras salón de este género, sin antes haber consultado y pedida licencia á tu confesor; éste inspirado y prudente sabrá permitirte lo ó negártelo, según tus circunstancias particulares,

Muchos afirman que las fiestas son necesarias y en vez de un mal, son un bien, porque se aprende á conocer el mundo y los hombres. ¡Pobres ilusos! ¿Y

cómo se puede conocer el mundo y los hombres en un salón de baile donde todo es artificial? Allí aparecen personas y cosas con un tinte muy fantástico, y tan lejano de la realidad de la vida, como se alejan de la verdad ciertas declaraciones y cumplidos insulsos que los mundanos prodigan.

Las almas exaltadas y seducidas por ese esplendor faláz, pierden en un momento la seriedad adquirida con mucho trabajo; se dejan arrastrar de una esperanza también falsa, y bajan hasta el último peldaño de la larga escala, hasta el punto de tener que elegir entre el honor y el placer, entre la virtud y el vicio.

Si aun les queda valor suficiente para renunciar al placer que va unido al vicio, deben destrozarse su corazón para volver á subir lenta y fatigosamente esa escala que apoyada en el honor más ó menos se acerca á la virtud, que se les hace muy penosa y difícil, en tanto que antes les era tan sumamente fácil.

Yo quisiera ser contigo muy indulgente y no negarte lo que te agrada y deseas; pero para no disgustarte ¿tendré que verte lanzada á un baile febríl, sin avisarte el peligro, sin decirte que en la dorada taza que se te acerca, está escondido el veneno? ¡Dichosa tú, si tu madre te evita esas fiestas, donde podría naufragar tu tranquilidad y tu virtud; y sabia y prudente se limita á llevarte á una reunión de familia ó de colegio, donde solo respiran inocentes niñas como tú. ¡Dichosa si tienes esta suerte no desees más! Procura con tu comportamiento digno y al mismo tiempo alegre, no dementir que eres el ángel de la paz y del buen ejemplo.

Hecha la hipótesis que tu confesor te permita y aconseje seguir á tu madre á un baile, recuerda lo que ya te he dicho respecto de tu conducta, del arreglo de tu persona y de la manera de tratar á los que adulen ó critiquen á los demás: escucha ahora otras ad-

vertencias que debo hacerte para tu bien que tanto deseo.

Evita con todo cuidado la demasiada y muy prolongada vecindad con personas de diferente sexo, aunque sean serias y formales, porque no está bien, y te asemejaría á las que les agrada verse distinguidas y aduladas. Estate lo que más puedas al lado de tu madre ó de alguna señora ó señorita de buen nombre, y de reconocida virtud; y si alguno te invita con repetidas instancias para bailar con él, contestas que por el momento estás cansada, y comprendiendo tu retraimiento no te molestará; sirviendo esto no para que hagas mal papel, sino para que forme favorable idea de la seriedad de tus principios.

Cuando bailes sigues las reglas de la modestia y de la conveniencia evitando acercar tu cara y tu persona á la de tu pareja. Que si él ignorante ó ineducado no observa tu conducta, tu ejemplo le servirá de escuela; y si es imprudente ó procáz merece que le adviertas que tú, ni eres, ni permites que él lo sea contigo. El *wals* y el *galop* no debieran nunca ser bailado por una señorita con un hombre, porque en ellos la pareja debe estar más estrechamente abrazada, y la hermosa y blanca flor que yo quisiera ver siempre sobre el pecho de una joven en una fiesta, se estropea....

Antes de ir á un baile, cuando colocas sobre tu pecho las hermosas flores, prométele á la Virgen, traérselas intactas para colocarlas en el jarrito que adorna á su imágen; aquellas flores entonces te representarán en la fiesta tu celestial Madre y te servirán de aviso y de custodia.

En las grandes reuniones donde se baila, hay otro peligro, que aunque parezca sencillo, agradable y aun

honesto, y esto le quite las apariencias de peligro, no es así en realidad.

Terminado de bailar, cuando se pasean por el salón cogidas del brazo las parejas, es precisamente cuando las jovencitas ingenuas pierden la costumbre de ruborizarse; entonces llegan á sus oídos palabras estrañas, acentos nunca oídos, y en su alma nace y se desarrolla esa fatal enfermedad, que las arrastrará al delirio, y de este.... á los más deplorables resultados.

¡Ay hija mía! procura en esos paseos por el salón estar más seria que nunca; mira á tus flores y acuérdate que al llevarlas á la Virgen puedas decirle, que te has portado como una buena hija suya; y si tu caballero con demasiada confianza demuestra considerarte coqueta ó vanidosa, te aconsejo y hasta te mando le hagas conocer que te ofende; y que entienda que no eres como tierna hoja que al menor viento se agita y cae, sino por el contrario eres y siempre con la gracia de Dios serás, encina del bosque ó cedro del Líbano que resiste al huracán y á todas las tempestades. No ocultes en estos casos tu dignidad, y al mismo tiempo te recomiendo refrenes los ímpetus de tu orgullo, que nacerán al sentirte superior á la flaqueza que te rodea.

Nunca he creído que en las fiestas se arreglen los matrimonios, ni que sean los mejores los que por casualidad se combinan en tales sitios; pero sí creo y sostengo, que esas uniones que no son seguidas de las discordias, de la infelicidad ó del divorcio, no han nacido y crecido en la coquetería, ni con las armas de la galantería; sino que son hijas de una profunda virtud y están sostenidas por la recíproca estimación.

El que se acerca á una señorita y encuentra paso para conversaciones y palabras que marchitan las hermosas flores del pudor y de la modestia aunque la queme incienso, la desprecia en su corazón; y aun

cuando tuviera el mejor deseo, pierde la idea de hacerla su esposa. La modestia es como la religión. Los incrédulos y libertinos elogian de lejos las mujeres de su laya; pero cuando tratan de tomar esposa dicen, *como mujer y compañera mía la quiero modesta y religiosa.*

Créeme, para quien ama de veras á la Santísima Virgen y quiere conservar la delicada flor de su pureza las fiestas son para ella más bien para sufrir que para gozar; porque cuesta muchísimo esfuerzo y trabajo rodearse de todas las precauciones necesarias, para apagar las saetas encendidas que allí se lanzan, é impedir la *ofuscación* que hace ver como verdadero lo falso y como real lo que es ilusorio.





## CAPITULO XXV

### ¿Ágape ú orgía?

Los antiguos cristianos reunidos en fraternal caridad se sentaban á una misma mesa sin distinción alguna entre pobres y ricos. Los antiguos paganos también se reunían pero la de ellos no era el *ágape* de los cristianos; sino la *orgia* ó sea el suntuoso banquete del que eran excluidos los pobres, y todos aquellos cuya nobleza no era antigua y acompañada de grandes bienes de fortuna.

En el primero reinaba la sobriedad y la mortificación: en el segundo se satisfacía el gusto, y se comía con gula y se bebía hasta la embriaguez. El *ágape* se terminaba con el beso de la caridad cristiana: el banquete pagano con las actos más vergonzosos; con el homenaje obsceno que rendían á las ridículas divinidades en las que presidía la incontinencia, la cobardía y el robo.

¿Pero para qué te entretengo contándote lo que tú conoces muy bien, por ser amiga de estudiar las costumbres é historia de los pueblos? ¡Oh! lo que me interesa y quiero demostrarte es que aunque hoy ya no se recogen los cristianos en las catacumbas para celebrar sus *ágapes* fraternas, ni ya tienen lugar los banquetes paganos donde se comían las anguilas alimentadas con carne de los esclavos, que vivos eran arrojados á los grandes estanques; y donde se bebía en tazas de oro



guarnecidas con piedras preciosas, sin embargo aun entre nosotros hay convites y banquetes que se parecen extraordinariamente á los primeros y á los segundos.

En las comidas de familia en donde se reunen los hijos y parientes esparcidos, para celebrar la Pascua ú otra festividad, aunque en ellas no haya la escasez de platos, como ocurría entre los antiguos cristianos y sí en cambio reina una abundancia, sino absoluta, por lo menos relativa, sin embargo se renueva en ellas el antiguo ágape.

Alabo mucho las costumbres, que conservan algo de patriarcales ó de primitivas, con tal que no se eche á perder esto con sustituir á las comidas que suelen llamarse tradicionales, otras nuevas y de gusto refinado y contrarias á la grandeza sencilla, primitiva y característica de semejantes convites.

A pesar de la corrupción general que hoy reina en todas partes, aun quedan en muchas familias distinguidas ciertas *costumbres santas* que quisiera publicar á los cuatro vientos, para que todo el mundo enamorado de ellas las copiaran en su casa.

Hay la costumbre en algunas provincias donde aun está muy arraigada la fe, poner en el día de Pascua, en donde se sienta el jefe de familia, poner sobre la mesa una preciosa copa de cristal con agua bendita y al lado un ramito también bendito. Cuando la familia y los convidados están todos reunidos en la mesa, el jefe de la casa moja el ramito de oliva en agua bendita y bendice uno por uno á todos los comensales y hace y recibe los augurios de paz y de felicidad, apropiándolos á las necesidades de cada uno. Concluida tan piadosa y solemne ceremonia, todos se sientan y empieza la comida á la que creo nadie querrá negarle el honor de ágape.

Recuerdo que una vez había un viejo y valiente militar, que viendo sentado á su lado un hijo oficial que sospechaba imbuido de las nuevas y perversas ideas, no tuvo valor en el día de Pascua de darle la bendición acostumbrada y muy triste se sentó á la mesa.

Aquel hijo que parecía pervertido, pero que en verdad tenía un corazón muy hermoso, preguntó con mucha insistencia á su padre el motivo de su tristeza y este vuelto á donde había sido ladeada la copa con el agua bendita, dijo sonriendo amargamente «*el miedo del ridículo la ha desterrado.*»

El jóven se levantó, dió al padre el olivo y el agua bendita y echándole los brazos al cuello lo besó con reverente afecto y con voz muy conmovida le dijo: *Os prometo que si algún día tengo familia, ningún año dejaré de renovar en mi casa esta piadosa ceremonia y transpasar á mis hijos la bendición que de vos recibo.*

Todos se conmovieron á tal escena y el viejo militar dejó caer dos lágrimas en la copa de cristal, bendijo á su hijo y muy consolado se sentó con ellos: ¡Ay! fué el último año que aquel venerable anciano celebró con sus hijos la solemne fiesta de la Pascua; pero desde el cielo, donde gozará la paz eterna, seguirá bendiciéndolos!

De estos convites es imposible no quede siempre algo para los pobres y la limosna completa el conmovedor cuadro de la comida cristiana. ¡Oh! bendita sea tan santa costumbre que regenera la virtud, une los ánimos y enciende y aviva los afectos más santos.

Por desgracia, como ya he dicho, el gusto corrompido de los materialistas, ha penetrado hasta en las casas cristianas; ha quitado ó quiere quitar, aquel algo de simpático y grande, que por su sencillez conmueve y alegra el corazón, y ha introducido un lujo desme-

surado en los manjares y en el aparato con que se preparan y sirven.

Siendo tú hija de familia, debes aceptar la tuya como es; pero como de un día á otro puedes ser llamada á dirigir una casa, quisiera salvarte de la tentación de seguir el modernismo y abandonar costumbres santas.

Hay algunas niñas, que hasta se disgustan de ver sobre la mesa en un día solemne un aparato sencillo y una comida abundante y buena, pero modesta; y así se avergüenzan que puedan enterarse sus amigas, que en sus casas no se introduce el lujo y la etiqueta que tanto desdican de semejantes reuniones.

Cuando se habla en el Evangelio del *padre bueno*, que con júbilo recibe al *hijo pródigo* que arrepentido vuelve, se dice, que ordenó á sus criados mataran un becerro cebado para darle el banquete; pero no mandó se prepararan exquisitos manjares como hoy día se acostumbra. Ten siempre presente que la verdadera grandeza va siempre unida con la sencillez.

No hay más que un paso entre *Agape* fraternal y la *orgia*; un paso solo, muy fácil, pero muy peligroso; que de la pura y santa alegría de reunirse toda la familia en la mesa del padre, hace pasar á la baja satisfacción de regalar el paladar con exquisitos manjares para embotar el cuerpo, y embriagar la cabeza; que si el uno tiene por objeto el amor y la virtud, la otra el vicio y el materialismo.

Hoy no quiero molestarte más; pero aún tengo que entretenerte sobre este argumento, para que no se apodere también de tí el espíritu de materializarlo todo, de todo reducirlo al placer y al número.

La materia existe, todos lo sabemos: ella forma el cuerpo, nuestra parte inferior; nos rodea, nos nutre, nos amenaza; pero que la materia tome el puesto del

espíritu ó se compare á él, esto es una aberración que ningún alma bien nacida puede tolerar.

Alerta, pues, hija mía, rechaza hasta los más pequeños principios que puedan producir este desorden. La materia es la sierva, el espíritu es el señor.

Dios ha puesto distancia entre el siervo y el amo; nosotros tenemos que respetarla y conservarla sobre este particular más que en ninguno. La materia es infinitamente inferior al alma criada por Dios á su imagen y semejanza. Ten, pues, siempre la materia sujeta al espíritu, si quieres que éste domine como soberano.





## CAPITULO XXVI

### Orgía.

Desgraciadamente no ha pasado la moda de banquetear al uso antiguo, y exceptuando muy pocas casas donde la familia se reúne, no para disfrutar de buenos manjares, sino para gozar de la deseada unión y amor fraterno, en las demás se dan banquetes sin otro objeto que satisfacer el paladar, estimularlo para llenar el estómago, dejando vacío, pero muy vacío el corazón.

¡Oh, pobre corazón! ¡El no puede ser susceptible á las delicadas sensaciones, cuando es envuelto en aquel lodo que se llama glotonería y francachela!

No mereces que yo te hable de esto y hubiera querido ahorrar á tus sentimientos delicados el mal rato de ver cuánta podredumbre hay en la sociedad y sobre todo en estas fiestas; pero pienso que si me callo, el mundo te hablará y se esforzará con todo su arte para presentártelo bajo buen aspecto, cubriendo y dorando todo lo repugnante, para arrastrarte fácilmente al engaño.

Tú ya no eres niña, ó de niña sólo tienes un corazón inocente y puro: tú eres señorita, pronto serás reina de una familia y tienes obligación de saber dar nombre á las cosas, para tener un arma en la mano y poder decir cuando alguien quiera engañarte: *Esto no es bueno, sino malo: esto está bien para quien quiere*

*engañarse ó pretende engañar; pero no para mí.*

Yo no admito la idea ni la expresión *que el mundo ahora se ha vuelto muy malo*; y sí creo firmemente que en todos los tiempos haya tenido su parte buena y su parte mala, y no puede encontrarse otra diferencia más que aquella traída al mundo por el Salvador, ó sea la *revelación* y la *redención*; diferencia que radicalmente ha mejorado el mundo y la sociedad.

Es innegable que en ciertos tiempos, más que en otros, toma incremento en las costumbres de los hombres el imperio de la materia sobre el espíritu, y esto da lugar á que gane terreno la incredulidad sobre la fe.

Así, pues, no hay que extrañar si en nuestros días como en los tristísimos tiempos del Imperio, vemos predominar la manía de las francachelas y de las comilonas, que nos dicen lo que eran las *orgías* en tiempo de los griegos.

Pero hay una diferencia: los antiguos banquetes eran sólo para cierta clase de personas, porque se daban exclusivamente entre los grandes, y los nuevos en cambio se imitan casi por todos: y así la clase más elevada, como la del medio y hasta la que tendrá que pesar el pan de sus hijos para reparar el exceso cometido en una sola comida, todos quieren disfrutar del ordinario placer de darse un atracón.

Esta conversación de seguro te repugna, y á mí no menos que á ti; pero tengamos paciencia las dos, porque no puedo dejar en silencio materia de tanta actualidad sin peligro de faltar al deber que tengo de ponerte en guardia contra las tentaciones. Animo pues y adelante.

Una de las máximas de Urbanidad era la de no hablar sin necesidad, fuera de la cocina, de platos y de comidas; persona educada nunca escuchó cuánto se

había comido, diciendo algunas que este era un privilegio que se debía dejar y no usurparlo los seres racionales á los animales rumiantes.

Pero la *moda*, ridícula y necia siempre, ha introducido el mal vicio de hablar, no por casualidad, sino hasta con cierta importancia y seriedad de manjares exquisitos y nuevos, y no falta quien á esta conversación hace sentidas admiraciones y se relame pensando en el rico plato que va á comerse ó suspira de pena por el mal éxito de otro.

Sé que tú ni te desvives ni suspiras por un manjar más ó menos apetecido; pero no faltará quien encuentre en ti un ser imperfecto por la falta del refinado paladar, y alguien tal vez llegará á compadecerse de ti porque no sabes apreciar, como ellos hacen, las mínimas diferencias que hay entre una conservá y una fruta que venga de este país ó del otro.

No te burles de quien así te hable, porque la caridad no te lo permite; pero sí da muchas gracias á Dios que no ha querido que te rebajes tanto, y ruega por los desdichados que sólo viven para dar placer á esta miserable carne que los gusanos se comerán un día.

*Hemos de comer para vivir; pero no vivir para comer.* Procura, pues, ser muy frugal en tus comidas: esto no sólo sirve á la economía doméstica, sino también á la economía moral, y la costumbre de la mortificación conservará en ti el espíritu de caridad y te hará pensar en tantos pobrecitos que muchas veces hasta el pan tienen muy escaso.

Prefiere, pues, á todo alimento el pan y los manjares menos condimentados, porque esto te ayudará mucho á conservar sano tu cuerpo y á robustecerlo; te rodeará de menos necesidades y por lo tanto te hará más fácilmente contenta, porque pan y manjar frugal, en cualquier país, en cualquier tiempo y en cualquiera

condición; encontrarás siempre ó casi siempre gracias á Dios.

Tú no eres una cisterciense, por lo tanto no estás obligada á una mortificación absoluta, y no sólo puedes, sino debes comer de lo que comen todos sin distinguírte; no ostentar ni hacer alarde de una virtud que, aunque exige muy poco sacrificio, pondría de relieve el defecto de los otros.

Como tú aun siendo reina y vistiendo traje regio puedes tener despegado tu corazón de los honores y riquezas, así pues, debes y puedes acercar á tus labios los manjares más exquisitos, pero sin que ocupen tu mente ni formen el deleite de tu alma. ¿Por qué rebajarnos tanto?

Si contemplamos los hombres de talento, vemos que cuanto más alto brillaron por su ciencia, más estuvieron despegados de la materia, precisamente porque el talento no lo forma la materia, sino el espíritu que viene de Dios y participa algo de su divina pureza y perfección.

No apruebo la antigua moda que pretendía que las jóvenes vivieran casi del aire, permitiéndolas sólo probar la comida delante de gentes y prohibiéndoles en absoluto tomar vino; pero también no menos rechazo la costumbre actual que hace de una señorita una glotona y lo que es aun peor una sucia beoda.

Las jóvenes tienen que comer cuanto necesitan, no con exceso ó mucho, sólo para satisfacer el gusto, ni poco para figurar un ser sentimental. Es cierto que me agradaría que no despreciaras el pan y lo sustituyeras con mucha carne, porque la carne cría carne y de esto se pasa luego á lo carnal.

Bebe vino, pero bebe muy poco, pues da á la cara un color arrebatado, excita tu imaginación y quita de



tu semblante ese no sé qué de ideal y delicado que es el espejo de tu alma.

No seas ni nunca te muestres golosa, acostúmbrate á resistir á la tentación de probar esos manjares y esos dulces que más apetece aunque se te ofrezcan. Este hábito de mortificación y por consiguiente de sacrificio, te hará fuerte contra ti misma y contra las tentaciones más violentas, crueles y peligrosas.

Tal vez ya tendrás la costumbre de no comer fruta en los *sábados* y en las *vigilias* de las fiestas de la Virgen Santísima nuestra adorada Madre para honrar á tan Excelsa Reina; pues si no la tienes empieza desde ahora y verás por experiencia que Ella recompensa con largueza hasta la más pequeña privación, no sólo con su poderosa ayuda, sino también infundiendo en el corazón una alegría purísima.

No tomes parte en ningún banquete á no ser que te obliguen y acompañen tus padres: ellos te servirán entonces de guía y de salvaguardia.

Además de las reglas de buena sociedad para ser sobrios, debes en los convites observar la otra que te ordena cortar toda conversación contraria á la modestia ó á la caridad cristiana.

Si tu comportamiento serio y tu clara reprobación, no son suficientes para imponer silencio á una mala lengua, y no se te ocurre nada, mira, nadie te impide derramar, como sin querer, un vaso de agua y producir un poco de alboroto.

Te parecerá esto una travesura; pues si sirve para custodiar tu inocencia y tu pudor, la tengo por buena travesura y te la aconsejo.



## CAPÍTULO XXVII

### La confirmación de una regla.

Hablándote ayer de la obligación que tienes de comer lo que te den en tu casa, para no hacerme muy cansada, no te hablé de una condición muy importante, que será hoy el tema de nuestra conferencia.

Toda regla tiene su excepción y la de la obediencia también tiene la suya, ó sea puede no observarse cuando es contraria á la sumisión que debemos á Nuestra Madre la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Y en esto me he equivocado, porque más bien que una excepción es la confirmación de la regla, supuesto que demuestra que todos, y por consiguiente también las hijas, deben obedecer á los superiores, como representantes de la autoridad suprema, y son desligados de este deber cuando aquellos desmienten su representación, mandando cosa que se oponga á la ley Divina ó Eclesiástica.

Muchos hacen sustancial diferencia entre los preceptos de Dios y los de la Iglesia; creen estos últimos de muy ligera importancia y ni aun sospechan, que el no observarlos implique culpa grave. ¡Oh! compadezcamos con caridad una ceguera tan grande y una ignorancia tan crasa.

¡Jesús Redentor del mundo, que derramaste toda tu Sangre para rescatar á los hombres y Tú mismo nos dejaste la Iglesia Santa por Madre y Maestra infalible,

no solo como representante, sinó como verdadera depositaria de Tu Divina Voluntad, cuando le dirigiste aquellas sublimes palabras: *«Id y enseñad á las gentes, haced que observen los que yo os he mandado. Yo me quedaré con vosotros hasta la consumación de los siglos»!*

¡Oh amante Salvador!, ten compasión de las pobres almas que no creen en este misterio de amor, porque no lo comprenden; iluminalos con los encendidos rayos que emanan de tu adorable Corazón: entónces estrechándose al seno de la tierna Madre que nos has dejado, no solo obedecerán sus mandatos, sino que también seguirán sus amorosos y sabios consejos.

Si en tu casa ó en cualquiera otra que te encuentres, se come de carne en día que la Iglesia lo prohíbe, ó no se observa la vigilia, tú, hija mía, debes instar y rogar á la dueña de la casa te dispense comer cosa prohibida.

Si no eres exigente y te contentaras con cualquiera otra cosa sencilla, nadie te contrariará. ¡Oh! que alegría y que mérito para tí si ves un día que por tu ejemplo discreto y edificante, bajo el pretexto de agradarte, aquella familia se conformará con todo cuanto manda la Santa Iglesia...

Si por alguna circunstancia tomaras el manejo ó la dirección de la cocina, quisiera fueses santamente industriosa para que nadie, ni los más exigentes, tuvieran motivos para quejarse en los días de abstinencia.

Es una verdadera falta la que cometen ciertas amas de casa, las que pretenden que en los días de vigilia se mantengan casi del aire sus maridos y sus hijos, obligados á veces á llevar una vida muy activa. Es cierto que si ellos estuvieran acostumbrados, como espero estés tú, á no hacer diferencia entre un alimento y otro y á encontrar buenas todas las comidas, estas mise-

rias no serían causa de mal humor y mucho menos de disgustos.

Más los hombres es necesario tomarlos, como son, y no como debieran ser; así es que estamos obligadas á perdonar á todos cualquier defectillo, en premio de sus buenas cualidades y á compadecernos de todos hasta de los más pecadores, aunque odiando siempre de todo corazón el pecado.

Si tienes la vigilancia de la cocina, no olvidando la economía y la templanza, procura que todos queden contentos en la mesa y que no les sea muy penosa la abstinencia de carne; más si no intervienes en nada, no faltes á la ley de la Iglesia por lo menos tú, si no tienes un permiso formal de tu confesor ó párroco.

Todos los pecados son una locura; porque no nos recompensan en nada lo que nos hacen perder; pero este de comer lo que está prohibido, es entre todos el más necio, porque no puede compararse la satisfacción de saborear un manjar, aunque sea el más exquisito, con la otra verdadera é íntima de obedecer y cumplir un mandamiento de Nuestra Madre.

Se repiten con frecuencia, por muchos las palabras evangélicas, que dicen. *No lo que entra en la boca es pecado, sino lo que sale*: pero ellos como las interpretan á su manera, no le dan el verdadero significado que tienen.

Todos sabemos que el pecado no está en la carne ni en el alimento en sí, porque entonces se nos prohibiría siempre; ó mientras se prohíbe para unos no se permitiría á los otros que, por causa de enfermedad, tienen necesidad de hacer uso de ello. El pecado sólo está en nuestra voluntad, en nuestras obras.

Eva vió aquella hermosa manzana en el paraíso terrenal: entró en deseo y aunque le estaba prohibido comerla, extendió su brazo, la cogió y se la comió.

La manzana en sí era buena, inocente: la culpa no fué del fruto, sino de Eva que á pesar del mandato de Dios escuchó á su perversa voluntad é incurrió en la desobediencia.

Así, casi sin apercibirme, te he citado una prueba no indiferente de que los mandamientos de la Iglesia están inspirados por el mismo Dios, que desde el principio de la creación impuso al hombre la mortificación de la gula.

Además tampoco necesitas pruebas algunas, porque estás convencidísima de que Nuestro Señor Jesucristo formó la Iglesia y nos dejó á los Apóstoles y á sus sucesores, para que nos dirigieran, imponiéndonos el deber de obedecerlos fielmente como á Él mismo, y amenazando al que no lo hiciera que será tenido por infiel y publicano.

Y á propósito de esto recuerdo haber leído que cuando San Agustín era aún infiel y dudando de su religión, buscaba una verdadera, se decía á sí mismo: *«Si hay una religión verdadera y debe haberla, tiene que tener un código y un maestro infalible.»* Con solo la luz de la razón, Agustín pensaba con fundamento, que Dios no podía haber abandonado su religión á los hombres, sin haberles dado los medios necesarios para que fuera conservada y enseñada en su verdad, en su integridad y en su pureza.

Nosotros tenemos ese código, que es el Evangelio: tenemos el Maestro infalible, que es la Iglesia Romana con el Sumo Pontífice.

Ahora bien, la Iglesia nos explica el Evangelio y nos hace fácil el cumplimiento de los Mandamientos de Dios, indicándonos prácticas especiales para observarlos.

El Señor nos manda santificar las fiestas, alimentarnos de las carnes del Verbo Divino Sacramento,

y á cada paso el Evangelio nos repite: *Penitencia, penitencia*. La Iglesia, con corazón de tierna Madre, para quitarnos y aligerarnos de la gran responsabilidad del precepto Divino, nos señala la práctica con gran indulgencia y nos impone la Misa en los días de fiesta, la Comunión Pascual, la abstinencia de algunos alimentos en ciertos días, el ayuno en la cuaresma y la abstinencia en algunas vigilia de las grandes solemnidades.

Obedezcamos, pues, siempre á tan amorosa é indulgente Madre que si, por razones de salud ó de circunstancias especialísimas, nos es imposible el cumplimiento material de cuanto ella nos manda, la obedeceremos en espíritu, si con humildad y con amor de hijos pedimos ser dispensados.

Procura no hacerte juez, ni murmuradora de los que no observan las leyes eclesiásticas, y sólo, si puedes corrígelos y con dulzura manifiéstales el deber que tenemos de observarlas.

En ciertas ocasiones tu confesor no sólo te permitirá tomar carne, sino que hasta te mandará tomarla; te prohibirá comer de vigilia y no te permitirá los ayunos, para quitar de tu conciencia toda inquietud; pero aun en este caso debes procurar no hacerlo públicamente, donde tu ejemplo fuera escandaloso, ó serviría de pretexto para justificarse los desobedientes á la ley de la Iglesia.

Si no fueras hija de familia te diría rotundamente que jamás tomaras parte en las reuniones donde no se guarda el precepto de la Iglesia y por consiguiente de Dios; mas como puede darse el caso que á ello se te obligue; irás; pero después de tener el permiso y consejo de tu confesor. Si estuvieras en el campo y no pudieras oír á tu confesor ordinario, atente á cuanto te ha dicho en análogas circunstancias y consulta si puedes con otro sacerdote cualquiera.

Algunas almas débiles y miserables no se avienen á confesar sus culpas con el cura del pueblo, ó porque lo ven con frecuencia en su casa, ó porque reconocen sus defectos particulares. Esto jamás sirva de pretexto, para alejarte del tribunal de la penitencia, porque el que ves en tu casa es el hombre, que como miserable puede tener más ó menos defectos; pero el que te confiesa es el sacerdote ó sea el representante de Dios.

Y para terminar recuerda siempre que estás obligada á contentarte y á tomar así para vestir, como para comer, lo que te ofrezcan tus padres á menos que te obliguen á faltar á la ley Divina ó Eclesiástica. Mantente fuerte y firme aunque fueras objeto de burla ó de desprecio, y aquel Corazón que cuenta los cabellos de tu cabeza, tendrá presente tu constancia en luchar y te preparará abundante recompensa.

Si eres prudente, discreta y amable, no solo no te faltarán los medios para la exacta observancia de los preceptos, sino que tu buen ejemplo será estímulo á cuantos te rodean.





## CAPÍTULO XXVIII

### Una sutil tentación

Ya te habrás convencido amiga mía, que en todas las fiestas y reuniones que hemos pasado reseñando, puedes y debes llevar la virtud cristiana, la modestia y al mismo tiempo una santa franqueza para substraerte á las seducciones, huir del mal y al mismo tiempo hacerte fuerte y poderosa contra él.

Ni sirve de pretexto la poca gravedad del mal que se te insinúe, porque á primera vista no es fácil revelar la profundidad de su malicia y además que en todo mal se pasa fácilmente de lo poco á lo mucho. Aun queda una tentación que combatir y vencer; y es precisamente contra la que hoy pienso fortalecerte: tentación grande y sutil.

En todas las edades y en todos los países, bajo diferentes formas, siempre hubo *teatros* ó sea representaciones en las que se reproducían con más ó menos semejanza las escenas trágicas, dramáticas ó ridículas, que realmente se desarrollan en el seno de la sociedad.

Ahora en los últimos siglos y en las naciones cultas, han ganado mucha importancia estas representaciones.

El primitivo objeto del teatro fué el de educar los pueblos en las virtudes heroicas y en el amor á la patria: el desinterés y el heroísmo fueron hasta cierto



punto el móvil y el alma de esta fiesta. Pero como el hombre inclinado al mal tiende á pervertirlo todo, hace tiempo que el teatro se ha convertido en una *sucia* representación *de las pasiones* más feas y violentas y pocas reproducciones se hacen ya, sin poner al desnudo las llagas más asquerosas de la humanidad, y estas aumentadas y exageradas, porque se dice que hay necesidad de fuertes impresiones, de fuertes caracteres y de pasiones vehementes.

En vez de cubrirlas con un velo se ponen en escena, pública y descaradamente, las enormidades de una Ana Bolena; y públicamente y con el mayor descaro, señoras (y aun señoritas), asisten á tales espectáculos; se conmueven y aplauden escenas, que debieran ser un misterio para ellas, y lejos de llenarlas de horror las divierten y hacen reir. ¡Oh! vergüenza, vergüenza! ¿Y una señora, una joven toma parte en el sarcasmo que se hace de la mujer, reproduciendo en su presencia los abominables vicios de algunas, que debieran ser consideradas por lo que en sí son, no parte escogida del sexo bello y gentil, sino un monstruoso apéndice?...

Además de las representaciones históricas, hay otras muchas imaginarias ó fantásticas en las que se encuentra una horrenda mezcla de los vicios más torpes y de las más bajas pasiones; y lo que es aún peor, éstas y aquellos elogiados y ensalzados hasta lo sumo. ¡Oh! créeme, hija del alma, cuan engañadas están las damas del gran mundo que dicen ser bueno y hasta conveniente el asistir á las representaciones donde no se manifiesta la virtud, sino el vicio y en las que no se estimula al bien sino al mal!...

El mismo hombre libertino é impío confiesa, que la *mujer* hace *muy mal papel* en el teatro obsceno, y si ellos desean verlas allí asistiendo á tales espectáculos,

es precisamente para reirse de ellas y adquirir el derecho de hacer con ellas conversaciones libres y galantes, para después despreciarlas.

Las obras de los *teatros modernos* son, con poca diferencia, á cual peor, particularmente las extranjeras, y si alguien ha oído las de Saldón, podrá decir con toda verdad, que no exagero.

Sin embargo, aun hay muchas personas tan sencillas ó mejor dicho tan cándidas é ignorantes, que se obstinan y no encuentran malo el teatro moderno; y llegan otras tan allá con su apreciación y celo, que lo encuentran moral, muy moral y escuela para vivir bien.

¡Pobres ciegas! Os compadezco y ruego á Dios para que os ilumine con su gracia y os enamore de la verdad, de lo bello y del bien. ¿Y qué moralidad puede haber en presentar el vicio, como si fuera virtud, en poetizarlo y en divinizarlo? ¿Y qué sana enseñanza sacaremos de ponernos en contacto con individuos corrompidos ó cuando menos extraviados?

Pero estoy haciendo como los predicadores, que gritan contra los pecadores obstinados, los cuales estando fuera de la Iglesia están por consiguiente en la imposibilidad de escuchar su palabra: yo hablo contigo de culpas, de escenas y de torpezas, que no conoces y aborrecés. ¿Tengo pues que borrar este capítulo ó por lo menos lo que se refiere á las enormidades para tí desconocidas y extrañas?

No, ni puedo ni debo hacerlo. Si para tí no es una culpa el teatro porque no lo frecuentas; es sin embargo *una tentación*; supuesto que los amigos, los adula-dores, los hombres del mundo te repiten en todos tonos, que el teatro es la escuela donde se aprende á vivir, á sentir y á gozar; y que aquellos que viven retirados y no lo frecuentan son raros, excéntricos y ridículos.

Pero tú ya sabes el poco ó ningún caso que hay que hacer del terrible *dicen*; tanto más que con frecuencia se dice una cosa y se piensa otra de esos hipócritas que tienen la innoble misión de tentar y engañar las almas buenas.

Además ¿para qué te serviría el aprecio del mundo y de los hombres, cuando hubieras perdido la inocencia de tu alma?

Un *libro malo* es un falso amigo, que te induce al mal con su narración; un espectáculo malo es también un falso amigo que te lleva al mal, con representarlo vivo á tu imaginación exaltada.

Huye pues así del *libro*, como del *teatro*; si no tienes la *moral certeza* que se representan obras honestas, en las que tu pudor y virtud no sufran detrimento alguno.

Y cuando veas á tus compañeras adornarse para ir al teatro y después que vuelven tan satisfechas y alegres por lo que se han divertido; una cierta envidia se hace sentir en tu pobre corazón, piensa que no se acaban en un día las apreciaciones; tal vez mañana mismo variando las circunstancias ó acercándose á mejores personas, una duda, una sospecha cruel las agitará y atormentará?

¿Qué es? Ayer vieron en el teatro tratar como falso lo que parecía bueno y por bueno lo que parecía falso.... se han hecho una confusión, no saben ya discernir la verdad, ni domar la imaginación, ni refrenar el corazón.

¡Pobres niñas, érais tan buenas, tan sencillas, tan contentas y en un momento os habeis hecho tristes y desgraciadas!

¡Oh! volved, volved á Dios, volved al retiro de vuestra casa y volverá la paz á vuestro corazón, la discreción á vuestra inteligencia, la virtud á vuestra

alma. En la inocencia está la paz, la alegría, todos los bienes.

Que si tú alguna vez tienes la seguridad que el espectáculo es bueno y tus padres desean con interés llevarte; en este caso ya no me opondría; pero no me cansaré de decirte que observes la más escrupulosa modestia en vestir, en tu comportamiento y en toda tu persona, y que tengas muy bien sujeto tu corazón para que no tome las riendas y se haga el amo: que no pierdas de vista la Santa ley de Dios; que no hagas, ni permitas jamás ni acto, ni discurso que la ofendan en lo más pequeño.

Pero prefiere la casa, si, á todo la casa, porque nadie puede decirte las alegrías íntimas é inefables que ella te ofrece si te retiras, y en ella buscas después que á Dios, las satisfacciones de tu corazón y de tu espíritu.





## CAPÍTULO XXIX

### Un poquito de aire

Un poquito de aire hace bien al cuerpo y al alma es muy verdad, y desearía que con alguna frecuencia fueras de paseo; repruebo á las que quieren siempre estar encerradas, porque me parece que hacen su juventud semejante á las flores de invernadero. que no recibiendo nunca directamente los rayos del sol, crecen hermosas, pero menos fuertes y olorosas que las otras.

Además la creo una cosa impropia y no natural; y temo que de un día á otro pueda nacer el exceso contrario, ó sea un deseo desmedido de pasearse imitando á esas otras que consumen muchas horas del día en ir acá ó allá, como si el Señor las hubiera criado para engañar el tiempo ó gastarlo en recorrer las calles.

Quien no trabaja no merece; y quien no trabaja no descansa: éstas dos verdades se aplican tanto á los ricos, como á los pobres; á la aristocracia no menos que á los obreros. ¡Oh! es cierto que ni la gloria del Cielo, ni tampoco la de la tierra, se concede á los gandules ni á los ociosos.

Quien no trabaja no descansa. El que no ocupa larga y seriamente su cuerpo y su inteligencia, no tiene derecho á gozar y probar la dulce alegría de reposar porque estos goces sólo están reservados á la satisfacción de haber hecho alguna cosa buena.

Sea cualquiera su estado y capacidad, el hombre no

puede permanecer en una posición negativa, ó sea nula que lo quite completamente á sí mismo, á las cosas, ó al mundo; por muy grande que sea su descanso él, en cierto modo, no hace más que mudar la ocupación; quien no trabaja, ni se ocupa en nada, no puede por consiguiente descansar y permaneciendo en su mortal inercia, se hace perjudicial á sí mismo y á los demás.

Mas tú, hija mía, trabajas y tienes derecho al descanso; y si es cierto que descansar quiere decir variar una ocupación fatigosa en otra menos pesada y agradable, el ejercicio de un hermoso paseo, hecho al ser posible bajo plantas, te será muy oportuno para el alma y para el cuerpo.

Servirá á tu alma recreándola con el aspecto de la naturaleza siempre hermosa y llena de majestad bajo cualquier forma que se examine; y servirá al cuerpo con el ejercicio más sano y útil que todos los juegos de gimnasia, porque aquel pone, como éstos, en circulación la sangre y refuerza los miembros; pero no pone en peligro, como ellos, los brazos, las piernas, todo el cuerpo y hasta el pudor algunas veces.

Desearía que solo muy de tarde en tarde frecuentaras los paseos públicos, donde no se tiene por objeto la salud del cuerpo y del alma, sino el lujo, la vanidad, la presunción y toda esa serie de miserias, que tanto empequeñecen el espíritu nacido y criado para lo bello y lo grande.

Muchas veces la falta de costumbre, créeme, nos hace esclavos haciéndonos seguir el camino de los despreocupados. Si en cambio probáramos á disfrutar y gozar de las hermosuras naturales del cielo, de la vegetación, de la luz y de la sombra, entonces aquel bullicio de gente que se encuentra en los paseos públicos, en las carreras, nos cansaría y nos llenaría el alma de tristeza.

No digo que sea pecado ir á donde van los demás; pero sí sostengo que lo encuentro poco digno, y hasta servil, porque me hace el efecto de esas figuritas automáticas expuestas en los escaparates que dan vuelta para que vean su carita de cera, adornada con rizos, y su cuerpo ataviado á la última.

Siempre que he ido á paseos públicos ó algún parque á oír la música cuando estaban muy concurridos, he sentido una pena en mi corazón y un sentimiento que aunque me esforzaba en sonreír, nunca pude soportarlo ¡Ay! aquel lujo, aquella alegría muchas veces aparente, aquella falta de algo serio, el tono orgulloso de los unos, el abandono sin dignidad de los otros, esa vida hipócrita .. que poco satisface el corazón que quiere paz, alegría y felicidad verdadera.

En cambio cuando he ido con mi familia á paseos poco frecuentados, pero donde se respira y se vive, he sentido unos goces, una dicha nueva que me han hecho exclamar: ¡Gracias á Dios! Después he pensado: aquella gente bulliciosa ó no tiene corazón ó busca con esfuerzos sofocar su voz.

No pretendo con esto prohibirte los paseos de gala; sólo deseo ponerte en guardia contra ellos, para que con la buena intención de distraerte un rato, no se te llene por tu desgracia la cabeza de vanidades y no se vea comprometida tu buena fama.

Las niñas que frecuentan demasiado los paseos públicos, difícilmente encuentran un marido que les convenga; por que les sucede, como á los perfumes fuertes en demasía, que se acercan para olerlos; pero después se quieren lejos.

Tampoco pretendo que seas romántica y te apartes de todos y de todo; no, deseo que con alguna frecuencia vayas por los campos, aspirando aire puro; pero que vayas con tus padres, con tus hermanos, con

alguna persona que tu ames y estimes; que des paseos largos si quieres, pero que en ellos se desarrollen pensamientos útiles y cristianos en tu mente.

Acostúmbrate á buscar en la naturaleza el espíritu animador, y en todas las cosas, y en todos los sitios verás á Dios, y por consiguiente encontrarás satisfacción, tendrás alegría y estímulo para el bien. ¡Oh! un poquito de aire puro sanará y reforzará tu cuerpo haciéndolo más apto para el trabajo; robustecerá tu alma y le dará nuevo alimento para la virtud y nuevo vigor para combatir las malas inclinaciones, los vicios y los defectos. ¡Oh! cuan hermosas y delicadas meditaciones nos ofrece la majestad de la naturaleza!

Es verdad que Dios está en todas partes y está en los paseos públicos, donde reina la vanidad, el orgullo, la crítica; pero ¡ay!; ¿no lo ves?, allí está como Juez. ¡Oh! ¡ruégale mucho, hija mía, para que nunca esté á tu lado como justiciero! Jesús Redentor de las almas desea estar cerca de tí como padre, hermano ó amigo cariñoso. Él te bendice y te ama, y María Nuestra adorada madre te contempla con satisfacción... ¡Oh! ámala mucho á tan tierna Madre!..







## CAPITULO XXX

### Una diversión útil

Entre todas las diversiones la más útil é instructiva y la menos peligrosa, es á mi parecer, el viajar, ó sea, no tanto el ir de un lado á otro, como el observar y meditar las diferencias casi infinitas que hay entre un país y otro, entre las costumbres y aun entre las personas.

La rapidez y facilidad de los medios de transporte que tenemos hoy, quitan ó por lo menos hacen más difícil una observación profunda.

Como en muy pocas horas se recorren largas distancias, nos contentamos con visitar y admirar grandes ciudades y soberbios monumentos; y en cambio no nos fijamos ni en la vegetación, ni en la agricultura, ni en la índole de los idiomas y dialectos, ni tampoco en los habitantes.

Nuestros abuelos se movían menos que nosotros, porque entonces era una cuestión de estado pensar en un viaje que hoy se hace en pocas horas. Sin embargo ellos se daban más cuenta que nosotros de sus viajes, porque lo que es útil y provechoso no es lo largo de la excursión, sino el modo de hacerla, ó mejor dicho el modo de razonar, observar y reflexionar.

A veces te sucederá hablar con alguien que haya viajado mucho hasta por el extranjero y sin embargo no sabe hablarte más que de la plaza mayor, de la

catedral, del más soberbio teatro. Solo conoce los sitios que ha visitado, un poquito más que si los hubiera visto pintados.

Otro en cambio que ha hecho un viaje muy corto, encuentra tanto de que hablar y escribir, que nos convence lo mucho que ha disfrutado y le ha aprovechado su breve excursión más que al anterior, que ha recorrido el mundo. Esto pues, debe servirte de norma si tienes la dicha de hacer largos viajes, y de consuelo si tienes la aparente desgracia de solo visitar las cercanías de la población donde vives.

Dos jóvenes van reunidas á pasear, en una hermosa mañana de primavera, por las faldas de un monte ó por un bosque. Una de ellas encuentra el camino muy pesado, monótono y sin atractivo alguno. La otra por el contrario, se para estática, todo le gusta y todo lo admira; observa las hermosas flores del campo, la fantástica posición de los peñascos, la profundidad del valle; y la entusiasma el murmullo del riachuelo que rompe sus plateadas aguas contra las piedras que intentan impedir ó retardar su curso. En todo encuentra aquel delicado corazón motivo de dulce entusiasmo y de sincera gratitud hacia aquel Ser Supremo que por todas partes ha lanzado un algo que refleje su Majestad y hermosura.

Y me preguntarás. ¿Por qué la naturaleza no ha tenido para las dos jóvenes el mismo encanto? ¿Por qué la una se aburre y siente el trabajo, y la otra disfruta y acaricia la dulce impresión que experimenta? Aquella está acostumbrada á verlo todo con ojo superficial; esta á profundizar, á meditar y buscar el por qué de las cosas y de la existencia de ellas, y á buscarlo en Dios

Ahora bien, todo el que intente alejarte de Dios, quiere alejarte de todo lo que es bello, bueno y virtuoso.

so; porque no existe nada, ni bueno, ni bello fuera de Él. Alerta pues, si no quieres ser engañada.

Es preciso confesarlo: una de las diversiones más útiles y provechosas si sabemos hacer buen uso de ella, es el viajar; es útil al cuerpo por el ejercicio y cambio de aire; es útil á nuestro entendimiento por los nuevos conocimientos que adquiere, y es útil al alma por los nobles sentimientos que despierta en nosotros, porque viajando se manifiesta constantemente Dios á nuestros ojos en la majestad y en la multiplicidad de la creación.

Asi pues, si á costa de la absoluta privación del lujo, del baile, del teatro, puedes procurarte la distracción de ver tierras nuevas, te animo y te aconsejo que renuncies á todo otro pasatiempo por el mejor de ellos, que es el viajar. ¡Oh! te aseguro que jamás te arrepentirás de esto, siempre que sean acompañadas tus escursiones, por una observación profunda y concienzuda de los hombres y de las cosas; por una observación que te haga amiga de Dios y amante fervorosa de sus infinitas perfecciones.

Es verdad que no todas pueden procurarse este gran placer; pero no se crean por esto desdichadas: tenemos libros muy buenos y con ellos podemos viajar con el pensamiento; pues están tan bien escritos y detallados, que su lectura es tan provechosa y tan fecunda de útiles nociones y saludables enseñanzas, como el viajar realmente.

Escucha pues mis consejos: si puedes disponer de dinero, prefiere á todas las distracciones y gustos el de ver nuevas tierras; pero si realmente no puedes salir de tu casa, estudia ante todo el país donde vives y después con la ayuda de personas cultas, sabias y cristianas, hazte de nociones y de libros que te lleven á lejanos países, á playas desconocidas.

De este modo satisfaciendo y enriqueciendo tu inteligencia, enriquecerás tu espíritu con todo lo más bueno, con Dios, fin sumo y único de toda indagación, de toda ciencia y de todo suspiro.

Las jóvenes que pertenecen á familias modestas, que cuentan con escasos recursos y por esto no pueden disfrutar de las emociones de un viaje, si escuchan mi consejo quedarán muy contentas. En vez de gastar el tiempo en niñerías ó lo que es peor en malas lecturas, procuren dedicar el que les sobre de las ocupaciones de la casa, á este ejercicio inocente, fructuoso y meritorio; sí, *hasta meritorio*, si os proponéis buscar á Dios siempre y en todas partes: Dios, estad seguras, se hará encontrar; os estrechará y os colmará de las más escogidas bendiciones para la tierra y para el cielo.

Ni viajando realmente, quiero que te creas dispensada de pensar en Él, de observar su santa ley y visitarlo en sus Iglesias.

Nadie te prohíbe que admires en los templos las esculturas, pinturas y demás maravillas de hombres célebres que en ellos se encierran, pero siempre después de postrarte ante el sagrario y adorar al Ser supremo.

Tu adoración sea cortita si quieres; pero hazla siempre, porque todo cristiano es deudor en todas partes de buen ejemplo, y además que no eres tú una cristiana cualquiera; sino que eres ó debes ser un ángel en la familia con tu piedad, buen ejemplo y virtud siempre, aun cuando te encuentres en un país nuevo.

Ni tampoco podrás olvidar el altar de la Santísima Virgen; te haría una ofensa con sólo pensarlo. Que si por estar entre personas forasteras ó desconocidas, el innoble y vil respeto humano por un momento te hiciera avergonzar de doblar tus rodillas ante Dios, que está vivo y realmente en el tabernáculo, piensa en la

vergüenza de tu flaqueza; piensa que el Ser Supremo tiene derecho á tu adoración y á tu amor, y acuérdate del Cielo: y entonces lo terreno se despojará á tus ojos de todo prestigio; tu mente y tu corazón volarán hacia esa región infinitamente más bella, que ninguna otra, donde ya no habrá luchas ni tentaciones, ni sacrificios; sino solo alegrías y alegrías celestiales que embriagarán tu alma.

Si los intereses ó las desgracias te han alejado de tu patria, consuélate: también en el destierro encuentras si lo buscas, á Jesús con su corazón lleno de amor y de piedad... Él ha derramado por todo el mundo un rayo de su hermosura, de su poder. Pero también nos dice que el mundo no es nuestra patria..., arriba tenemos que levantar nuestros corazones. Nuestra patria eterna es el Cielo, esforcémonos en conseguirlo.





## CAPÍTULO XXXI

### Las paredes domésticas

Dios envió sobre la tierra á su Divino Hijo, que después de treinta y tres años de vida retirada, de predicación y de sufrimientos, murió sobre el infame madero de la cruz. Pero el corazón adorable de Nuestro Redentor, no quiso ni pudo dejarnos sin apoyo. Quedó pues heredera de su autoridad y de su ley la santa Madre Iglesia. Después de haber resuscitado y subido á los Cielos, envió sobre Ella al Espíritu Santo para iluminarla é inflamarla con su misma luz y con su mismo fuego.

La Iglesia aceptó el precioso encargo y cumpliendo fielmente con él seguirá hasta la consumación de los siglos, siendo nuestra piadosa Madre y Esposa de Cristo.

Ella con su ternura nos recoge pequeñucos para lavarnos en las aguas regeneradoras; más tarde nos fortifica con el santo Crisma, nos purifica con la penitencia y nos sustenta con el pan de la vida en cuanto las pasiones empiezan á despertarse y á intentar variar nuestra fe y desterrar nuestra virtud.

Si nos inclinamos al estado del matrimonio, Ella santifica nuestras bodas con su maternal bendición, y en nuestra última hora nos unge con el santo Oleo para devolvernos la salud ó aliviar nuestros dolores en la agonía, haciéndolos meritorios para el Cielo.

Con su Sacramento ordena los sacerdotes, imponiéndoles la obligación de que conserven la preciosa herencia y la de enseñarnos, consolarnos y bendecirnos en vida, en muerte y de rogar por nuestra alma después de morir.

La Santa Madre la Iglesia tiene un corazón conforme al de Nuestro Salvador. Ella no se contenta con sólo bendecirnos, sino que quiere también bendecir cuanto nos pertenece, rodea é interesa, y por eso en la festividad de la Pascua de Navidad según el rito Ambrosiano, y en la Resurrección según el Romano, viene Ella misma á las casas de los fieles á bendecirlas, á alejar el espíritu de las tinieblas rociando de agua bendita las paredes é invocando sobre ellas y sobre sus habitantes la santa paz y una perpetua alegría.

Créeme amiga, si nosotros no nos hacemos indignos de ellas, jamás se pierden las bendiciones de Dios, ni las que la Iglesia en nombre y por la autoridad del mismo Jesucristo, da á nuestra casa, á nuestro lecho, á nuestra mesa y no dejarán de producir sus benéficos frutos si sabemos aprovecharnos.

¡Oh! sí, es tanta y tan grande la influencia que ejerce sobre el corazón humano el aire que sopla en las benditas paredes de la propia casa, que es capaz de transformarlo y mejorarlo. Si tú hicieras la prueba, estoy segura que me darías las gracias, después de darme la razón, y sin pena alguna darías un adiós para siempre á los teatros, á los bailes, á las conversaciones, al lujo á todo en fin lo que pretende llevarte fuera de tu casa y de las costumbres pacíficas en las que encuentras inefables satisfacciones.

Dios está en todos lados, esto es de fe, y la misma razón nos lo confirma; sin embargo Él reina más particularmente como Padre, como Amigo, como Consolador en su casa y en las nuestras, ó sea en la Iglesia,

desde el Santo Sacramento y en medio de nuestras familias con su bendición, con su paz.

Amemos pues mucho á Nuestro amorosísimo Padre de quien nos viene todo; y amemos también las paredes de la casa, cual asilo natural que Él mismo nos ha destinado; y entonces la paz y la tranquilidad quedará imperturbable en nuestro corazón en las diferentes circunstancias de la vida.

Cualquiera que sea tu condición rica ó pobre, elevada ó modesta, reconcentra tus afectos, tus derechos, tus deberes, tus necesidades en tu propia casa: ella sola tiene virtud para destruir el mal y fomentar el bien; mientras que las demás casas obrarán sobre tí, lo contrario, es decir fomentarán el mal y destruirán el bien. ¿Y aún dudarás en tu elección?

Si tu corazón es noble y delicado apreciará y disfrutará de la alegría pura y santa del beso de tu madre, de las caricias de tu amoroso padre y nunca del placer de una conversación peligrosa, de un espectáculo indecoroso ni de ninguna diversión mundana.

¡Oh! si pudiera enamorate del retiro, de la vida sencilla, hacendosa y de la casa... sería recompensada abundantemente en todos mis trabajos y de mis constantes temores de no saber presentarte la verdad bajo su verdadero aspecto, hermoso, obligatorio y lleno de consolación y de paz.

Y si tú, aún amando tiernamente la intimidad y alegrías de tu familia, te vieras obligada alguna vez á dejar las paredes de tu casa y participar de los pasatiempos febriles del mundo, lo harás sin apego, sin pasión.

Lo mismo que el peregrino, que á pesar de haber probado los dulces y ricos dátiles del desierto, no olvida su patria, ni los echa de menos cuando vuelve á su país; por el contrario aún mientras está saboreando aquella exquisita fruta, piensa en el pan de su casa, porque si



se encuentra lejos de ella con la persona, ha dejado y busca allí su corazón.

En los muros del hogar se despiertan los más agradables recuerdos, también se despiertan amargas penas por dolorosas perdidas; pero á estas dulces memorias van unidos santos afectos, suaves emociones.

Aun los muebles viejos de la casa donde hemos nacido, ó donde nos ha colocado la Providencia, nos transmiten una herencia preciosa de reproche y de estímulo.

No lo dudo que quien respeta y ama su propia casa, tiene un alma noble capaz de las más heroicas acciones; tal vez él podrá olvidar por poco tiempo á su Dios; pero Dios está siempre dispuesto á protegerlo, porque reina en su casa y no pasará mucho de que Él lo haga volver á la fe, y á su amor. Sean para tí siempre, amiga mía, las paredes de la casa, estímulo y jamás te produzcan fastidio: así asegurarás la tranquilidad á tu conciencia, la paz á tu corazón y la dicha eterna á tu alma. ¡Oh, ámalas, ámalas mucho!.....





## CAPITULO XXXII

### La salud es un hermoso don

Sobre este argumento no hay quien contradiga; porque todos aún los que niegan la existencia de Dios la necesidad del alma, de una religión y hasta de la propia existencia, están de acuerdo en afirmar que la salud es un hermoso don.

Sin embargo aunque los otros, los materialistas y racionalistas convienen con los católicos en que la salud es un don precioso, no se creen obligados á adquirirla y conservarla con el mismo interés y constancia, porque consideran al hombre como solo materia.

Así pues, la misma materia, que envuelve el alma que ellos niegan, pierde mucho de su propia importancia. En cambio hay un mandato terminante que obliga al católico á cuidar de su cuerpo, por que sabe está destinado á resucitar glorioso, para reunirse con su espíritu y gozar con él de una dichosa eternidad.

El libre pensador, entregándose al desenfreno de sus violentas pasiones, gasta su salud; pero cuando ya la ha perdido, cae en el apocamiento ó en la más cobarde desesperación; se vuelve ó pusilánime ó temerario, temiendo exageradamente una cura, una operación difícil, ó esponiéndose á una imprudente, bajo el pretesto que quiere *curar ó morir*.

Esta absurda teoría «*ó curar ó morir*» reduce al pobre hombre que hace alarde de libre pensador, á la

más detestable esclavitud de sus propias pasiones, de su exaltada imaginación, ¡ay! á veces lo arrastran hasta el horrendo delito de quitarse la vida, esa vida que Dios le ha dado para que lo sirviera y así ganara una eternidad dichosa; y sin embargo por su propia y deliberada voluntad se arroja al fuego eterno donde ya no hay esperanza ni salvación alguna.

El cristiano cree que la salud del cuerpo es de menos importancia que la salud del alma: él sabe que muchísimas veces Dios le quita la primera para darle ó aumentarle la segunda; así pues, se resigna cristianamente á sufrir toda clase de dolores y sufrimientos teniendo siempre presente las promesas que Nuestro Señor Jesucristo hizo al que sufre en paz las desgracias y dolores de la vida, como triste herencia del primer pecado y como satisfacción de las propias culpas.

Entra amiga mía, entra conmigo en la morada de un pobre incrédulo fatigado por una enfermedad poco penosa y tal vez hasta poco grave. Si no está postrado por la fiebre y puede hablar, no salen de sus labios más que quejas y horrendas blasfemias contra el Ser Supremo, que aunque el desdichado lo niega, sin embargo sospecha de Él; contra los hombres, contra sí mismo, contra todos y todo. ¡Dios mío apiádate de ese desgraciado!...

Aparta tu mirada de tan feo y desgarrador cuadro y vente otravez conmigo al lado del lecho de una vieja enferma.

Conmueve la serenidad de su cara y de su corazón, en medio de los más violentos dolores y de los achaques propios de la vejez, exacerbados más y más por la escasez de recursos y por la miseria.

La pobre viejecilla se interesa por todos, y no murmura de nadie...

Me contaba un día, con voz muy conmovida, que

un militar vecino suyo que había perdido una pierna en la guerra, sin conocerla, la había protegido y defendido de los insultos de otros vecinos libertinos que pretendían prohibirle hasta que rezara en voz alta el Santo Rosario.

La pobrecita amaba con ardiente caridad cristiana al soldado que ni aun conocía, y como tributo de agradecimiento rogaba mucho á Dios por él. Y he aquí que cae enfermo y la buena vieja con santa industria envió un sacerdote á su cabecera; pero á pesar de no rechazarlo, se le tuvo á cierta distancia.

Se agraba en la enfermedad y las oraciones también se redoblan; los masones cercan el lecho del enfermo para arrancarle su último testamento en el que declare no ser católico y no querer por tanto ser visitado por ningún sacerdote. Pero no; en la habitación inmediata, la pobre señora vieja, olvidando sus dolores y sus necesidades, sigue invocando la misericordia y la gracia de Dios y no puede por menos de ser escuchada. ¡Oh! si la gracia no puede tardar.

En efecto de pronto el enfermo se sienta en la cama y suplica á los compañeros que lo dejen solo, y en seguida dice al único que ha quedado que corra á buscar el médico; y mientras con voz conmovida, llama á la mujer y le ruega haga venir á un sacerdote, con el que confiesa, hace abjuración de todos sus errores y recibe la absolución, la bendición y el Santo óleo.

Convertido el incrédulo, bendice sus dolores, sus penas y levanta su mirada al cielo para que perdonado de sus culpas, sea admitido á la eterna Bienaventuranza; y á los pocos minutos su alma reconciliada con su Criador, rompe los lazos que la atan á la tierra y vuela á cantar las infinitas misericordias de Dios.

Los sectarios furiosos blasfeman á la puerta del antiguo compañero; pero ya sobre el lecho solo encuen-

tran un cadáver, su alma se ha salvado. Oh! ¿quién puede medir la misericordia infinita de Dios? ¿Quién comprender sus impenetrables designios?

El valiente soldado había practicado piadosamente un sentimiento de humanidad y el Señor que jamás deja sin recompensa ninguna buena obra, escuchó las plegarias de la pobre enferma y quiso suavizar sus angustias con una firme esperanza, con una solemne promesa.

El le concedió lo que le fué negado á Voltaire; que cuando á la hora de la muerte pedía un sacerdote los Enciclopedistas que rodeaban su cama, no lo consintieron y el desgraciado, que había abusado en otros tiempos de la gracia, moría desesperado.

¡Mas ay! ¡Por qué te he afligido con una escena tan cruel! Piensa hija mía, piensa en la viejecilla, y tampoco olvides aquel bravo soldado, cuya muerte fué alegrada por la sonrisa de la fe, y la calma volverá á tu corazón y se aumentará en tí la necesidad de rogar por los incrédulos, por todos los pecadores aún por los más óstnados.

Sí, roguemos por todos: la oración une los ánimos, los reconcilia con Dios sumo y único Bien, al que debe aspirar toda criatura humana.

Recomendemos también al Señor la salud del cuerpo, don suyo precioso; pero nunca olvidemos que es un bien pasajero y sólo sirve como medio para conseguirnos la vida eterna. No equivoquemos el medio con el fin, el camino con el término.

El Señor para advertirnoslo y recordarnoslo permite á veces que nos visiten las enfermedades y quizás tú también te ves atormentada por algún mal; pero gracias á Dios eres creyente, eres piadosa, eres hija de la Reina de los Mártires, y las lágrimas que arrancan de tus ojos los dolores del cuerpo, encierran la dul-

zura que nace de la fé, de la piedad, del amor santo: ellos harán brotar en tu corazón las virtudes más santas, atraerán sobre tí las más hermosas bendiciones, capaces de derramar sobre toda tu vida un bálsamo benéfico.

Es verdad que se te presentarán dificultades grandísimas en el ejercicio constante de una santa resignación; por que la carne se subleva y quiere dominar al espíritu; sin embargo si el sujetarla te costará trabajo este será origen de gozo y bendición; no sólo para tí y para quien te rodea sino también para todos aquellos por quienes tú pedirás á Dios.

Una falsa compasión ó una falaz esperanza podría alejar de nuestro lecho los auxilios cristianos en nuestra última hora y entonces ¡ay!.. se nos quitarían los consuelos inefables que esperamos acompañen nuestro último suspiro!.. Pero no, tú y yo hagamos desde ahora un pacto de hacer llamar nosotras mismas al Ministro de Dios, enseguida que nos amenace una enfermedad ó nos atormente una fiebre alta. Sí, hagamos este pacto, este firme propósito, y el Señor lo tendrá en cuenta y por su Misericordia infinita hará que nuestra última hora sea alegre por haber alcanzado su perdón y su bendición y alimentados de sus carnes inmaculadas pasaremos desde este valle de lágrimas á la eterna Bienaventuranza.

O Jesús mío, Ostia purísima de paz y perdón, aliméntame con frecuencia en mi carrera mortal, sé mi consuelo y mi sostén en los dolores de mi última enfermedad, sé mi conductor en este grande y último trance! Dame paciencia, fortifícame con tu santo amor y haz que olvidándome de este cuerpo de pecado, sufra resignada los dolores y las penas todas siempre pensando en el Cielo.

María, madre mía, traed á mi cama, á vuestro divi-

no Jesús, y Vos que con tanta ternura cerrásteis los ojos á vuestro purísimo esposo, cerrad también los míos, cuando mi alma rompa estos lazos que la atan.

Y vos, mi querido San José, que sois el protector de los agonizantes, escuchad las súplicas, que en la plenitud de mis facultades os hago para que no me desamparéis en aquella última y terrible hora, y haced que entregue á Dios mi alma, invocando de lo más íntimo de mi corazón los nombres dulcísimos de Jesús, María y José para volar al seno de Dios.





## PARTE CUARTA

---

### UN POQUITO DE TODO

---

#### CAPÍTULO I

##### Confianzas íntimas

Aquel filósofo, ó sabio que no acepta los misterios de Nuestra Santa religión, sólo por que no los comprende, que me explique pues, si sabe, el gran misterio de este laberinto, que se llama corazón humano, y si él llega á hacerlo, me obligo desde ahora á consentir y encontrar razonable su manera de pensar y obrar.

Pero no, nadie lo ha hecho, ni lo hará jamás, por que nuestro corazón es un conjunto de buenas y perversas inclinaciones, es un cúmulo de los más opuestos sentimientos.

¿No hemos visto muchas veces cumplir una acción buena, hasta heroica por alguien que ha sido tenido por egoista, y por el contrario no hemos tenido que reconocer egoista á otro que antes creíamos generoso y delicado?

Esta reflexión debe llenarnos de Santo temor, mi querida; pues también nosotras podemos caer en cualquier baja...

Pero consolémonos; el Señor nos asegura que cuan-



do sentimos y reconocemos nuestra miseria, *todo lo podemos en Aquel que nos conforta!* ¡Consolémonos!

Nuestra Religión, si no nos explica del todo, nos hace empero creíbles y razonables los misterios que Ella presenta, no á nuestro juicio, sino á nuestra fe! ¡Consolémonos! A la luz de esta fe santa, vemos disiparse las tinieblas de la incredulidad y obscuridad que rodean al misterio y vemos expresada en Dios, Ser infinitamente superior á nuestra capacidad, la razón y lo razonable de la existencia de misterios superiores á nuestro entendimiento.

Demos pues gracias á nuestro Criador, á nuestro Padre, que librándonos de las creencias supersticiosas de los paganos y de aquellos que el mundo llama ateos ó incrédulos, nos ha puesto en el número de sus verdaderos creyentes y nos ha dado por modelo colosos de santidad.

Sí, los hombres más ilustres que registra la historia, son los santos que con su elevado talento han doblado su frente antes las verdades de la fe, y han creído firmemente en ellas y humillados en su miseria, solo les ha servido la incapacidad humana de comprender el misterio, como prueba de la santidad de la religión á la que no puede llegar á explicar en definitiva, ningún talento, ningún genio humano. ¡Oh! dirijamos oraciones fervorosas y ardientes súplicas por todos los pobrecillos que no creen en Dios, Uno y Trino, en la Encarnación del Verbo, en la Virginitad de María, en la infalibilidad de la Iglesia y del Sumo Pontífice.

Sí, pidamos por todos. ¿No ves como ellos también sienten como nosotros, una fuerte necesidad de creer, de amar algo que sea más grande que ellos? Si así no fuera no podrías explicarte esa rara incoherencia de aquellos que aunque haciendo alarde de no creer en nada, se asustan luego de la fatalidad y se rebajan tan-

to, hasta temer las más ridículas supersticiones del *martes*, del *aceite ó sal derramada* y &, pues sería muy extensa si las nombrara todas; pero que parece imposible sean creidas por personas de alguna cultura.

Más entretenida hablándote, mi pensamiento y mi corazón me transportan más allá y necesito de todo el freno de la reflexión para no dejarme arrastrar por extensas digresiones: tanto me agrada el hablar contigo y comunicarte una idea útil, una enseñanza práctica. Y he aquí que sin aparcibirnos volvemos al primer punto de nuestra conferencia.

El corazón humano es un profundo caos, un verdadero misterio, un cúmulo de las más contradictorias inclinaciones, un impenetrable laberinto, si no es ayudado por Aquel, que ilumina á todo el que recurre á Él con verdadero deseo de ser escuchado y conducido por el recto camino.

Dios lo ha dicho y repetido: sólo es reservada la victoria al que legítimamente combatiera: y con esto tenemos explicada esa lucha interior entre el bien y el mal; con esto se nos dá una poderosa ayuda para sostener con valor la guerra en la seguridad que el mismo Dios nos preparará el premio, si luchamos como valientes.

Ahora bien, te lo he dicho muchas veces; no puedo nunca ponerme á escribir á tí ó para tí, sin antes recurrir á la Virgen bendita y sin haber hecho un esfuerzo para superar un gran temor y un peligroso desaliento.

Este sentimiento no he podido vencerlo nunca, ni ha bastado para tranquilizarme la buena acogida que han tenido otras producciones mías, ni la prometida á esta.

Sin embargo, mira que incoherencia, no sé decidirme á cerrar este libro sin antes retocar casi á manera

de epílogo, los argumentos más escabrosos é interesantes, presentarlos á tu imaginación y á tu corazón como testamento afectuoso y perenne.

Tal vez, hija del alma, volveré á ocuparme en tí, tal vez te acompañaré un día en tu nueva casa para seguirte en las tiernas aunque penosas emociones de esposa y de madre..... ¡Oh! lo que el Señor quiera de mí Él lo inspirará á mis superiores, á mi Director, y entonces obedeciendo á la sentencia que varias veces he leído en el Evangelio de S. Marcos: «*No queráis premeditar lo que tenéis que decir; mas lo que en aquel momento se os ocurra eso decid, porque no sois vos los que habláis, más el Espíritu Santo*», tomaré otra vez la pluma, y te diré cuanto el Señor me sugiera, sin cuidar á mi deseo, ni á mi repugnancia.

Sí, lo confieso, mientras me es muy penoso servirte de maestra y de guía, también me es muy triste separarme de tí, señorita católica, de tí que con amor me has seguido hasta aquí; respecto á las que han cortado á medias esta lectura, ni aun se aperciben de esta turbación mía, de este deseo de mi corazón!..

Pero un pensamiento de consuelo reanima mi espíritu; este me asegura que cuanto te he dicho no es cosa mía, si no de Dios, de aquel Dios que bueno y misericordioso con todos y en especial con los más indignos, me ha escogido como instrumento de su palabra.

¡Ojalá haya sido instrumento dócil en sus manos, como lo es la pluma en las mías!..

Hija del alma, si pues el Señor te ha hablado por mi conducto, tú debes escucharlo, debes prestar atento oído á su palabra; debes seguir sus enseñanzas que te harán más piadosa, más buena y por consiguiente más útil á tu prójimo, te mudarán en angel, te reforzarán en las luchas que el mundo, el demonio y la carne moverán contra tí.

¡Oh! escuche el Señor mis votos y te haga Angel en la familia, ferviente adoratriz de Jesús sacramentado, amante apasionada de su Corazón Sacratísimo, donde siempre encontrarás en aquel piélago de dulzuras, un consejo en tus dudas, un consuelo en tus temores, un estímulo en tus vacilaciones, una ayuda en las buenas obras, un obstáculo insuperable en el camino del pecado.

¡Oh! Jesús te haga feliz y no solo en esta vida que es pasajera, sino también en la otra que dura eternamente.





## CAPITULO II

### Una flor contrahecha

Una flor contrahecha es poco menos que un engaño: un engaño inocente si quieres, pero siempre engaño y nadie desconoce ni niega la casi infinita distancia que existe entre una flor hecha por la mano del hombre y otra tal, cual nos la ofrece la naturaleza.

¿Y no encuentras tú también duras, postizas, y sin perfume ciertas oraciones, ciertas costumbres sin vida, sin alma y sí solo practicadas para no interrumpir una larga tradición, y tal vez hasta una especie de moda?

Ciertas señoras y señoritas creen que les es obligatorio disfrutar del carnaval con todas sus fiestas, con sus escándalos; lo mismo que se creen obligadas á frecuentar los templos en Cuaresma y oír los sermones.

Atribuyendo la misma importancia á los bailes como á los sermones, ellas llevan á estos y aquellos un corazón ansioso de novedad, de elocuencia, de placeres: un corazón sordo á las inspiraciones del cielo, á la voz de Dios y por tanto incapaz de resoluciones virtuosas, de una enmienda radical, á no ser que el Señor les envíe una gracia extraordinaria ó un llamamiento especial.

Alrededor de los grandes predicadores, al lado de los oradores de grande elocuencia es verdad que llueven muchas gracias, porque la palabra de Dios es muy

fecunda y deja caer sobre el que la escucha con deseo ardiente de su propia perfección, un saludable rocío que lo purifica cada vez más y le dá fuerza para vencer los obstáculos que le ofrece el mundo y sus propias pasiones.

Pero es menester, amiga mía, pensar muy bien, que alrededor de estos púlpitos reina una verdadera tentación, que procura hacernos buscar y encontrar al hombre en quien ni es, ni puede ser el hombre, sino el enviado de Dios, su embajador.

Así sea un orador de gran nombre, se desanima y sufre al oír después de su sermón: *¡bravo, vaya una elocuencia!*; ¡que sabio, que elegancia!

No, este no es un elogio para él, pues no es el objeto del Apostol del Señor, despertar la curiosidad ó hacer alarde de ciencia y talento; sino conmover saludablemente los corazones, inducirlos á cambiar ó modificar su propia vida; en una palabra reformar santamente las costumbres y los sentimientos.

No quieras tú ser una flor contrahecha con solo apariencias y sin perfumes: no, lleva al sermón, á la oración, y á todas las prácticas religiosas, una voluntad seria, fuerte para hacer el bien y no ya un alma distraida, una voluntad incierta.

Corre si quieres á oír oradores de gran fama por su elocuencia; pero siempre dispuesta á oír también á los más inferiores. Muchas veces un humilde cura de aldea, suministra la palabra de Dios con mayor fruto que el más elocuente orador; y esto sirve para confirmar, que el Señor lo mismo infunde su Espíritu y su Gracia en las palabras del último de sus Ministros, como en las del más insigne Prelado. Y sean santos ó pecadores hemos de escucharlos siempre cuando nos hablan en nombre de Dios; y nunca seremos engañados si no miramos en ellos al hombre, sino solo á Dios.

Poco más ó menos, también me resultan flores contrabechas, esas que se glorian de sus pompas, asistiendo á la última misa de los días festivos. Exceptuando siempre casos especialísimos, porque sé muy bien que algunos no disponen de otro tiempo para poder ir á la Iglesia, como regla general digo y sostengo que no tiene ningún espíritu cristiano aquella especie de reunión elegante, aquel aparato lujoso de trajes y adornos en la casa del Señor, aquel esperar al último momento de la mañana para cumplir con el precepto.

Muchas veces sucede que á esta última misa llegan algunas personas cuando ya está empezada y tal vez el sacerdote va por la mitad; de manera que mientras se colocan y toman asiento, dejan el quitasol, el abanico ó cualquiera otro engorro que llevan, mientras se arreglan el vestido, abrochan los guantes y hacen algún saludo, (cosas impropias del templo), llega el momento de salir de la Iglesia sin haber siquiera rezado una sola oración, y mucho menos haber pensado en la majestad de la casa del Señor y en la grandeza del sacrificio que se ha celebrado.

Hija mía, no tomes tú la costumbre de ir á la última misa, y cuando á la fuerza debas ir, no pienses que aquella es la misa de lujo; abre tu libro, tu corazón; medita y reza con grande recogimiento evitando en absoluto la vanidad y la distracción.

Además ¿si una sola misa basta para satisfacer el mandamiento de la Iglesia, crees también que es suficiente para cumplir el Divino de santificar la fiesta?

Haz pues lo posible para escuchar también un poquito de sermón; si puedes visita al Santísimo Sacramento, que estará expuesto en alguna Iglesia, y sobre todo, contando con el permiso de tu discreto confesor, no dejes en todas las fiestas y solemnidades de alimentarte con el pan de los Angeles.

Tú eres y debes ser un ángel en la familia, en la sociedad; así es, que el pan de los Angeles debe ser tu alimento espiritual, tu suspiro, tu arma de defensa contra toda tentación.

Si no puedes hacerlo más á menudo, no dejes de ninguna manera pasar más de un mes sin purificar tu alma en las aguas de la *Penitencia* y fortalecerla en el banquete *Eucarístico*, pues de lo contrario tu espíritu se debilitará y más difícil te será alcanzar victoria.

¡Oh! Sé péus constante y fervorosa en tus oraciones de la mañana y tarde; en la meditación diaria, en rezar el santo rosario, y en todos los ejercicios de verdadera piedad y desprenderás tu corazón de la tierra y lo levantarás al cielo.

No quisiera te cargaras de demasiadas oraciones y practicas religiosas, que aunque son muy buenas en sí, conçluyen de serlo ó por lo menos no te resultan así, porque siendo demasiadas, son de pena para tí y no de dulzura y alegría.

Respecto de la práctica de tus ejercicios de piedad sujétate completamente á tu confesor, obedécelo como al mismo Dios, y cuida muy bien de nunca dar tu nombre á ninguna asociación aunque sea muy buena y santa, sin su consentimiento y su consejo.

Me queda una cosita que decirte y con franqueza quisiera que no la tomaras en poca estima, y es que perdemos mucho tiempo en lo inútil, mientras que podríamos emplearlo en algo bueno. Es este el único caso en que la avaricia pudiera ser virtud, y nosotros debemos ser santamente aváras de nuestro tiempo.

Tengamos siempre en nuestro costurero ó un en-cagito ó un bordado, para ofrecer á la casa de Dios.

¡Oh! cuanto disfrutarás al ver que adornas el Santo Altar con algún primor hecho por tus manos: allí



cerca del Santo Tabernáculo estará noche y día aquel representante tuyo.

Piénsalo bien, amiga mía, y economizarás todos los ratillos del día, y las horas invertidas en tan santos trabajos te llenarán de gozo profundo, y no así, si las malgastas delante de un espejo ó en conversaciones inútiles con amigas ó sirvientes.

Aun otra vez te repito con el mayor interés, no seas en nada flor artificial, pero mucho menos con Dios: conserva en tu corazón el perfume y la natural lozanía, si quieres que tus oraciones suban á su trono en olor de suavidad.

No puedo terminar este capítulo sin antes decirte una palabra contra las flores contrahechas ó mejor dicho venenosas, que matan ó por lo menos impiden el bien.

Me repugna mucho hablar de los *hipócritas*; pero tú tienes derecho á que por lo menos te los señale para que con facilidad puedas huir de tan horrible fealdad.

Nuestro amorosísimo Jesús que era todo amor y compasión por toda clase de pecadores, para todos tuvo palabras de dulzura, menos para los hipócritas.

Él reprendió siempre y con dureza á los que aparentan una piedad que no tienen y eso para obtener el honor del mundo ó poder llegar á engañar mejor á los demás. Él los llamó *raza de víboras, sepulcros blanqueados*. Esto baste para infundirte un santo horror contra la hipocresía que en sí misma encierra la más infame cobardía y criminalidad.

Así pues nunca, ni bajo ningún pretexto, no te hagas ni una señal de la Santa Cruz sin que á ella vaya unido un pensamiento de fe ó de amor; de otro modo tu plegaria hipócrita en vez de ser un suave perfume, se

mudaría en peste venenosa y vendrían sobre tí los castigos de nuestro Dios y Señor.

Amemos á nuestro Salvador, camino, verdad y vida con la sinceridad de nuestra fe y de nuestro corazón. Jamás nos hemos de manifestar diferentes de lo que somos en nuestro interior, y hemos de vivir de manera que entre nuestras acciones y nuestras convicciones no exista diferencia alguna. El Señor entonces, como lee en nuestros corazones agradecerá nuestras prácticas de piedad y escuchará nuestras oraciones.





### CAPÍTULO III

#### Necesidad de expansión.

Todos grandes y pequeños, jóvenes y viejos, buenos y malvados, todos sienten necesidad de expansión.

Nadie sabe sustraerse á esta especie de ley moral, exceptuando sólo los *egoistas*, que no necesitan comunicar á los demás un sentimiento, ni un deseo, porque ni lo tienen, ni lo sienten; están absolutamente vacíos de todo afecto.

Es cierto que las malas acciones hacen al hombre egoísta, y que noventa y nueve veces por ciento el egoísmo no tiene otro origen.

Sin embargo, si por una hipótesis imposible, se pudiera imaginar un criminal generoso y un egoísta caballero, y me encontrara en la dura alternativa de tener que elegir entre estos dos, ciertamente escogería con preferencia el criminal; porque en la generosidad de éste tendría siempre viva esperanza de una conversión, de una variación de vida.

El otro en cambio, si te amenaza la tempestad, se encierra como la tortuga en su propia casa y deja que todos los demás perezcan sin dirigirles ni una mirada de compasión.

Él ni piensa ni cree que muchas personas se olvidan de sí mismas para poder alargar la mano y socorrer á los demás, no cuidándose en absoluto de su propio peligro; ó si en esto piensa se encoge de hombros,

como si se tratara no de acciones heroicas, sino temerarias.

Algunas veces el egoísta parece se conmueve ante el desinterés y la generosidad de otro; pero si esto no proviene de un golpe de gracia del cielo, no te equivocas en creerla una conmoción nerviosa que lo divierte ni más ni menos como si fuera una representación teatral, pero que lo tiene muy lejos de imitar el noble ejemplo.

No quisiera verdaderamente hacerme pesada con mis digresiones; pero créeme, me parece desobedecer al Señor si no te digo, cuanto me viene á la imaginación respecto de las virtudes que debes seguir y los defectos que debes evitar.

Dejemos ya á un lado en nuestros razonamientos á los egoístas; pero conociendo la miseria y la infelicidad de ellos, que no saben interesarse por el bien ni por el mal de los demás, hagamos propósitos firmes de vengárnos ocupándonos en ellos siempre que podamos serles útiles.

Pero sobre todo hagamos muchas oraciones para que quitada de sus pobres corazones la venda que impide sus latidos, vivan de una vida que sea verdadera vida y no letargo, meritoria á los ojos de Dios, ventajosa para el prójimo y regocijada por mejores y más suaves satisfacciones.

Tú en cambio, querida amiga, dotada de una sensibilidad delicadísima ni exagerada ni imaginaria, te conmueves, te alegras, te afligés por una vicisitud tuya ó de otro, y por consiguiente sientes muy intensa la necesidad de confiarte á un corazón amigo, capaz de dividir tus emociones, de consolarte, de apoyarte...

No temas, yo no te condeno por esto. También Nuestro Señor Jesucristo tenía amigos y los amaba con ternura, y cuando lloró al hacer oración en el huerto de

las Olivas, suplicó á sus tres Apóstoles predilectos para que velaran con Él...

Así, pues, se te permite y hasta se te aconseja, tener una buena y sincera amiga, que ni te alabe ni te aplauda ciegamente, pero sí te corrija, aconseje y ayude á seguir el recto camino, y tú luego debes estar á la recíproca.

Admitido esto y hechas siempre las debidas excepciones, dime, ¿de qué proviene ese desorden de buscar siempre ó casi siempre, fuera de casa las amigas, cuando debieran encontrarse ante todo en la propia madre, después en las hermanas, que naturalmente como tienen común la sangre y el nombre, tienen también comunes los intereses, las relaciones y las necesidades?

La creo esta una llaga que poco se cura, porque poco se conoce; pero que necesitaría ser saneada para el mejoramiento de los individuos y por lo tanto de las familias y de la sociedad.

Por eso no olvides nunca que tus amigos naturales son tus padres y tus hermanos, que han sido puestos por Dios á tu lado para que tuvieras un solo corazón con ellos.

Es muy difícil que te engañen ó te olviden, porque teniendo la misma igualdad de intereses y relaciones, será un motivo más para la duración de la amistad que es tu sueño y tu consuelo.

Una amiga extraña es casi imposible pueda siempre estar cerca de ti, y por circunstancias de familia ó por larga separación, las relaciones se acabarían y el cariño se disminuiría, sufriendo así un desengaño más y en contrando en tu corazón un vacío que nada te podría llenar, porque un cariño verdadero ni puede morir ni morirá nunca.

No quiero con esto prohibirte toda amistad que no sea fundada sobre los vínculos del parentesco; lo úni-

co que deseo sujetar á tu consideración es que te conviene poner con preferencia tu afecto y tu confianza en la familia, porque nadie ha nacido para amarnos tanto como uno de nuestra propia sangre.

Por desgracia muchas veces la elección no puede caer sobre nuestras hermanas, por distintas causas, y especialmente por una invencible diferencia de inclinaciones, de costumbres, de capacidad.

Y si por el contrario se te presentara una compañera con singular semejanza á ti, ¿tendrás que perder la oportunidad de hacértela amiga?

Aquí tengo que poner como condición indispensable que siempre que tú escojas por amiga una compañera, debes elegirla buena, inmejorable sin excepción alguna, de modo que te sirva de guía, de consejera, de apoyo en el camino que lleva á Dios.

Entonces más difícilmente serás víctima de engaño y de olvido y apreciarás la verdad de las palabras de la Sagrada Escritura: *«quien ha encontrado un amigo fiel, encontró un tesoro»*.

Si, pues, una hermana tuya ó una compañera te escogen por amiga suya, procura ser para ella un verdadero tesoro, alejándola del mal con tu ejemplo y consejo y estimulándola al bien, sobre todo evitando las grandes como las pequeñas murmuraciones, que son el mayor enemigo de la reputación del prójimo y de nuestra propia virtud.

Si entre mis lectoras alguna se quejase de no tener ya madre á cuyo corazón poder confiar las ansias y penas del suyo, ni tener una hermana, una amiga y sentirse sola en el mundo... ¡Oh! con toda el alma le ofrezco mi amistad. ¡Sí, yo contestaré á sus palabras, á sus cartas y la aseguraré de mi sincero afecto!...

Pero aun otra vez hemos de confesarlo. ¡Qué bueno es nuestro Dios! Él nos ofrece su corazón dulcísimo,

nos invita: «*Venid á mí todos*»; sí, Él nos llama para que en su Corazón Divino desahogemos el nuestro.

¡Oh! todos pues, todos, aunque tengamos la suerte de vernos rodeados por personas que hasta serían capaces de dar con alegría la vida por nosotros, hemos de correr á Jesús.

Él es el amigo infinitamente más fiel, más tierno y más poderoso que cualquiera otro, porque puede todo cuanto quiere; mientras que las criaturas todas, aun deseando servir al amigo, se encuentran imposibilitadas por miles obstáculos.

Corre á Jesús, escucha la palabra que Él sugiera á su Ministro para que te la comunique: escucha lo que Él te dice en la meditación, lo que te comunica cuando estás á los pies de sus altares en devota oración. Él es un amigo que ni quiere ni puede hacerte traición. Es un amigo que, no necesitando nada en absoluto para sí, todo se dedica para tu bien.

Abre á Él tu corazón, cuéntale todo: *Él tiene palabras de vida: tiene un agua que quien bebe de ella no tendrá sed jamás.*

Él te busca, te sigue, está siempre á tu lado, no te abandona ni un solo momento.

¡Oh, si necesitas expansión con nadie puedes hacerlo como con tan buen amigo!... Vamos juntas á esta fuente de inefable gozo; en ella se encontrarán nuestras almas, se abrazarán, se amarán con un amor puro, virtuoso, santo, meritorio; con un amor que ni el tiempo ni las vicisitudes debilitarán jamás, porque teniendo sus raíces en Dios, vivirá como Dios eternamente.



## CAPITULO IV

¿Quien es el último para hablar?

Tengo muy buena opinión de tí; y si ya no eres, quiero absolutamente que te transformes en un Angel de bondad, de dulzura, de abnegación y el Señor te ayudará para que te sea menos difícil el ejercicio de la virtud, haciéndote probar las mayores satisfacciones y coronando con feliz resultado tus esfuerzos.

Pero mientras vivamos en esta tierra de pecados y de dolores, sería falso el negarlo, la virtud cuesta trabajo y mucho, por que el premio prometido á los que luchan no se les da antes, sino después; si así no fuera nuestra virtud, no tendría derecho á premio, por que ya hubiera tenido su recompensa en las dulzuras del espíritu.

Sin hacer juicios temerarios me es lícito sospechar que tú también algunas veces cometes algunas faltillas y eres reprendida por tus padres ó por tus mayores.

A veces merecerás la reprensión, otras quizás no; pues quisiera que en todos los casos te portaras bien y nunca fueras ni cínica, ni iracunda, ni soberbia, ni la última en hablar.

El *cinismo* se asemeja mucho al egoismo de el que hemos hablado bastante, sin embargo es necesario advertas aquí su gran fealdad y el horror que debe causarte.



Si por ejemplo tu madre te riñe y tú haces como si no te apercibieras, y á los pocos minutos cantas ó ríes, como si no hubiera pasado nada, sería la tuya una falta muy grave, imperdonable; pero no quiero ni puedo suponerla ni por un sólo instante, por que te haría muy poco favor.

La *ira* se llama con mucha razón *rabia*, para demostrar que por ella el hombre se hace semejante á la bestia, y á la bestia no siquiera en su estado normal, sino cuando está atacada por la más terrible de todas las enfermedades.

¡Oh, qué horrenda pasión es la ira! Si desgraciadamente llega á echar raíces en nuestro corazón, se hace difícil arrancarla y destruirla, porque encierra instintos brutales y nos hace esclavas del imperio de las pasiones.

Si delante de los ojos de un iracundo, en el golfo de su brutal vicio, se le pusiera un espejo, sería una medicina infalible, porque viendo reflejada la alteración de su semblante que reproduce sudeformidad moral, cuando se deja arrastrar de tan mala pasión, se avergonzaría de sí mismo y se corregiría.

Pero tú quieres mucho á tus mayores y estimas bastante en ti el noble carácter de cristiana, para rebajarte tanto, dejándote dominar tanto por la ira: tengo la seguridad que en cuanto sientas en tu interior algún movimiento de impaciencia lo reprimirás y te esforzarás en sujetarlo al espíritu, abriéndote así ancho camino para la más completa victoria.

Al principio te subirán llamas á la cara, y tus ojos parecerán que se oscurecen por un instante; pero muy pronto volverás á serenarte, si venciendo el ímpetu de la pasión te haces fuerte sobre ti misma.

La costumbre de este freno te hará algo más fácil el triunfo sobre el más grande enemigo que es tu per-

versa voluntad; mas no te hagas ilusiones, aquel esfuerzo te costará siempre trabajo y será meritorio hasta tu último suspiro.

Aquel famoso atleta del cuarto siglo, San Gerónimo, había llevado una vida penosa y laboriosísima en la soledad de la Palestina, y se había mortificado rigurosamente hasta los últimos días de su carrera mortal; sin embargo, se sentía algunas veces acosado por algún movimiento interior de ira, porque no había aun llegado á vencerse completamente á sí mismo.

Entonces se echaba con el rostro al suelo y llorando exclamaba: *Perdóname, Señor, porque soy indomable*, como si quisiera demostrar que la firmeza de su voluntad no había bastado para dominar su carácter vehemente.

Nosotros también hemos de echarnos á los pies de Nuestro Divino Salvador, cuando nuestras potencias intentan subyugarnos, y Él que es nuestro amigo, hermano y esposo, aceptará benigno nuestros esfuerzos y nos los contará como méritos, aunque estemos obligados á ellos.

Otro miedo tengo, y es que no quisiera que, abusando de la suma bondad y ternura de tus padres, les faltaras al respeto debido y pretendieras ser la última en hablar cuando ellos te corrijan.

Y aquí viene de molde la pregunta hecha por Nuestro Divino Redentor: *¿Y quereis vosotros ser malos, porque yo soy bueno?*

¿Porque tus padres no te tienen sujeta á cierta distancia como se acostumbraba en los pasados siglos y hasta hace muy poco; porque no exigen que tiembles á su presencia, sin atreverte á levantar la mirada del suelo, porque te abren amorosamente los brazos y te estrechan contra su pecho y te demuestran el tierno amor que te tienen... te será lícito afligirlos con tu in-

subordinación, con tus indecorosas contestaciones?  
*¿Y queréis vosotros ser malos, porque yo soy bueno?*

¡Ah! amiga del alma, tal vez hoy me encontrarás un poco dura, porque pongo el dedo sobre la llaga y salta un humor nuevo para ti y que te da asco; pero créeme, aunque te moleste esta manera franca con que te hablo, no es guiada más que por el deseo que tengo de que jamás tu hermosa alma sea víctima de ninguna manifestación de orgullo, de ira y de insubordinación.

Cuanto más estimamos y queremos un objeto, tanto más deseamos verlo y conservarlo limpio hasta de las más pequeñas manchas, ¿Y habrá otra cosa más preciosa y estimada, que el corazón de una joven, donde están puestas todas las esperanzas de la familia, de la sociedad, de la patria y más particularmente las de Dios y de la Iglesia Católica?

No, no quieras nunca ser la última en hablar, aun cuando creas tener razón; porque no es la última palabra dicha con orgullo, la que pone en evidencia tu razón y la equivocación de los otros. Aunque así fuera, no te es permitido conseguir tu objeto con un medio ilícito, indigno de un cristiano, y mucho más indigno de una joven que quiere, debe y puede ser el ángel de la familia y de la sociedad.

Sobre este propósito oí una vez á un predicador decir, que tenemos que hacer con nosotras mismas, como con el café. Si se sirve en ebullición resulta imposible de tomar, feo y revuelto; mientras que si se deja reposar un poco tiempo y hasta se le ayuda con una poca de agua fría se clarifica en seguida y resulta una exquisita bebida, gustosa y confortante.

Lo mismo sucede con las palabras que pretenden salir de nuestros labios en un momento de calor; en vez de aclarar comprometen la cuestión; mientras que si dejamos que se enfrie la pasión y vuelva la calma á

nuestra alma entonces subirá á flote la verdad, como el aceite en el agua y se nos hará justicia, si la merecemos:

Si alguna vez el Señor permite que te acusen injustamente, súfrello en paz como reparación de aquellas otras faltas tuyas desconocidas y no vistas de los hombres; y si tu pena la ofrecieres al Señor entonces se mudará en alegría.

Tu discreción en recibir las reprensiones templará la dureza, te rodeará de afecto y simpatía y hará más suave y delicada la palabra de quien quiere corregirte.

Ya te lo he dicho otra vez y ahora te lo repito. Nunca te disculpes con una mentira, cuando has hecho alguna falta, porque esta es el arma de los cobardes. Confiesa claramente tu distracción ó tu culpa, pide humildemente perdón no solo á Dios, sino también á tus superiores y estos serán desarmados por tu misma sinceridad y dulzura. No tendrás remordimiento de haber hecho recaer sobre otro una culpa tuya y al mismo tiempo la gran satisfacción de haber vencido tu pasión y tu amor propio.





## CAPITULO V

### Los últimos serán los primeros

El hombre ambicioso desea y busca los primeros puestos en la sociedad; pero si no los consigue por verdadero mérito, tarde ó temprano cae de aquella altura y su caída lo hace ridículo. Sin embargo el Señor permite á veces que los orgullosos suban hasta lo más encumbrado de la escala social, rodeados de los aplausos de todos, porque se reserva el derecho de arreglar después las cuentas allá arriba, y deja que pasen la vida disfrutando del favor popular.

Quien mira y considera al hombre sólo por la parte material, califica esta como una verdadera suerte; pero quien aprecia los intereses del espíritu, la reconoce como la más terrible de las desgracias después del pecado.

Con esta suerte mundana, el hombre orgulloso se llena cada vez más de su propia soberbia, olvida su origen, sus deberes y hasta su salvación eterna. Después al orgullo que nos hace creer mejores y más perfectos que los demás; á la ambición que nos hace aspirar á las riquezas, á los honores, á la fama, se une la vanidad, menos culpable si se quiere, pero no menos pernicioso por las innumerables ocasiones peligrosas á las que nos expone.

Por lo regular el *orgulloso* y el *avaro* son castigados en sí mismo con el mal éxito de los propios pro-

yectos y con el buen resultado y triunfo de los demás; pero como la vanidad se conforma con muchísimo menos, raro es quien le quita la satisfacción de un elegante vestido, de un adorno gracioso, ó de un dicho ocurrente.

No olvides, hija mía, que la *vanidad* es lo más necio que hay; pues créeme, nadie resulta hermoso ni agradado cuando tiene pretensión de quererlo ser, y al contrario no hay quien resulte feo ni antipático, cuando está desnudo de toda pretensión.

Por esta razón las mujeres y en particular las jóvenes no son nunca tan hermosas como cuando están de trapillo, según suele decirse, naturales y sin pretensiones; porque cuando están vestidas de gala es muy fácil que tomando cierto aire de importancia se despojen de aquella sencillez que es nuestro mejor adorno.

No quiero con esto aprobar, ni en lo más mínimo la despreocupación en las jóvenes y daría prueba de no entender mis palabras quien de ellas sacara pretexto para ser desaliñada.

Ya lo dije anteriormente y aquí lo confirmo é inculco de nuevo, que una señorita no puede ser tenida en buen concepto, si no conserva en su persona una suma limpieza y una elegancia sencilla.

Pero la vanidad lleva en su mismo nombre la condena, porque *vano* significa *vacto*, y *vacto* ¿qué significa? Pues entonces hemos de hacer propósito firme de rechazar la vanidad, lo mismo que debemos combatir contra nuestro orgullo, ambición y amor propio.

Y á propósito de amor propio, es preciso pararnos un poco sobre él, pues te aseguro que entiendo esto demasiado.

El *amor propio* impide el curso de las buenas obras, destruye en poco tiempo nuestras mejores resoluciones; nuestras santas inclinaciones, nuestras virtuosas

costumbres; él hasta nos priva de la satisfacción de haber hecho el bien por amor de Dios, comprándonos á precio de humillación un alimento indigno en la aprobación y aplauso de los malos. En fin el amor propio es un soldado sin disciplina, es un pirata feroz que por donde va todo lo arrasa y deja desierto sin mérito alguno y sin virtud nuestro pobre corazón.

¡Oh! el amor propio es nuestro adversario, es el más terrible de nuestros peores enemigos, porque él más fácilmente envenena el bien en su propio origen.

¿Y dónde encontraremos un medio para vencer tan formidable y cruel enemigo? Dios que formó el corazón del hombre y todo lo veía y conocía, Él sólo podía darnos y en efecto nos dió la poderosa arma para vencer la vanagloria.

«*Los últimos serán los primeros*», nos dejó dicho en su Santo Evangelio: he aquí el grande medio de defensa: la humildad. El amor propio atribuyendo á nosotras mismas un mérito ficticio ó imaginario, ó uno real que sólo debiera atribuirse á Dios y nada más que á Él, nos priva del apoyo celestial, nos aísla, nos abandona á nosotras mismas y nos hace sentir cuán miserables sean nuestras fuerzas. Las dulces palabras del Divino Salvador nos indican un medio eficaz en la humildad y nos prometen un premio, si somos] verdaderamente humildes no sólo de palabra, sino también con los hechos.

Muchos hay que hablan de Nuestra Santa Religión sin conocer su espíritu, y pretenden que la humildad sea un sentimiento hipócrita y cobarde. ¡Oh! pobrecillos ilusos, ó mejor dicho engañados.

Gracias, Dios mío, gracias que á nosotros nos has hecho comprender que la humildad es sincera y en vez de rebajar, ensalza á quien la practica, prometiéndole

el primer puesto en la otra vida por haber renunciado voluntariamente á él en esta.

Sí, la humildad es sincera, porque si ve en sí algún mérito, lejos de negarlo lo atribuye á Dios, bien sumo y único de donde todo procede.

Amiga mía, si nosotras también queremos algún día ocupar un puesto hermoso en la Celestial Jerusalén, no olvidemos nunca que á él sólo se llega por el camino de la humildad; pero de esa humildad cristiana que no nos hace hipócritas, sino fieles hijos de nuestro Padre, de quien recibimos todo bien como su único Autor.

No, no olvidemos nunca: *Los últimos serán los primeros.*







## CAPITULO VI

### Una palabra difícil.

Es una de las virtudes más hermosas, pero de las más difíciles; la *resignación* cristiana, de la que hoy voy á hablarte y de la que necesitamos reunir un gran tesoro, pues la ocasión de valernos de ella se nos presenta á cada paso.

Muchas veces hemos meditado que los que han sido sobrecogidos por una desgracia, sin haber tenido el lenitivo de la confianza y esperanza en un premio futuro, prometido á quien padece, si no son cínicos ó no pueden sofocar todo sentimiento, se abandonan á la desesperación y hasta se suicidan.

Para hacernos evitar tan horribles crímenes la religión santa nos ofrece las virtudes cardinales y teológicas, que levantan el alma y nos llevan á una atmósfera pura.

La fe, la esperanza y la caridad, si no llegan á enjugar nuestras lágrimas, para no privarnos del mérito que va unido á ellas, nos las hacen menos amargas; comunicándolas una suavidad desconocida al mundo y á los mundanos.

Se equivoca grandemente el que cree que sólo se necesita verdadera resignación en los grandes dolores que nos afligen á largos intervalos. No; ella nos es indispensable en todas las circunstancias de la vida, si no en grado heroico, por lo menos tal que nos prepare

en las pequeñas contrariedades y ligeras indisposiciones á sufrir después las más duras desgracias y mortales enfermedades.

Hoy, supongamos, me duele la cabeza ó el pecho, me siento sin fuerzas y sin ganas de nada; pero con una fuerte inclinación á irritarme con todos y por todo. Si tengo en el pensamiento tomarlo como venido de la mano de Dios, me enforzaré para no hacer sentir á los que me rodean el peso de mi mal: seré dulce y á la vez paciente, guardándome muy bien de servir de tormento á los demás.

Y he aquí la paciencia, la resignación cristiana produciendo la igualdad de carácter, esa igualdad envidiable que conserva la paz de las familias, aumenta el mutuo afecto, mejora los ánimos y atrae muchísimas bendiciones.

Amiga del alma, creo que mis consejos te serán superfluos, porque tú ya posees esa dulzura y esa tranquilidad inalterable, que nace de haber ofrecido á Dios el entendimiento y el corazón; á Dios que todo nos lo ha dado.

Pero por desgracia á tu edad las pasiones son muy violentas, y la imaginación agitada y fácilmente puedes caer en la desconfianza y en el apocamiento. No, no cedas jamás á las tentaciones.

Es verdad que el ángel de las tinieblas trabaja sin descanso para atormentarte; pero ¿no te apercibes cómo tu buen Angel está continuamente á tu lado y te sugiere buenos consejos? ¡Oh! El quiere arrancar de tu corazón la sublime palabra que nos enseñó el Unigénito de Dios en el huerto de Getsemaní, cuando sumergido en un sudor de sangre, exclamó al Padre: *Vuestra voluntad hágase y no la mía.* Fiat.

Desprecia, pues, los pequeños achaques; hazte superior á las miserias de la vida; ponte en las manos de

Dios y cuando te sobrevenga alguna desgracia, sabrás aceptarla con ánimo resignado, ofreciendo al Señor tus penas en satisfacción de tus culpas y también de los demás.

Cuando el Señor mandó á Abraham que sacrificara á su único hijo, tan deseado y querido, él tuvo que sufrir un enorme dolor; sin embargo el Santo Patriarca piensa en su obligación de conformarse con la voluntad de Dios y le presta una obediencia ciega. Carga á Isaac con la leña sobre la que ha de ser sacrificado, marcha con él hacia el monte, lo ata, le benda los ojos y cogido el cuchillo y hecho un supremo esfuerzo de resignación, levanta la mano para herirle, para matarle.... Más el Señor ha aceptado la obediencia de su siervo, ha agradecido el sacrificio ya consumado en su corazón y le envía un ángel para que detenga su mano cuando está para sacrificar á su hijo. ¿Y quién puede describir la alegría extraordinaria de aquel padre virtuoso y afortunado? ¿Y quién puede contar las infinitas bendiciones que Dios concedió á su heroico valor, á su resignación sublime?

Ahora bien, el Señor no pretende de tí semejante heroismo; pero sí quiere que renuncies á tus pasiones, á tus inclinaciones y te conformes en todo con su Divina voluntad y á Él solo sirvas y ames.

¿Deseas una honesta y buena colocación y ves siempre alejarse de tí aquella sombra, que creés á veces casi tener cogida?

Solo para tu bien, el Señor te deja en tu casa: Él conoce las cosas futuras, como las presentes: Él vé que lo que tú crees ser dicha, sería en cambio tu ruina. Pronuncia sin que te violentes aquel *fiat*, por el cual tu voluntad se unirá y conformará á la voluntad de Dios, y así las amarguras de la vida indispensables á todos, serán para tí menos desgarradoras.

Entra conmigo en un hospital y acerquémonos á la cama de una pobre enferma de aspecto tranquilo, atacada de gangrena; no se le oye ni un quejido. Le preguntas si su mal es doloroso y te contesta que sí, añadiendo que es necesario la caridad excesiva de la enfermera para tolerar y acudir á sus infinitas necesidades.

La pobrecita encuentra esmerado el tratamiento de los médicos, de las hermanas, de los sirvientes y con lágrimas en los ojos dice no merecer tanta bondad y se esfuerza en dar gracias á Dios, que con las penas temporales, quiere abreviarle las del Purgatorio.

¡Oh! amiga del alma, vé aquí donde está la verdadera grandeza! Mira como una pobre enferma sola, sin parientes, muere en un hospital atormentada por la peor y más cruel enfermedad; y sin embargo muere con la sonrisa en los labios, dando gracias á Dios por su bondad.

Esta es la resignación cristiana, la sublime virtud que nos allana el camino del cielo.... Si, es una virtud difícil si la consideramos en abstracto; pero si la vemos puesta en práctica leemos como en un libro abierto la suavidad y dulzura de que es acompañada.

Los que quitan á las almas afligidas la resignación cristiana, reteniéndola como dote de las almas pequeñas ¿qué les dan en recompensa? Ellos, como pueblos salvajes, destruyen; pero no piensan en restituir, no tienen material alguno para reedificar. No dejemos destruir nuestro edificio, la fe; ¡oh! no dejemos que nos arranquen del corazón el tesoro preciosísimo de la conformidad con voluntad de Dios.



## CAPÍTULO VII

### Virtudes pequeñas.

Todas las personas honradas y en particular la juventud tienen un ardor especial para las virtudes grandes y heroicas. Sin embargo por una de esas muchas contradicciones muy fáciles de presentarse, pero imposible de explicar, uno cree estar dispuesto á dar su vida por el prójimo, aunque en las pequeñas ocasiones no tiene valor para sacar de su bolsillo una moneda, ó privarse de una diversión, ó de una alhaja para socorrerlo y alimentarlo.

Muchas veces he oído decir que el demonio por su naturaleza angélica tiene una agudeza refinada; pero nada tanto como esta contradicción sirve para demostrarlo y convencernos.

El maligno espíritu sabe que las grandes ocasiones no se presentan sino muy raras veces y por eso no las teme nada. El, siempre dejando en el fondo de nuestro corazón una firme convicción que en aquellas seremos héroes, mide nuestra fuerza moral y una vez que nos ha ganado en las cosas pequeñas, tiene por seguro su triunfo en las cosas grandes. Que si el enemigo pierde entonces su presa, bien pocas son las almas que se libran de sus garras, porque muy pocas jugando con él son capaces de una acción generosa.

El que lee en el libro de la vida y de la sociedad con ojo superficial, estima en poco ó en nada las virtudes

pequeñas, esas casi imperceptibles pero continuas victorias que alcanza un alma sobre sí misma. Este, lo mismo que el despreocupado, desprecia las pequeñas ganancias y la economía doméstica, y esperando siempre un golpe de fortuna sin que nunca llegue, se encuentra en el día último, como él, con las manos vacías.

Un alma verdaderamente humilde sabe que las acciones grandes no constituyen la vida santa, sino que son su complemento, porque la verdadera santidad la forman principalmente los pequeños actos de virtud que pasan desapercibidos y se presentan con frecuencia en un mismo día.

Muy pocos pueden dar su vida por el bien de los demás y aun más pequeño es el número de los que verdaderamente pudiendo la ofrecen, mientras que á cada hora, á cada momento, tenemos ocasión de someter nuestra voluntad á la de los superiores, ó iguales ó inferiores.

Levantarnos temprano, cuando nos agradaría quedarnos en cama, es una virtud pequeña, pero muy méfitoria, porque nos hace fuertes contra la natural pereza y nos prepara para vencer los obstáculos que se nos presentaren en el día.

Ocuparnos de las cosas de los demás cuando estamos preocupados de las nuestras; interrumpir un importante discurso, una labor, el mismo estudio sin enfadarse; por el contrario con buenos modales para complacer y servir á los demás, es virtud pequeña pero verdadera, porque exige un profundo desinterés, un sacrificio, una abnegación.

Tener sujeta una imaginación demasiado intranquila, buscar sin descanso recoger nuestro espíritu distraído, sufrir en paz que él huya y llamarlo paciente-

mente, son virtudes microscópicas ante el mundo pero extraordinarias y grandes á los ojos de Dios.

El Señor, no necesitándonos para nada, mide nuestro mérito no tanto por el fruto cuanto por nuestro esfuerzo, y si por ejemplo. aunque no llegáramos á ganarle almas, Él premiaría nuestra buena voluntad, si hubiéramos hecho todo lo posible para convertirlas.

Como las abejas sacan de todas las flores el mejor jugo para convertirlo en rica miel, así tú sepas de las muchas circunstancias de la vida sacar ocasión para obras meritorias; estas á su vez serán fuentes de dulzura á tu corazón y lo que más importa, motivo de premio eterno.

Este santo pensamiento es el que ha llamado tantas almas á consagrarse á Dios por completo, renunciando todas las comodidades y satisfacciones de la vida para ocuparse sólo en el bien del prójimo.

¡Oh! esas almas santas que viven en los claustros y en medio de la sociedad cumpliendo el sublime apostolado de Angeles de la caridad, sin cuidarse de su propia voluntad ni de sus propias tendencias... esas son heroínas de la Santidad, porque esconden su virtud con santo cuidado, como otro ocultaría su delito.

El hombre mundano no conoce la sublime virtud que se necesita para sujetarse á solo título de obediencia á las diferentes y opuestas ocupaciones de una comunidad religiosa; pero el que conoce algo del corazón humano sabe que es más dura y fatigosa victoria esta, que no el vencer una gran tentación.

Esas almas vírgenes, que muy pocos conocen y que el mundo desprecia y hasta las califica de egoístas, ¡cuánto bien hacen con sus pequeñas virtudes!... Sólo Dios que lee en lo más profundo de nuestro corazón, las cuenta y un día nos hará ver cuánto bien han producido aquellas virtudes humildes y escondidas.

No desprecies, pues, joven católica, las pequeñas ocasiones de adquirir méritos para el cielo, y no dejes pasar ni una, porque puede ser que á ella vayan unidas gracias más abundantes y extraordinarias.







## CAPÍTULO VIII

### Lágrimas consoladoras.

El hombre está hecho para la sociedad, pero no para la sociedad corrompida que sólo piensa en gozar de esta vida pasajera; no, el hombre está hecho para la sociedad propiamente dicha, por consiguiente necesita ser ayudado y pagar de alguna manera á los demás lo que de ellos recibe.

De aquí nacen las amistades más ó menos serias, poderosas ó duraderas; y de la desviación de las amistades nacen á su vez las enemistades, y así las unas como las otras prueban que el hombre no puede romper y destruir los lazos que le ligan á los demás hombres; pero sí puede alterarlos ó mancharlos.

Mas sobre este punto es inútil razonar, porque ni tú ni yo tenemos enemigos, ni queremos tenerlos, pues repetimos todos los días: *«Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.»*

Si alguien nos calumnia ó habla mal de nosotros; si podemos, procuremos reconciliarnos con él y ser nosotros las primeras en estrechar la mano de quien nos odia; defendámonos con calma y con dignidad de las acusaciones que nos hacen, y ejercitando toda nuestra caridad, perdonemos aunque nos cueste esfuerzo y jamás neguemos á nadie nuestro saludo.

Las relaciones domésticas también para ser bien

reguladas exigen una abnegación grandísima. Es menester tolerar con paciencia un mal modo, una expresión dura ó injusta; dominar nuestro propio carácter y sufrir el de los demás: es preciso renunciar á las propias inclinaciones, á las propias costumbres y someterse á las de otros.

Es indudable que el esfuerzo que tendrás que hacer sobre ti misma para conservar y fomentar la paz entre dos caracteres opuestos, ocasionará el sacrificio casi completo del tuyo; pero está segura que será para ti terreno fecundo de gozo y de abundante mérito.

Hay además otras personas á las que nos ligan estrechos vínculos, á pesar de que la diferencia de condición, necesidades y educación parece nos aisla completamente de ellas. Esta es una ilusión y nada más que una ilusión.

Los gentiles eran por lo menos lógicos en tratar brutalmente á los esclavos, porque los creían de una naturaleza distinta á la de ellos; de una raza abominable sobre la que se había descargado la ira de los dioses; más nosotros los cristianos, sabemos y creemos firmemente que todos los hombres, tienen un mismo origen; vienen de un solo hombre creado por Dios.

Sabemos que sobre todos igualmente cae la gracia del cielo, lo mismo que cae el rayo del sol; que nuestro Divino Soberano Criador ha querido y permitido la diferencia de clases para establecer las relaciones de rey y súbdito, de bienhechor y necesitado, de quien mande y de quien obedezca; y así de todas las demás condiciones sociales.

De este modo el rico vive del fruto del trabajo del pobre; y el pobre de la paga del rico; el artista y el sabio necesitan del obrero, y este del poderoso.

¡Oh! no seamos ciegos, que si estudiamos la economía de la Providencia, muy á las claras veremos que

el orgullo es el único enemigo que pone medios para que se desprecien y rompan los lazos santos que ligan al hombre encumbrado con los que pertenecen á una clase más inferior.

Pero además de las relaciones de necesidad material, muchísimos otros motivos de necesidades morales, fuertemente reclaman sus derechos y desgraciado del que los desprecia.

El hombre apartado de la sencillez de su nacimiento, cree que perjudica á su propia dignidad si confiesa estar ligado con vínculos de parentesco con personas de clase humilde y hasta hay quien llega á desconocerlas y á negarles un socorro. ¡Oh! criaturas sin corazón ¿y cómo no os mata el remordimiento al pensar que sin sacrificio alguno podríais enjugar muchas lágrimas, prolongar la vida de personas que corre por sus venas vuestra sangre?

Pero no, tú si hoy ó cuándo tengas más años tienes parientes, que nacieron pobres ó después han caído en la miseria, no olvidarás la obligación que tienes de aliviarlos y verás como la misericordia produce lágrimas en extremo consoladoras.

Si dices que no tienes parientes pobres, no dices la verdad, porque todos los hombres son nuestros hermanos; por consiguiente hermanos tuyos y míos son, los que trabajan en el campo, en los talleres, en las minas y en toda arte y oficio; hermanos tuyos y míos son los pobres buenos y malos, los que viven en pobres y humildes chozas ó cuevas, en donde sufren los rigores del invierno, ó en verano los abrasa un sol canicular; hermanos tuyos y míos son, los desgraciados que perdieron su libertad y se encuentran en oscuros calabozos, y los que perdieron su salud y agoviados de dolores gimen en los hospitales; hermanos tuyos y

mos los que de puerta en puerta piden por el amor de Dios un pedazo de pan para saciar su hambre.

En nuestros días se agita una gran cuestión, la del *pauperismo*, y hay quien pretende encontrar medio para eliminarlo de la sociedad, quitando aquella barrera que Dios ha puesto para separar las clases y producir la humildad y la generosidad, la pobreza y la beneficencia.

¡Oh! jamás han experimentado las dulzuras de la caridad esos desgraciados que exaltadas sus imaginaciones por ideas impías, gritan que todos hemos de ser iguales.

Ven, ven conmigo tú, y contemplemos reunidas la hermosa escena que se desarrolla en una pobre boardilla.

Sentados en el suelo un montón de niños están esperando con ansias que la madre les distribuya la escasa comida, para saciar algo el hambre que los devora: en un rincón está el padre con la cara entre las manos, como para esconder su amargura y no ver el cuadro desgarrador de tantos hijos á los que á veces no puede darle ni pan.

De pronto se abre la puerta y aparece como visión consoladora, la gentil figura de una dama desconocida; pero que la sencillez de su vestido no puede ocultar su distinción y nobleza.

Todos se levantan avergonzados y azarados y solo la hija mayor, se anima y presenta á la dama una silla medio rota, rogándole quiera descansar. La señora saluda con cariño á la madre y estrecha entre sus manos las de la pobrecita; pregunta con interés por su salud, la del marido y la de sus hijos, y enseguida para quitar la confusión de toda la familia les dice que ha sido invitada por la sociedad de San Vicente de Paul para llevarles el socorro de su amistad y de su apoyo.

Mientras la dama está hablando los pequeñuelos se le van acercando cada vez más hasta que ella empieza con ternura á acariciarlos, por más que la pobre madre quiera alejarlos para que no la molesten.

Abre su bolsa y le dá algunos bonos de pan y de comida toma nota del número y de la edad de los hijos, para colocarlos en algún honrado taller á los mayorcitos y poner á los pequeños en los asilos de caridad, donde recibirán con el alimento del cuerpo, también el del alma.

El padre de la familia se mantiene en profundo silencio y parece aniquilado bajo el peso de la gratitud. La dama entonces dirige á él su palabra, le pregunta en qué se ocupa y con maternal cariño escucha sus penas, y oído que su penoso trabajo es insuficiente para sustentar su numerosa familia, se ofrece ella misma á interesarse con su amo para que mejore su condición.

El pobre hombre, conmovido á tanta caridad, con voz ruda pero sincera, expresa como sabe su agradecimiento y estrecha entre sus manos endurecidas por el trabajo las blancas y delicadas de aquel ángel, que como enviado del cielo ha venido á consolarlos.

También la buena señora está conmovida y no puede contener las lágrimas, pero esas lágrimas no son de dolor, son lágrimas consoladoras.

Mi buena amiga, que hasta aquí me has acompañado en esta larga lectura, no rechaces mi súplica que te hago por bien tuyo. Visita los pobres, los enfermos en sus casas y en los hospitales, y si tus medios no te permiten ofrecer un socorro material á tus hermanos desgraciados, ofréceles por los menos el socorro moral de tu persona, de tu corazón, de tu voluntad.

Además de las consoladoras lágrimas, que son inseparables de la beneficencia cristiana, tendrás muchísimas ventajas más, y una de ellas será aprender á su-

frir con resignación tus miserias, viendo las de los demás.

Ante el dolor el hombre, que no tiene por completo corrompida la inteligencia y el corazón, se mejora y perfecciona.

Si no quieres que el dolor venga á verte, ve tú hacia él; ve á verlo en las casas que reina soberano; lleva allí el bálsamo de la piedad, de la religión; habla del entrañable amor de Dios, de la Divina Providencia, que á nadie desampara y las lágrimas que arrancarán de tus ojos las penas de tus hermanos serán también para ti lágrimas de consuelo.





## CAPITULO IX

### Una rápida reseña.

Juntas hemos meditado tu salida del colegio, mejor dicho tu entrada en la sociedad, y hemos comprendido cuan difícil es vivir en medio de ella, cuando se tiene como objeto único y fin sumo la propia perfección y la salvación eterna.

Te he repetido lo que habrás oído mil veces, que Dios merece y exige nuestro primer pensamiento y que la meditación debe ser en cierto modo el motor de nuestra vida espiritual.

Pero no es bastante pensar para nosotros solos, también hemos de ofrecer á Dios nuestras oraciones de reparación por los ultrajes de nuestros hermanos y de la humanidad entera, sin temer los respetos humanos y las hablillas del mundo.

Hay más motivo de orgullo, que de vergüenza, en la franqueza de manifestar nuestras convicciones y en practicar lo que deriva de ellas. Mas el orgullo no nos es permitido, porque todo cuanto bueno tenemos nos lo ha dado Dios.

Para conocerlo bien debemos instruirnos en la religión, frecuentar la Iglesia cuando se enseña la doctrina, aprovecharnos de todos los medios oportunos para profundizar en la noción de Dios y de sus atributos, venciendo todos los obstáculos que se presenten en

nuestro camino y señaladamente los que nacen de la intimidad de la familia.

Siempre hemos de obrar lealmente y con seguridad: no hemos de asustarnos al oír que todos llevan una vida más libre de la que se nos traza en este libro. ¡Oh! en el último día no nos servirá para nada la aprobación popular, ni nos pesará haberla despreciado cuando nos oigamos llamar: «*Ven, bendita de mi Padre, toma posesión del reino que no tendrá fin jamás.*»

Huye del fuego, ó sea de toda ocasión de pecado, de esas ocasiones que á cada paso se te presentan en la sociedad y aun en tu misma familia.

Retira lejos de ti al falso amigo, el libro y periódico malo, porque estas lecturas, bajo hipócritas apariencias, te prometen néctar y te suministran mortífero veneno, y este veneno te hará aun más difícil la ardua empresa de poner riendas á tu corazón. ¿Y quién podría entonces medir y apreciar la ruina que te ocasionaría tu corazón, si rechazando el freno tomara el mando?

Alerta, pues, hija mía; quien te lo advierte es una hermana, una amiga que te ama; estáte en guardia, porque mientras tu corazón está en tus manos y puedas reprimirlo y dirigir sus movimientos, no tendrás nada que temer; pero si lo dejas ir, no podrás seguirlo y te llevará á la ruina.

El recuerdo de tu colegio, de aquel bendito asilo en donde todo respiraba casi santa conspiración para tu bien, debe servirte hoy y siempre de estímulo para la virtud.

Las palabras duras tal vez, pero discretas y sabias de tus profesoras y de aquella en particular que conocía muy bien tu corazón, vuelvan con frecuencia á tu memoria, como eco lejano pero querido, y te recuer-



den el horror que has de tener al pecado; que Dios quiere tu corazón, que tú ni puedes ni debes negarlo á Quien lo ha criado y enriquecido de muchos dones que lo hacen hermoso é inclinado á la virtud.

Si tienes recta intención, tus acciones se referirán siempre á gloria de Dios y bien de las almas y se te allanará el camino que lleva al cielo; ¡oh, ten la completa seguridad que si tienes recta intención las falsas y perversas doctrinas no te molestarán mucho!...

Respetando la opinión de otro, no busques el triunfo de la mujer en la emancipación, sino en el reino tranquilo de la familia; ella está llamada á reinar soberana de paz y de amor y á ser como la lámpara evangélica, que está en medio de la casa para alumbrar á sus moradores y llamarlos á la virtud y á la religión.

Una reina no puede sin perjuicio ceder á otro el desempeño de su cargo; así pues tú misma debes ocuparte con actividad y amor en los quehaceres de la casa y en los trabajos mujeriles.

Tú debes manejar el huso, como la mujer fuerte de la Sagrada escritura, y tejer la tela, ó sea debes mandar, disponer y trabajar tú misma, para guardar y conservar el orden y la economía en las habitaciones, en el vestir, en los gastos de la casa y en todo lo que de algún modo se te confía.

Si tú fueras comerciante es tu deber principal desempeñar tu cargo en conciencia y con exactitud intachable. No te sirva de pretexto que estos son deberes de una madre de familia y no tuyos, y por lo tanto que están de más mis consejos; nadie desconoce que hay que prepararse de antemano á las acciones importantes de la vida; así tú, que puedes ser llamada de un día á otro á ejercerlas, no deben serte desconocidas.

¡Oh! sirva este pobre libro, esta expansión de mi corazón, estos consejos dictados por un tierno afecto,

para que tú seas hoy y siempre el Angel de bendición en tu casa.

Te he indicado la ocupación como medio poderoso para ahuyentar las tentaciones y los malos pensamientos, presentándote una fotografía verdadera sin adorno ni exageración; he procurado infundirte un vivo deseo de una santa abnegación, de esa abnegación que nos hace olvidar nuestras necesidades y deseos para satisfacer los de otros y hacernos evitar los disgustos entre las personas que nos rodean á pesar de la oposición de caracteres, y para esto debes sujetar el tuyo y modificarlo si es demasiado áspero.

Las victorias que ganarás sobre ti misma te harán sin duda hija modelo, pronta á la obediencia y al socorro de tus padres, ni sufrirá alteración alguna tu respeto hacia ellos, cuando en tu vocación contrariada, pasando ellos los límites de su autoridad y de tu obediencia, tú entonces con calma, respetuosamente y con ánimo afligido, manifestarás no poder seguir su voz, porque debes seguir la de Dios.

La abnegación aprendida en la escuela del Evangelio del Hombre Dios te hará amable con tus mayores, con las personas de la casa, con tus tutores, con las autoridades civiles y eclesiásticas y más que con nadie serás amable y sufrida con el padrastro ó con la madrastra.

Tampoco ni la piedad cristiana ni la abnegación te harán olvidar á tus hermanos, á los que debes servirles de ayuda y buen ejemplo; como no olvidarás tampoco á tus criados, que obligados á obedecerte, tienen como tú un alma delicada y un espíritu inteligente.

Tengo ahora que decirte una palabra al oído: no permitas nunca bajo ningún pretexto demasiada familiaridad y confianza á personas de diferente sexo, ni

tampoco á las del tuyo, porque el enemigo es terriblemente malo y podría arrastrarte al pecado.

Salga fervorosa y espontánea de tu corazón la plegaria. Como suave perfume que embalsame el aire que te rodea, mejore á ti y á los demás que se te acerquen, y á ti y á ellos enseñe á frecuentar los sacramentos, á ser buenas, virtuosas y santas, que es como se ama á Dios.

No quiero tampoco que tú dejes de adornar tu inteligencia con ideas útiles y sublimes, huyendo de las que, bajo el pretexto de darte una cultura enciclopédica, te llenarían la mente de ideas superficiales y vaporosas y la dejarían vacía de cuanto es necesario y constituye la escuela de la vida.

Entre paréntesis te he indicado los peligros que podrían venirte por las falsas enseñanzas y por los malos profesores; pero tus padres y tu confesor, enterados puntualmente de todo, pondrán remedio en un principio para que no caigas.

Está más de medio salvo el que se apercibe del peligro, precisamente porque conociéndolo puede evitarlo.

Es verdad que el hábito no hace al monje; sin embargo por el hábito se conoce al fraile; así pues procura con gran cuidado que en tu manera de vestir, de andar y en todo tu exterior, se vea con claridad tu modestia interior, la seriedad de tu carácter y la virtud de tu espíritu delicado.

Sin hacer jamás traición á tu sinceridad, ni vestirse con plumas de pavo real, ostentando privilegios que no son tuyos, conserva en tu persona una gran limpieza y una sencilla y graciosa elegancia.

Si te acostumbraras á vestir con modestia y siempre un poco menos que te permite tu posición, suponiendo que al girar la rueda de la fortuna te hiciera

caer en la miseria, sabrías más fácilmente adaptarte y resignarte á las penas, al trabajo y á las privaciones.

Ten siempre presente las muchas familias que de posición opulenta se han visto en la última miseria, por causa de sus desatinados gastos, y este recuerdo servirá para acostumbrarte á una prudente economía que precisamente por ser discreta y prudente te librára de la avaricia y hará abras tu mano á la misericordia, asegurándote que la caridad no empobrece jamás.

La hermosura es una flor que pasa; nada sirve para poder conservar su belleza y su perfume, fuera de la virtud y de la modestia. La deformidad corporal y la falta de hermosura constituyen para muchas almas una espina muy cruel; pues si tú conoces algunas de estas consuélalas, diles que hay un Dios en el Cielo que las mira; que también Jesús nuestro Salvador fué por los hombres ultrajado y destrozado; pero que aquel cuerpo tan desfigurado por los padecimientos resucitó glorioso y resplandeciente, como resucitarán un día todos los que han sabido sufrir por Dios.

Para los que se encuentran á la mitad de la vida ó ya han pasado, también he tenido una palabra de consuelo; principalmente si han sacrificado su propia vocación por el bien de otro. ¡Oh! si las pobrecillas se encuentran hoy viejas y sin apoyo de nadie, ni de los mismos por quienes se han sacrificado, levanten los ojos al cielo y se consuelen; aquel Dios que cuenta los cabellos de nuestra cabeza contará sus lágrimas y les preparará un premio eterno.

Si algún día para tu bien el Señor permitiera que cayeras en la miseria, créeme, que así el tener que trabajar para ganar el sustento, como el parecer pobre no te quitarán de ser al mismo tiempo señora si conservas tus sentimientos nobles y generosos y no te dejas vencer ni por la envidia ni por ningún otro vicio.

En la vida se presentan tempestades, prepárate pues con tiempo para recibirlas sin alterarte; suplica al Señor que tenga lejos de ti el granizo, y si éste cayera y lo arruinara todo, te queda Dios que puede salvarte y librarte de sus terribles destrozos.

El arco iris se presenta luminoso en el horizonte: las olas se tranquilizan y viene la bonanza, y el alma perezosa como el marinero, se recrea con una vida sin contratiempos, sin penas y por lo tanto sin muchos méritos.

El marinero en la bonanza se apercibe que perecerá miserablemente; el alma en cambio vive en la inercia, ni busca ni acepta una tabla que la salve de segura muerte.

La fuerza motora ella la tiene en la caridad, esta puede despertarla del letargo en que yace por el egoísmo... «*Amaos los unos á los otros*», repetía sin cesar el Apóstol predilecto. Si, amémonos, ejercitémonos en la caridad y nos haremos santamente industriosas para beneficiar á nuestros hermanos y con ellos á nosotras mismas, porque la beneficencia sirve no sólo á quien la recibe, sino mucho más á quien la hace.

La juvenil fantasía es un narcótico del alma que haciéndola soñar continuamente la debilita, la mueve de su puesto y hace que se atribuya á sí misma los privilegios que ha recibido de Dios.

No sueñes, pues, ni aceptes las adulaciones que se te harán, porque el incienso es para Dios, y nada más que á Él debemos adoración y alabanzas.

Si puedes escoger entre una vida retirada y una pública y brillante, renuncia á esta y elige la primera, y así te evitarás la alegría convulsiva é inseparable de los bailes, de los teatros, de las conversaciones y hasta de los banquetes, que en vez de ser ágapes fraterna-

les donde reine Dios, son orgías en donde imperan las pasiones.

Come de lo que te pongan delante, como dice el Evangelio, ó sea de cuanto se te ofrezca lícitamente, no tomando nunca alimentos prohibidos, porque no debes por obedecer al hombre desobedecer á Dios y á su Iglesia. El confesor podrá dispensarte de la obligación de guardar las abstinencias y los ayunos cuando tengas necesidad; pero difícilmente podrás por ti sola ó por mandato de superiores seculares, creerte desligada de este deber.

No asistas á representaciones donde se ofenda la modestia y la honradez, y á las diversiones y paseos públicos; prefiere siempre un poco de aire puro y la distracción útil que producen los viájes y el estudio de ellos.

Ama las paredes de tu casa donde la sinceridad, la piedad y el afecto te proporcionarán esas alegrías íntimas y duraderas que son un enigma en otra parte.

La salud del cuerpo es un don hermosísimo; pero la del alma es infinitamente mayor; este pensamiento te sirva de bálsamo para suavizar tus dolores en las enfermedades, que te parecerán ligeras si las tomares como venidas de la mano de Dios.

Te he abierto mi corazón y te he confiado las penas, las ansias, los temores que para tí siento; después te he hecho ver como son flores artificiales las prácticas y las oraciones sin espíritu.

Si sientes la gran necesidad de expansión, abre tu pecho con preferencia á las personas íntimas de tu familia ó con alguna amiga de ejemplar bondad; jamás contestes con mal modo cuando te corrijan, ni seas nunca la última en hablar.

Es preciso destruir en nosotras la excesiva susceptibilidad, origen de la mayor parte de los disgustos y

hacernos pequeños reconociendo nuestra miseria, para que siendo los últimos en este mundo, podamos ser los primeros en el otro según la hermosa promesa de nuestro Divino Salvador.

¿La pérdida de los bienes, de la salud de la reputación nos oprimen y destrozan el corazón? ¡Oh Jesús adorable danos tu santa gracia para que á tu ejemplo podamos pronunciar aquel *fiat*, que nos hace agradables á tus ojos, y aceptaremos resignados las cruces cuyo peso entonces nos parecerá más ligero y suave,

Que si mi alma orgullosa, esperando grandes ocasiones para ejercer el bien, despreciara aquellas pequeñas virtudes, que se presentan todos los días y á cada momento; haz que comprenda, ó Divino Maestro mi necedad; haz que comprenda que de ese modo pierdo méritos sin número!... No dejes amiga del alma, nunca pasar la más pequeña é insignificante ocasión de agregar nueva perla á la hermosa corona que se te está preparando en el cielo! Modifica tu carácter, sacrifica tus inclinaciones, sufre sin quejarte una falta de consideración.

Y cuando lágrimas amargas llenen tus ojos y la pena oprima tu corazón, busca en el ejercicio de la caridad cristiana alegría, paz y consuelo y tus lágrimas se convertirán en bálsamo consolador. ¡Oh! prueba y verás, como aliviando las miserias de otro, las tuyas se aminoran y recibes valor y resignación para soportarlas. Prueba y verás cuanta virtud hay en el sacrificio y de cuanta dicha es fecundo el heroísmo de olvidarse de sí mismo por los demás:...



## CAPITULO X

### La novia

Antes de dejarte mi querida amiga, tengo que acompañarte en un estado transitorio si, pero penoso y difícil, que es cuando te preparas á cambiar la azucena de las virgenes por el azahar de las esposas. Salvocasos excepcionales, la mujer es llamada al matrimonio; pero aunque tú fueras uno de esos casos no te sea penoso considerar un poco cuantas y cuales sean las obligaciones de quien está disponiéndose para recibir el séptimo Sacramento.

A una joven la pide para esposa uno que ella conoce ó no, y que la ama ó no. Antes de rechazar ó de aceptar el ofrecimiento se vuelve á Dios con humilde y devota oración, y expone al Director de su conciencia y á sus padres, las inclinaciones de su alma y pide y medita los consejos que estos le dan.

Si tú te encuentras en esta situación, te suplico ante todo que conserves siempre la calma que te sea posible; rechaza la lijereza de una primera y falaz impresión y piensa que lo que estás ventilando es una cuestión importantísima, no solo para estos pocos años de vida mortal; sino también para tu vida espiritual y eterna.

Dirige fervorosas oraciones á Dios y haz que alguna persona pida para tí celestial auxilio y después de



haber meditado el consejo de personas competentes, y tener noticias exactas de las cualidades de moralidad de tu pretendiente, aceptas ó rechazas sin temor alguno la demanda.

Así habrás obrado con discreción y prudencia y nunca sucederá arrepentirte porque habrás seguido fielmente la inspiración del Señor.

Supongamos que hayas aceptado el ofrecimiento de un ventajoso matrimonio; pero que este tardará algo en efectuarse. Quisiera que este tiempo no se prolongara mucho; dos ó tres meses son muy suficientes para conocerse mutuamente y son hasta demasiado para prolongar una situación por sí misma penosa y difícil; porque los dos novios están en la equívoca y peligrosa condición de tenerse que conocer sin tener trato íntimo.

En algunas familias se permite que el novio visite la casa de la novia. ¡Ah! si pudiera hacer que mi voz se oyese, me esforzaría en convencer á los padres no permitieran estas visitas más, que dos ó tres veces á la semana, y si por necesidad tuvieran que ser más frecuentes, nunca que pasaran de una vez al día.

Quisiera también la promesa de no prolongar estas visitas más de media hora y siempre bajo la presencia de los padres ó de alguna persona de probado juicio.

Si perteneces á una familia que permiten al novio pase toda la velada cerca de tí; entonces exigiría de tí un esfuerzo heróico. Tú que siempre has sido en la familia y en la sociedad un ángel de pureza, no querrás ni por un momento solo dejar de serlo y ahora menos que nunca, supuesto que necesitas más de la gracia y ayuda de Dios para entrar en una vida más peligrosa y difícil.

Lo sé, tú me escuchas tal vez con pena, pero también con atención; porque sabes que te comunico la

la voluntad Divina y esta no quiere ser impunemente despreciada.

Tú debes mantener sobre el hombre que pronto será tu esposo, tu prestigio y para esto no debes hacer se canse, sino que siempre desee tu compañía. Si por lo tanto le permitieras estar mucho tiempo á tu lado, hablarte al oído ó con demasiada confianza, ofenderías tu pudor, y él sería el primero á formar mal juicio de ti.

No recibas ni mandes nunca libros, regalos ó cartas sin el consentimiento de tus padres, y si ellos se fían de tu prudencia, jamás debes abusar de su bondad.

Sea siempre muy digna en tu comportamiento, para que no te suceda nada malo, como por desgracia les ha pasado á jóvenes de muy buena índole y de buenos principios, sólo por haber sido débiles una vez, por haber cedido un momento...

Muchas niñas se empeñan en ganarse las simpatías del novio poniendo en evidencia las propias cualidades y especialmente las exteriores; pero creo que tú no querrás valerte de medios tan ordinarios para ganar un cariño que desaparecería rápidamente con ellos.

Procura en cambio poner de tu parte para mejorar-te á ti misma; hazle conocer el firme propósito que tienes de conservarte siempre cristiana ejerciendo todas las prácticas de tu fe, y no le escondas el deseo vehemente que tienes de que él piense del mismo modo. Y aquí me apercibo haber chocado contra una de las piedras más peligrosas.

Desgraciadamente son pocos, muy pocos, los jóvenes que profesan claramente la religión y que admiten se hable de ella como de la cosa más importante de la vida.

Una buena prudencia te aconsejaría no unirse con semejantes hombres, pensando que como son malos

cristianos, serán después malísimos maridos, y que una familia que tiene por jefe uno que no profesa la religión como es debido, no puede ser bendita de Dios.

Si circunstancias especiales te hicieran efectuar tan infeliz enlace, ármate de varonil fortaleza, de un celo ardiente para llevar á Dios un alma que Él en cierto modo te ha confiado para que se la devuelvas. ¿Y no sabes que este es un fin principal del matrimonio, ó sea procurar la santificación el uno del otro?

A Santa Mónica casi á la fuerza la casaron muy jovencita con un pagano vicioso, de manera que sus lágrimas eran constantes, como sus oraciones. El mal ejemplo del marido y las malas doctrinas habían hecho de su muy amado hijo un perseguidor, mejor dicho un despreciador de la verdadera religión; pero la santa sentía que era su deber convertir al uno y al otro, y nadie sabe decir de cuantas santas industrias se valió para conseguir su intento.

Después de largos años de luchas, de abnegación y de continua oración, la gran santa tuvo por fin la dicha de ver á su marido Patricio morir no sólo como un cristiano, sino como un santo.

Pero su amado hijo Agustín continúa en sus errores y para quitarse de la solicitud de su madre huye de Africa. Entonces aquella débil mujer se convierte por la piedad y el amor en una gran heroína.

Ella sola viene á buscarlo en Italia; va á Roma, no lo encuentra; se entera que está en Milán, allí corre y después de muchas y penosas diligencias lo encuentra; lo abraza, lo estrecha con ternura como madre cariñosa.

Pero Agustín sigue sectario y muy lejos de convertirse al catolicismo; Mónica llora y suplica á Dios sin descansar. «*Consuélate, mujer; un hijo de tantas lágrimas no puede perderse*», le dijo un día el santo.

obispo Ambrosio, y la esperanza de aquella bendita madre se aumentó cada vez más y con razón, porque antes de cerrar ella sus ojos á la luz del sol, su Agustín, conmovido por los sermones de San Ambrosio y más aun por la gracia de Dios que tocó su corazón, abre los ojos á la luz de la fe, une sus lágrimas y plegarias á las de su santa madre.

Si tú tienes también la desgracia de tener un marido ó un hijo infiel, no olvides que á ti corresponde atraerlo á Dios; medita antes detenidamente si sabrás llevar esta carga y cumplir con este deber. y si comprendes que no, te lo repito, no ofrezcas tu mano á uno que no tenga tus mismas creencias y cumpla con tus mismas prácticas.

Empiezan, pues, desde ahora para ti los trabajos de las visitas que haces y que recibes, y para evitar lo mejor posible la vanidad y ligereza que son casi el principal elemento de ellas, yo quisiera que fueran más bien cortas y sin conversaciones aduladoras y necias.

Si la caridad es tu móvil, probarás de hecho cómo hay medio de ser útil y al mismo tiempo también amable hasta en las visitas de pura conveniencia, pues en las de amistad yo quisiera ver siempre la sonrisa en tus labios; pero no una sonrisa indulgente y compasiva que te haga compadecer y tolerar el pecado.

Aprovéchate del cariño y de la confianza para reprender con dulzura, y si eres humilde en las palabras, en la expresión de tu cara y más que en nada en lo íntimo de tu corazón, nunca dejará de producir saludable efecto tu buen ejemplo y estímulo.

Tú también como casi todo el mundo tendrás tentaciones alguna vez de visitar ó recibir con más agrado una dama aristócrata que una señora de posición humilde y obscura.

Si tú por desgracia cedieras á semejante tentación,

dejarías de ser amable, ó por lo menos no lo serías tanto; pues nadie puede decir la humillación de aquella, que á pesar tal vez de ser de carácter más delicado que la otra, se ve injustamente preterida.

Desearía que en las presentaciones como en todas las circunstancias del nuevo estado que abrazas, ver unida en ti siempre con la dignidad la humildad y entonces tendrás seguro el afecto y la estimación general.

Te repito lo que en otro capítulo te tengo dicho: evita en tu equipo una excesiva elegancia y lujo, procurando más bien que sea abundante. ¿Por qué rodearte de demasiadas necesidades y exponerte por esto á posibles y numerosas privaciones?

Te harán muchos regalos y habrá muchas fiestas, ó tal vez no recibirás los unos ni tendrán lugar las otras; de cualquier modo estas son ligerezas y vanidades y tú no debes ocuparte en ellas seriamente ni permitir que te distraigan del importantísimo pensamiento del estado que estás para tomar.

Después de haber celebrado los esponsales y jamás antes, puedes admitir el regalo de novia y devolverlo; ¡pero, por Dios, no dejes de ser Ángel ni por un solo momento ni de pensamiento, ni de palabra, ni mucho menos de hecho!... El Ángel de la familia debe llevar al altar la azucena de las vírgenes y allí el ministro de Dios cambiará aquella hermosa flor por la rosa de afecto conyugal, que reinará siempre en el corazón de los esposos.

Cuando vuelvas del altar empezarás á ser la providencia de tu marido y de tus hijos, si el Señor en su infinita bondad quisiera enviártelos.

¡Oh! en aquel día solemne que de Ángel de tus padres, si los tienes, pasarás á ser bendición de un nuevo hogar, ¡cuántos consejos y enseñanzas oirás de per-

sonas que sinceramente te aman y desean tu felicidad! .. Escucha aquellas palabras que Dios te comunica por boca de tus mayores y sean para ti escudo que te defienda del formidable enemigo que te moverá guerra para destruir tu virtud.

El contrato civil, aunque fuese obligatorio, no es matrimonio para un cristiano; sólo el Sacramento instituído por Nuestro Señor es el que constituye el matrimonio y lleva consigo los dones y bendiciones de Dios. Prepárate para recibir este sacramento con recogimiento, confesión y comunión y entonces será bendita tu unión y te ayudará para ir al cielo.

He visto hoy mismo un elegantísimo traje de raso blanco que sirvió ayer para la ceremonia nupcial (religiosa se entiende) á una esposa de alto linaje; ¿sabes dónde lo he visto?, en un convento, pues ha sido regalado por la desposada para que hagan ornamentos para las Iglesias pobres. Este acto generoso en sí mismo, lo es mucho más por su significado sencillo y solemne.

Por desgracia atravesamos mala época, y el enemigo de las almas que no descansa está sugiriendo diabólicas ideas. Hoy se habla del divorcio y hasta se ha propuesto en varios países para que se apruebe por la ley; pero tú como cristiana sabes que el divorcio no es posible, porque *no es lícito al hombre desligar lo que Dios ha ligado.*

Se te pondrá en el dedo un anillo que con su giro interminable te dirá el constante afecto y fidelidad que debes tener á tu esposo: ya no podrás pensar en ningún otro hombre interin el que hoy recibes de Dios, lo tengas por compañero en la tierra.

El ángel del Señor te acompañe, joven esposa. Al salir de la familia donde naciste dejas en ella la bendición y al entrar en tu nueva casa procuras llevarla es-

cogida y abundante... Si tu esposo es bueno y piadoso procuras serlo tú también para que no seas menos que él: si no lo es, conviértelo y entonces con la virtud reinará en tu casa la paz y tus días transcurrirán alegres y serán prelude de esa paz y alegría que se alcanza en la eterna Jerusalén.

¡Dios te bendiga, joven esposa, y derrame sobre ti la abundancia de sus gracias!...





## CAPITULO XI

### Hija, he aquí tu madre

Nuestro Divino Redentor consagró para beneficio de la humanidad pecadora treinta y tres años de penosísima vida, terminando con la agonía del huerto, la flagelación, la coronación de espinas y la horrorosa y cruel crucifixión.

Parecía entonces que ya lo había dado todo y no le quedaba nada... Miró desde la cruz y vió á sus pies á su Santísima é Inmaculada Madre, último y máximo Bien, precioso tesoro del que parecía no saber desprenderse; sin embargo, haciendo un supremo sacrificio de su corazón se dirigió á María y dijo: *¡Mujer, he ahí á tu hijo!..* Y mirando á Juan añadió *Hijo, he ahí á tu Madre.*

En aquel momento solemne tú y yo fuimos hechas hijas de María, y María se constituía en nuestra tierna Madre. ¡Qué dicha para nosotros y qué dolor para Ella!... Pero no; Ella quiere lo que su Divino Hijo quiere, así que no sólo nos acepta, sino hasta nos estrecha en sus brazos. ¡Oh! procuremos lo mejor posible corresponder á su extremada ternura.

Pero la verdadera devoción á María no consiste en largas oraciones, ni en lágrimas, ni en suspiros, sino en imitar sus virtudes, en la observancia del Santo Evangelio inspirado por Nuestro Hermano por excelencia, Jesús.



Sí, la imitación á María debe ser nuestro principal deber, nuestro pensamiento constante, nuestro mayor cuidado, y en toda edad y en toda circunstancia de la vida podremos tener en Ella un modelo y un estímulo para obrar rectamente.

Ella, descendiente de reyes, es el mejor modelo para las damas de alta alcurnia, y cada en miserable posición enseña á los que pertenecen á la clase menesterosa; niña que se ofrece en el templo, es un sublime ejemplar para las vírgenes, y cuando acepta por esposo al varón justo, enseña á las jóvenes como han de recurrir á Dios para elegir estado y cómo considerar al esposo que les da el Señor.

En la visita á su prima Isabel, María nos predica la caridad y la manera de ejercerla; en su huida á Egipto su resignación sin la menor queja á las disposiciones de la Providencia: nos enseña también á tener desprendido nuestro corazón de las cosas terrenas y aceptar con paciencia las desgracias y adversidades y á llevar la cruz con Jesús, si queremos un día seguirlo en la Patria Bienaventurada.

En las bodas de Canaan nos dice como hay que santificar las reuniones y hasta las diversiones, pensando por los demás y proveyendo á sus necesidades y rogando por todos.

Finalmente á los pies de la cruz es la Maestra suprema para enseñarnos á sufrir y vencer las privaciones y las más crueles penas... ¡Oh! sería interminable si quisiera aquí indicarte todas las diferentes circunstancias en las que esta bendita entre las mujeres es no sólo nuestra Madre, sino también nuestra Maestra. Me limitaré á repetirte con Nuestro Divino Redentor: *¡Hija, he ahí á tu Madre!...*

Un celoso Misionero, predicando un día de la devoción que hemos de tener á María, en un arrebatado de

santo ardor exclamó: *¡Oh, decid siempre, María ayúdame!; decidlo de día y de noche, en las alegrías y en las penas, en las dudas y en los contratiempos de la vida; decidlo vosotros mismos y hacedlo decir á los demás; predicad á todos: ¡María ayúdame!; á los buenos y á los malos; predicarlo siempre y á todos, hasta á las piedras!...*

Y yo os lo repito á todas vosotras, mis amadas lectoras, y con vivo interés os recomiendo esa hermosa jaculatoria, y estad seguras que María os ayudará piadosa y prodigiosamente. ¿Y quién después de haber recurrido á Ella no ha sido poderosamente socorrido?

Sí, vamos á María, corramos á Ella, es nuestra amorosa madre, no puede dejar de escuchar nuestras súplicas. Corre á María, amiga]del alma; Ella, como en las bodas de Canaan, dirá á su Hijo una palabra para ti y lloverán sobre tu alma las más escogidas gracias. ¡Corre á María! Sobre el Calvario, allí á los pies de la cruz donde agonizaba su Hijo, Ella te aceptó por hija y como á hija te quiere y te protegerá siempre.

Pero para agradar á la Virgen Santísima es preciso esforzarse en imitarla. Para conseguir esto te serán muy oportunas algunas prácticas que te dejo como dulce y fraternal recuerdo.

*¡Hija, he aquí á tu Madre!...* Cuando los enemigos del alma te halaguen y tú estés para ceder, piensa en la Virgen que está viéndote, que se aflige y más punzante siente clavarse en su corazón la espada del dolor; el recuerdo de la Virgen de los Dolores te detenga al cometer el pecado y te acompañe por el camino del bien, de la abnegación, de la caridad y de todas las virtudes...

¿Sufres tentaciones de vanidad y envidia? Piensa en María que quiso ser la esclava del Señor y entonces tu

corazón será humilde y caritativo, como lo serán tus palabras y tus acciones, tanto con los pequeños como con los grandes, con los nobles y sabios como con los plebeyos é ignorantes, y no harás excepción alguna, lo mismo que Aquella que á todos recibe amorosa bajo su amparo.

Si cuando estás al pie del altar de María, ves arrodillado á tu lado un pobrecito, no lo mires con desprecio y piensa en el rico Epulón y en el Lázaro del Evangelio; piensa que aquel que crees desgraciado tendrá merecido mejor puesto que tú en el cielo; piensa que el mismo Jesús quiso ser pobre y que también lo fuera su Madre.

Si el dolor despedaza tu corazón piensa en Aquella que con heroico valor estaba al pie de la Cruz... Si te acobarda la privación de personas queridas, de personas hasta en algún modo necesarias, piensa en Ella que vivió muchos años después de la muerte de su Unigénito, para enseñarnos á sufrir y sufrir por el amor á Dios.

Piensa siempre en María y su amor de Madre te protegerá en vida y en muerte.

El sábado es día dedicado más especialmente á su culto, y tú no lo dejarás pasar sin hacer algún sacrificio en honra suya; mortifica tus pasiones, tus sentidos y procura privarte de alguna cosa y hacer alguna limosna por la Virgen.

Muchas almas devotas de María acostumbran los sábados no comer fruta ni dulces: visitar su altar y encenderle una luz. Todas estas cositas son devociones muy hermosas y agradables á María y tú no debes olvidarlas; pero acuérdate que te obligan mucho menos que las virtudes positivas, ó sea que esa lucha constante contra tu propio carácter, que la paciencia en tolerar á los demás, que las victorias contra las tenta-

ciones que nos atormentan fuera y dentro de nosotros.

Aquellas devociones te sean queridas y habituales y te sirvan de escala para llegar á la perfecta observancia de la ley de Dios y de su depositaria la Santa Madre Iglesia.

El constante recuerdo de María te llame con frecuencia al deber, á la piedad, al sacrificio y cuando tus ojos se obscurezcan, una fervorosa oración á María los serene y te haga no parecer, sino ser verdaderamente el ángel de tu casa en todos los actos morales, religiosos y civiles.

En tus oraciones de la mañana y de la noche, en la meditación, en la frecuencia de los Sacramentos; en las incertidumbres, en las alegrías y en los pesares, en el cansancio material y moral, acude siempre á la Virgen Santísima y su santo nombre será suave bálsamo para todas las llagas, guía segura á tus pasos, alegría extraordinaria para tu alma.

Un mes del año, el más hermoso, está consagrado á nuestra amorosa Madre; pues procuras celebrarlo con recogimiento y fervor, y sobre todo practicando la virtud y haciendo por amor suyo alguna mortificación todos los días.

Conserva en tí siempre esta santa costumbre, y comunícala á los demás; pero jamás ni por un solo momento olvides, que María quiere el corazón; que María quiere una piedad verdadera, sincera, expansiva, útil á todos cuantos contigo tienen alguna relación de parentesco, amistad, dependencia ó de gratitud.

Ten muy en estima la imagen de tan adorada Madre, llévala siempre contigo, y tenla sobre tu mesa y cerca de tu cama. Ella como luminoso faro, te indicará el camino, y como Madre y Maestra te ayudará á recorrerlo.

Dónde está María está Jesús. Y si alguno te tacha-

ra de supersticiosa, responde que tú no prestas tu veneración á la imagen sino á la Virgen que representa, y para dar á entender mejor la verdad de esto puedes contar este hecho, sucedido no hace muchos años.

En una casa de religiosas, estando para morir una niña de diez años, en un arrebató de santo amor empezó á pedir á gritos á su amado Jesús. Entonces le presentaron el Crucifijo y ella besándolo y dulcemente rechazándolo, grita aun más fuerte, lo quiero vivo; y con estas santas palabras volaba al cielo para abrazar vivo á quien era su último y supremo suspiro.

En tus oraciones de todos los días no dejes de poner el santo rosario, que como florido rosal perfumará tus acciones, si al rezarlo tienes presente los misterios de Nuestra Santa Religión.

Sé muy devota de los sagrados corazones de Jesús y de María y pon el tuyo bajo la poderosa protección de ellos; trabaja con tu Madre Santísima para reparar los continuos ultrajes que recibe su Divino Hijo, en el Sacramento de su amor hazte de la obra santa de la reparación y busca ganar no solo con tus oraciones sino también con tus buenas obras muchas almas á Dios.

Y... antes de terminar este libro en donde he trabajado con tanta zozobra, pero con tierno amor, deja que te dirija una súplica y al mismo tiempo te haga una promesa; deja que con el corazón en los labios imprima un beso sobre tu frente virginal y te anime á seguir santamente tu camino: que si por desgracia estás extraviada, deja que te invite á volver á Dios. ¿No sabes que Dios es nuestro Padre, que perdonó al hijo pródigo y á la Magdalena? Échate á sus piés, pide humilde su perdón y lo obtendrás. Las lágrimas de la inocencia y de la penitencia se funden unidas en el corazón de Jesús.

Y ahora te ruego que si has sacado algún fruto de

las palabras que Dios me ha sugerido para tu bien, dedica alguna vez á Él un suspiro y una súplica por mí; ruégale para que yo que señalo á otro el camino que á Él lleva, no lo pierda miserablemente.

Yo te prometo que en mis oraciones y en las pocas obras buenas que hago, hacer partícipes siempre de sus frutos á mis amadas lectoras aunque no las conozca ni las vea, pero que espero conocerlas en un día que no tendrá fin.

¡Oh! amorosa madre mía, María, tú que me amas tan tiernamente y á quien yo deseo amar con todas las fuerzas de mi alma, para seguir amándote con más vehemencia en el cielo, te suplico que ni una de las señoritas por cuyas manos ha pasado este libro se pierda y que también consiga encontrarlas á todas muy cerca del trono de Dios.

María, pronto con tu Divino Hijo vendrás á cerrar mis ojos; heme aquí pronta á tu llamamiento, cuando Tú lo quieras, yo voy; pero antes bendice al Sumo Pontífice, al santo prelado que me ha sugerido este trabajo, al Director de mi conciencia, al Censor eclesiástico y á todas esas distinguidas y buenas almas que me han ido animando á continuar.

Madre mía, te suplico también que bendigas á la que es mi madre en la tierra porque ella me enseñó á quererte: bendice á mi padre que tanto ha trabajado para mi bien: tu maternal bendición se estienda sobre toda mi familia, sobre mis amigos, sobre las hermanas de la caridad, sobre todas las religiosas activas y contemplativas, sobre los misioneros, sobre los que creen y también sobre los infelices que no creen; en fin sobre todo el género humano; pues tu corazón de Madre no tiene límites y á todos puede abrazar y llevarlos á Dios.

Y si esta mano tuviese que escribir algún día, aun la

más pequeña palabra contra mi religión santísima y el culto y obediencia que debo á la Iglesia santa y á su cabeza infalible, manda, Madre mía, que esta mano se inutilice y se seque.

Magdalena santa, tú que tuviste la dicha de oír de los mismos labios del Redentor «*mucho se te ha perdonado, porque has amado mucho*»; comunícame un poco de tu amor y de tu espíritu de penitencia, para que me haga una santa imitando tu virtud.

Angel de mi guarda ángeles del cielo, pedid á Dios, pedid á Jesús por mí, pedid á nuestra Reina su poderoso amparo y el del glorioso San José patrón de la Iglesia universal para que á mí, á mi familia y á todas las jóvenes que con gusto han escuchado mis consejos, sean abiertas las puertas de la Celestial Jerusalem y á mí y á ellas sean dirigidas estas dulces palabras de Nuestro glorioso Redentor.

«VENID BENDITOS DE MI PADRE, TOMAD POSESIÓN DEL REINO QUE OS TENGO PREPARADO DESDE LA CREACIÓN DEL MUNDO.»

A. M. D. G.

### NOTA BENE

No puedo resistir al impulso de lo alto que me mueve á poner las palabras que S. S. Pío X dirige en una Encíclica á las Iglesias de Alemania (mientras se imprimía este libro), para dirimir una controversia local sobre cuestiones sociales.

Y las copio, porque confirman cuanto ha dicho en su informe el Censor Ecco. y porque constituyen el meollo de toda esta preciosa obra *EL ANGEL EN LA FAMILIA*, es decir, *dirigir todo el orden natural al sobrenatural*, uniendo en nuestro corazón al Creador y Redentor, único Dios, sacrificándole en el altar de nuestro

pecho, cuanto en lo natural se opone á la consecución del último fin.

**La Traductora**

He aquí las palabras del Vicario de Jesucristo:

**CARTA ENCÍCLICA <sup>(1)</sup>**

DE

**NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR**

**PIO X**

POR LA DIVINA PROVIDENCIA, PAPA

Á LOS OBISPOS DE ALEMANIA

*•.... Esto es: que en nada de cuanto el hombre cristiano hiciere, aun en el orden de las cosas terrenas, le es lícito desdeñar los bienes sobrenaturales, y que, por el contrario, debe dirigir todas sus acciones, según las reglas de la sabiduría cristiana, al sumo bien como á fin último; que sus acciones todas, en cuanto son buenas ó malas moralmente, es decir acordes ó discrepantes con el derecho natural y divino, al juicio y jurisdicción de la Iglesia están sometidas. •*

Dado en Roma en S. Pedro día 24 del mes de Septiembre 1912 año décimo de Nuestro Pontificado.

**PIO X PAPA**

---

(1) Versión castellana de *El Siglo Futuro*.